

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—Revista de Madrid; Noticias de teatros.—**SEMANA HISTORICA**; Observaciones históricas sobre la Rusia; Anales del reinado de Isabel II.—**SEMANA JUDICIAL**; Proceso de Daniel O'Connell, continuacion.—**SEMANA LITERARIA**; Alicia, novela aragonesa, conclusion; A Judas, poesia.—**SEMANA RELIGIOSA**; La Cuaresma; La Pascua.—**SEMANA CIENTIFICA**; Puerto-Rico.—**SEMANA MOSAICO**; La primer condecoracion que hubo en España, gaceta devota, logogrifo. Este número lleva quince grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. Las elecciones del 10 de marzo continúan produciendo en toda Francia la alarma. En vano el gobierno y la prensa á su devoción se empeñan en disminuirla; la alarma existe en los ánimos de todo el mundo. La bolsa continúa bajando; y esto por un lado, y por otro las medidas que el gobierno ha presentado á la Asamblea, manifiestan el temor del mismo gobierno, y la necesidad de precaverse contra futuros desórdenes.

El día 21 el ministro de la Justicia se presentó en la Asamblea y leyó en medio de las continuas interrupciones de la montaña, un proyecto de ley restableciendo el impuesto del timbre para todos los periódicos de París y las provincias, y aumentando la garantía el depósito de los periódicos de París y de los departamentos inmediatos á la alta cantidad de 50,000 francos.

El ministro pidió que la cámara votase inmediatamente la urgencia de estos proyectos; lo que suscitó una violenta discusión, en que la montaña calificó de represalias de cólera y venganza por la victoria electoral del partido democrático estas medidas; la Asamblea sin embargo, aunque por una corta mayoría, tomó en consideración la urgencia.

En seguida el nuevo ministro de lo Interior presentó otro proyecto de ley, prorogando por un año mas la prohibición de los clubs, y proponiendo la supresión de las reuniones electorales como elementos que pueden turbar el orden público. Con iguales interrupciones, con igual ardor y encono por parte de los diputados socialistas se discutió la urgencia de estos proyectos, que al fin fué tomada en consideración.

Estas medidas represivas de la prensa han encontrado una viva oposicion en todas las fracciones de la Asamblea, siendo muy de temer que en la discusión no pasen dichos proyectos, contra los que se han declarado todos los periódicos de todos los colores, pudiendo al fin causar una crisis ministerial que complicaría mas y mas la situación. Síntoma verdaderamente notable es que todos los periódicos moderados que sostenían al gobierno desaprueban altamente estos proyectos, por su tendencia á poner nuevas trabas á la prensa y al libre desarrollo del pensamiento, aconsejando al gobierno que entre en otra senda. Es de temer por consiguiente que la discusión de estas leyes sea fecunda en incidentes, porque el gobierno puede verse abandonado de sus amigos, y el partido socialista se halla aun entregado al entusiasmo que le ha inspirado su reciente victoria, mientras que los hombres de primera línea, partidarios del orden, no se hallan dispuestos á aceptar el poder con que les ha brindado el presidente.

En las secciones de la Asamblea después de viva y acalorada discusión la comisión para la ley de imprenta ha sido ganada por el gobierno, teniendo este 10 individuos, y 3 los socialistas.

Comienza á haber muchos incendios en las provincias, y estos incendios han sido siempre precursores de grandes trastornos.

En Inglaterra ha estado á punto de verificarse una crisis ministerial. Pero el lord Jhon Russell reuniendo á 130 diputados les ha manifestado que si la moción anunciada por Mr. Hutt para la supresión de los cruceros de la costa de Africa se adoptase, abandonaría el ministerio; lord Palmerston hizo igual declaración; así es que cuando se ha tratado en la cámara de los Comunes de este importante negocio muchos de los que eran favorables á la moción la han desechado por temor de una mudanza ministerial, evitando de este modo el ministerio caer en el peligro que le amenazaba.

La Grecia respira algun tanto después que se ha levantado el bloqueo de sus costas.

Continúa asegurándose que las fuerzas navales inglesas pasarán á Liorna con objeto de exigir una indemnización por los perjuicios que los súbditos ingleses han sufrido en aquella ciudad durante los sucesos de la revolución que ha agitado la Toscana. El Austria se halla dispuesta á sostener á todo trance aquella plaza, y ha aumentado sus tropas de ocupación en Italia, habiéndose situado Radetzki, como punto central en Venecia.

El emperador de Rusia debía marchar muy pronto á Varsovia, concentrándose nuevas tropas en Polonia. El ejército ruso acampado en este país cree firmemente que está llamado á entrar muy pronto en campaña para sofocar la revolución en Alemania y Francia, tan prontamente como la sofocó en Hungría. Estos preparativos de hostilidad llamaban mucho la atención pública, que habia vuelto en sí del terror pánico que habia suscitado el resultado de las elecciones de París.

El papa se hallaba dispuesto á volver á Roma, y así lo habia comunicado al cuerpo diplomático. En Roma, no obstante la severa disciplina de las tropas francesas, habia algunos desórdenes. El papa cuenta con poder reunir en Roma un ejército de voluntarios reclutados en todas las naciones católicas. No sabemos si las noticias del éxito de la elección del 10 de marzo podrán modificar las ideas del pontífice sobre su vuelta á la capital del mundo cristiano.

El pontífice, lejos de hallarse inclinado á ceder á las exigencias de la revolución, se manifiesta cada vez mas firme y dispuesto á combatirlas. Las medidas que la cámara de Turin ha adoptado sobre la supresión del fuero eclesiástico, sobre la reducción de los días festivos, y la tendencia que ha manifestado en favor de la desamortización eclesiástica, han llamado su atención, y han hecho que el ministro de Estado, cardinal Antonelli, dirija en su nombre, como lo ha hecho, una enérgica protesta contra estas medidas, que reprueba altamente, y que condena como contrarias al espíritu religioso y católico. Esta protesta debe causar grande efervescencia en Cerdeña, donde el partido eclesiástico se habia declarado altamente contra las disposiciones de la cámara, ya sancionadas por el rey.

En Portugal se ha entablado una fuerte lucha entre el ministerio presidido por el conde de Thomar, Costa Cabral, y el mariscal Saldaña, á quien se ha destituido de los cargos de mayordomo mayor de palacio y de individuo del consejo de Estado. Esta disidencia, que tenia inquietos los ánimos, puede suscitar algun grave conflicto, porque Saldaña es un hombre de energía, de grandes servicios, y á su alrededor se reúnen todos los descontentos de todos los partidos.

Interior. En España continua reinando en todas partes la mayor tranquilidad, presentando el mas grande contraste con la agitación en que se halla todo el resto de la Europa. Las discusiones políticas han perdido todo su interés, siendo muy reducido el número de las personas que de ellas se ocupa. Sin embargo, el lenguaje de la prensa de la oposición ha sido últimamente mas fuerte y animado, lo que ha sido causa de recogerse esta semana varios periódicos.

Las funciones de la Semana Santa se han celebrado con la mayor solemnidad, y se ha asistido á ellas con la mayor devoción y compostura, habiendo estado los templos extraordinariamente concurridos, si bien se ha carecido del imponente espectáculo que presentaba la visita de SS. MM. á los Santos Sagrarios, hecha con toda la pompa digna de la corte católica.

El tiempo templado y muy propio de la primavera ha contribuido mucho á la animación que se ha notado este año en todas las clases de la capital. Muchas personas sin embargo han ido á pasar la Semana Santa en Sevilla, atraídas por la fama que desde tiempos antiguos tienen las procesiones de esta época en aquella ciudad; otras han hecho su expedición mas cerca dirigiéndose á Toledo, en donde se ha puesto el monu-

mento grande, y á donde se ha trasladado el arzobispo primado de las Españas para celebrar los divinos oficios.

A pesar de que esta semana es toda consagrada á la memoria de los grandes misterios que celebra la iglesia, la comisión de ferro-carriles nombrada por el Congreso ha celebrado sesión el miércoles, y en ella han espuesto su parecer sobre las cuestiones de arte que abraza el segundo interrogatorio los señores Lujan, Echanove, y Subercase.

REVISTA DE MADRID.

Algunos días antes de que comenzase la Semana Santa, no se hablaba ya de otra cosa en los círculos de confianza, no habia otro asunto que sirviese de materia á las conversaciones familiares, sino la cuestión que debia verificarse el Jueves Santo en favor de un establecimiento piadoso de Madrid. Las bellas y elegantes damas de nuestra corte, á cuyo fervoroso celo habian encomendado las juntas parroquiales la recaudación de este subsidio extraordinario, querian corresponder dignamente á tan lisonjera confianza, y armaron tan tremenda cruzada contra los indefensos bolsillos de los hombres, que no habia medio de escapar á sus graciosas y apremiantes exigencias.

El hombre, que tan tibio es de ordinario en el cumplimiento de los mandatos de Dios, ha exagerado por el contrario algunos otros hasta el punto de producir en la sociedad lamentables trastornos. Nadie dudará que el precepto divino *crescite et multiplicamini* se interpreta de una manera muy lata y se lleva mucho mas allá de las exigencias de la Biblia. Sin esto no tuviéramos hoy día casas de niños espósitos, á donde van á parar los frutos de esta prodigiosa multiplicación y crecimiento.

Pero lo peor del caso es que la sociedad, autora de este mal, haya encontrado medios para todo, menos para rescatar de las garras de la muerte un sin número de víctimas inocentes. La inclusa es la barca de Caronte, por donde transitan las almas desde el uno al otro mundo. Ella no habrá contribuido mucho en favor de los vivos; pero ha aumentado considerablemente el coro de los ángeles del Señor.

Está, pues, averiguado que la casa de niños espósitos no mantiene con los medios ordinarios su numerosa y dilatada familia. Este problema, que importa á la sociedad algunos centenares de vivientes por año, no ha acertado á resolverlo ninguna de nuestras administraciones pasadas ni presentes. Pero una vez llegado el tiempo santo, la administración encomienda á la piedad de nuestras damas los intereses de ese desgraciado establecimiento; y entonces lucen para aquellos seres infelices algunos días de prosperidad y de ventura.

Por este año podemos asegurar que las señoras no han perdonado para lograr sus fines medio ni diligencia alguna. Abandonando sus armas habituales para con los hombres, los medios indirectos, han empleado con ellos los medios mas eficaces y directos: innumerables esquelas repartidas á domicilio, avisos verbales en visita ó en paseo, no les han parecido medios bastante fuertes para conseguir su objeto. Algunas señoras, que han sufrido mas de un desengaño en este mundo, eran de opinion que no conviene fiar en la palabra de los hombres, porque de cuando en cuando suelen ofrecer y no cumplir. Tuvieron por mas á propósito para el objeto una cuestión domiciliaria, siendo de opinion que en todo caso convenia establecer el bloqueo en las puertas de las iglesias, donde la curiosidad no dejaria de llevar hasta los mas rebeldes á sus llamamientos.

Los medios indirectos no han estado, sin embargo, tan en desuso que no los aprovechase alguna parte del bello sexo, discorde con el parecer de la mayoría. Una señora muy apreciable y conocida en Madrid, en cuya aristocracia figura, manifestó noches pasadas en una reunión de confianza y en presencia de sus numerosos amigos, que su delicada salud no le permitía asistir á ninguna iglesia, pero que habia ofrecido recoger cuantos donativos pudiese, y los aceptaba desde aquel momento en cualquier parte que le fuesen entregados.

Esta indirecta produjo en el acto, como era de esperar, abundantes y saludables frutos.

Una persecucion tan bien organizada, tan hábilmente dirigida, no podia menos de producir un movimiento reaccionario en el bando perseguido. Un periódico cuenta que los pollos habian emigrado de sus tertulias ordinarias temiendo los efectos de esos irresistibles ataques. Con mas calma é intencion los gallos han hecho frente á la avenida de peticiones, esquivando del mejor modo posible las respuestas.

Pero la gran cuestion consistia en saber la clase de moneda en que deberia hacerse el donativo. Un retrato del emperador era, segun voz pública, inadmisibile en ciertas bandejas; en estas no se admitian mas que copias ó miniaturas del *Hispaniarum rex*. Mas razonables otras peticionarias, se daban por satisfechas con poseer una copiosa galeria de aquellos retratos. Y asi fué en efecto, que las riquisimas bandejas parroquiales ostentaban una profusa coleccion de medallones, donde el imperio del año 1804 alternaba pacíficamente con la república de 1848.

Nosotros aplaudimos de todas veras el noble y caritativo celo, la puntual y esquisita diligencia con que las señoras han contribuido á llevar á cabo una obra de piedad y de misericordia. Porque no cabe duda alguna en que todas las acciones son lícitas, en que todos los medios son buenos cuando tienen por objeto un fin piadoso, y sobre todo cuando se emplean en beneficio de aquellas que tan oportunamente llamaba un pueblo de la antigüedad las cosas santas. La dama del gran mundo, que llena de sederias, y de blondas, de oro y de brillantes, nos parece vana y superficial cuando se presenta como objeto de adoracion ante ese mismo mundo, se engrandece y sublima á nuestros ojos cuando en ese trage la vemos adorar en el templo la augusta magestad de Dios, y alli, con humildad cristiana, pedir limosna para los pobres y desvalidos. Si los encantos de su belleza contribuyen á aumentar el número de estas limosnas, ¿cuántas bendiciones no derramará entonces el cielo sobre esa belleza bienhechora?

Al espresarnos de esta suerte, se vienen involuntariamente á nuestra memoria una porcion de nombres apreciables. Pero quisiéramos citar á todas las señoras que han desempeñado en las iglesias de Madrid esta piadosa tarea, y conocemos que esta empresa es imposible. La señora duquesa de Alba y la condesa de Toreno en San Marcos; la de Medinaceli y la señora de Miranda en los Italianos; la de San Carlos en San Ginés; la marquesa de Legarda en San Andrés; la de Palacios en San Martín; la condesa de Torrejon en San José; la duquesa de Frias en las Descalzas Reales; la de Cassano en Santo Domingo; la señora de Goyena en San Luis de los franceses; la de Mujica y la de Nájera en San Sebastian y la de Larios en Santo Tomás, son las que nosotros hemos visto. Perdónennos todas aquellas, cuyos nombres quedan sin culpa nuestra tan injustamente olvidados.

Fuera de los templos y de la numerosa concurrencia que á ellos han atraído la devocion y las ofrendas, las calles de Madrid se han visto el jueves y el viernes santo inundadas de gente, asi en los puntos mas céntricos y concurridos, como en los barrios mas despoblados y mas escéntricos de la corte. No recordamos haber visto jamás tanta animacion, tanto gentío como el que circulaba por Madrid en esos dos dias. La Semana Santa de 1830 dejará en este punto recuerdos inolvidables: y los que desde la bella capital de Andalucía ó desde la antigua ciudad de don Alonso VI deploran á los que hemos tenido la resignacion de quedarnos en Madrid, deben saber que la capital de España no ha cedido este año en fervor y en celo religioso á esas ciudades, donde es proverbial el lujo y la magnificencia religiosa con que se celebran las funciones de Semana Santa.

Pero al recordar en estos instantes á Sevilla y á Toledo, al traer á la memoria sus bellas y suntuosas catedrales, séanos lícito deplorar, con un distinguido escritor moderno, la falta que se echa de ver en la corte de España de algunos edificios religiosos, que por su mérito y grandiosidad puedan competir con los edificios civiles, que son la representacion exterior de su gerarquía social y política. Es bien notable á la verdad que mientras se han gastado sumas enormes en la construccion del Escorial y en otras fundaciones monásticas dentro y fuera de la corte, mientras que durante los reinados de la casa de Austria nuestras posesiones en Europa, Asia y América han producido grandes sumas en beneficio de la metrópoli; y mientras la nacion española se ha gloriado siempre de ser el baluarte de la religion cristiana católica, no haya habido en la patria de Herrera y de Rodriguez un monarca ó un potentado á quien ocurriese la idea de levantar un templo digno de ser visitado como objeto de admiracion en la capital de entrambos mundos.

Por eso los monumentos de Madrid no pueden competir en la Semana Santa con los de Toledo y Sevilla; Y sea dicho en verdad, los de este año no han presentado novedad alguna que podamos referir á nuestros lectores.

Mencionaremos, sin embargo, el monumento de San Marcos, de un gusto gótico severo, cuya descripcion publicamos en nuestro último número, y que hubiera hecho mucho mejor efecto si se le hubiese iluminado de diverso modo: la multitud de lucecitas colocadas en el fondo de aquel trozo de galeria gótica maciza, formaban con el conjunto de este un marcado contraste. Mas bello y acabado nos pareció todavía el monumento de San Martín: en él se hallaban representadas con buen gusto y acierto las mas poéticas imágenes religiosas: la pasion y muerte del Salvador, la luz vivificante que derramó sobre el linaje humano, el cáliz de su amargura, y la gloria del cielo, complemento de este grande y maravilloso suceso. Sencillos y elegantes como siempre los monumentos de las Calatravas, los Italianos, Santo Tomás y San Sebastian, no por eso han ofrecido nada de nuevo respecto de los años anteriores.

Lejos de este bullicio de esta confusion inevitable en las calles interiores de Madrid, algunos verdaderos devotos dirigian sus pasos hacia otro templo, digno ciertamente de ser visitado por los amantes de nuestras glorias monumentales. Hablamos del suntuoso monasterio de las Salesas Reales, bajo cuyas silenciosas y magníficas bóvedas descansan en paz los piadosos monarcas don Fernando VI y doña María Bárbara, sus fundadores. Otra vez lo hemos dicho: el ánimo se dilata dulcemente al contemplar esta magnífica mansion, espresamente construida para la enseñanza de las hijas de las familias nobles de España. Comprendieron sin duda sus augustos fundadores que es lo mas que la nobleza lo que constituye el mérito de una madre de familia; y que el corazon noble necesita como el plebeyo, de las virtudes inspiradas por una buena educacion.

Después de abandonar este silencioso templo se experimentaba un verdadero disgusto en recorrer la noche del jueves las calles de Madrid, donde reinaba una infernal algarabía. Algunos miles de chiquillos, armados de carracas de todos tamaños, que recorrian en todos los puntos la escala cromática de este armónico instrumento, discurrían por todas partes atronando los oídos de los desventurados transeúntes. No parece sino que el duelo del Salvador ha de celebrarse con ruido y algazara, á manera de la Pascua de Navidad ó la verbena de San Juan. Como si la Semana Santa se hubiese convertido de pronto en un martes de carnaval, nos veíamos envueltos por todas partes en una continuada broma de carracas. Entonces recordamos que las leyes de las Doce tablas prohibieron hace 23 siglos el uso de toda demostracion ridícula y ruidosa con motivo de los duelos: y nos asombramos de que en este tiempo la humanidad haya retrogradado hasta el punto de estar hoy dia un poco mas atrás del Decemvirato romano.

También debemos mencionar algunas funciones religiosas del Jueves y del Viernes Santo. En el primero de aquellos dias asistieron, como de costumbre, los caballeros de Calatrava á los oficios que se celebran en el convento de religiosas de este nombre. Llenaba la iglesia una numerosa y escogida concurrencia, en la que figuraban todas las damas conocidas en Madrid por su posicion social ó por su belleza. Aunque la atencion pública se habia fijado en esta solemnidad religiosa con preferencia á las demas, no por eso se celebraron con menos pompa en las Comendadoras los oficios á que asiste en este dia el capítulo de caballeros de la orden, y en el Sacramento el que celebran los caballeros de Alcántara.

Perla gran solemnidad de la semana ha sido indudablemente la que tuvo lugar en la capilla de palacio el viernes por la mañana. Cantáronse por los alumnos del Conservatorio las *Siete Palabras*, y estaba encomendado el sermón sobre las mismas al distinguido orador sagrado, señor García. El señor García correspondió en un todo á las altas esperanzas, á la viva ansiedad con que todo Madrid se dirigia á la Real Capilla sin mas objeto que el de oírle. Su bellísima oracion fué escuchada no solo con religioso silencio sino con visible entusiasmo. Las palabras del señor García produjeron honda sensacion en el ánimo de sus oyentes, de los cuales algunos le abrazaron, sin poderse contener, al verlo descender del púlpito.

Tanto nos hemos estendido al hablar de la Semana Santa, que nuestra revista casi toca á su término cuando recordamos que tras de este tiempo viene la Pascua y que con ella vuelve á los salones y á los espectáculos la vida y la animacion de que se han visto privados durante este breve periodo de meditacion y de recogimiento. Pero pues que ya dimos á Dios lo que

es de Dios, la ocasion es llegada de dar al César lo que es del César.

En materia de diversiones públicas, el asunto que mas ha llamado la atencion de la prensa, ha sido la venida de Montes á Madrid y la completa reorganizacion de la cuadrilla de lidiadores bajo la direccion de el maestro, cuyas portentosas habilidades va á admirar de nuevo el público madrileño, donde el decano de la facultad tiene tan numerosos apasionados. Para juzgar de la importancia de este personaje en Madrid, basta decir que alguna de las personas reales ha deseado conocerlo personalmente y ha recibido con suma amabilidad su visita.—La empresa explota este prestigio, sacando de él todo el partido que se le antoja, subiéndonos los precios de este espectáculo, altamente popular por su naturaleza, dando las funciones de abono fuera de los dias de costumbre, y asignando al generoso y valiente Montes una retribucion mezquina, si no nos engañan nuestras noticias.

Pero el público de Madrid por todo pasa, porque sus deseos quedan colmados y sus necesidades completamente satisfechas el dia en que consigue tener pan y toros.

M. ANTEQUERA.

NOTICIAS DE TEATROS.

Como nuestros lectores podrán calcular, la semana no ha ofrecido novedades teatrales de que poder darles cuenta, porque todos los coliseos han estado cerrados desde el Viernes de Dolores. Pero con la terminacion del año cómico, y con la inauguracion de la nueva temporada, han venido al mundo un sin número de noticias, ya sobre la reorganizacion de todos los teatros, ya sobre las funciones que en ellos se preparan.

Por nuestra parte tenemos poquísima fé en la mayor parte de las espresadas noticias. En materia de teatros solemos no creer nada, no fiarnos ni aun de los carteles donde se anuncia el espectáculo. Pero esto no impedirá que contribuyamos á la circulacion de esas noticias, que no son nuestras, que tomamos de lo que ha dicho la prensa en los últimos dias de la anterior semana.

Comenzemos, pues, por el Teatro Español.

Nosotros—y hablamos ahora por nuestra cuenta,—hemos recordado muchas veces á propósito del Teatro Español la fundacion del Teatro Francés, á cuya imagen y semejanza está formado el nuestro, porque la creacion francesa tiene muchos puntos de contacto con la creacion española.

Cuenta un eminente crítico francés, que el emperador, después de la batalla de Moskova, hizo su entrada solemne en Moscu, y apenas se hallaba establecido en Kremlin, dejó la espada, tomó la pluma, y redactó un decreto para dar una vigorosa organizacion á la comedia francesa. «Treinta y siete años han transcurrido sobre este suceso, decia el distinguido crítico en noviembre de 1849: imperios, constituciones, monarquías, todo ha cambiado desde entonces acá, todo ha sucumbido al fiero empuje de las revoluciones; pero el decreto de Kremlin se conserva ileso en medio de este monton de ruinas.»

El Teatro Español, planta mas meridional que el Francés, de mas difícil y delicado cultivo, no ha necesitado para agostarse en las primicias de la vida el soplo de tan réticos huracanes. No mencionemos siquiera el cambio de constituciones y de monarquías: una simple variacion ministerial hubiera bastado á dar con él en tierra. Si Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe I, respetaron la obra de Bonaparte, entre nosotros un nuevo ministro no hubiera conservado la creacion del antiguo. Pero el Teatro Español se ha conmovido en sus cimientos por mucho menos que eso. Un poco de debilidad en el comisario régio y unas cuantas ambiciones é intrigas de bastidores, han puesto en grave peligro la existencia de una lámpara. El público de Madrid llegó ya á consentir en la muerte del Teatro Español y derramó anticipadamente algunas lágrimas sobre su tumba. Por fortuna podemos asegurar á nuestros lectores que el Teatro Español vive todavía.

Pero al continuar el antiguo coliseo del Príncipe su trabajada existencia, parece que no será sin algunas reformas administrativas y económicas. La primera economía que se ha hecho es en las facultades del comisario régio, que se le han disminuido considerablemente; pero esta medida económica no ha trascendido al sueldo, que se conserva el mismo. Otra economía ha sido la de contratar al señor Latorre con ochenta mil reales, y aumentar al mismo tiempo los sueldos de algunos actores.

Para complementar estas medidas económicas, se han rebajado doscientos reales diarios del gasto de alumbrado, y se ha despedido á catorce músicos de la orquesta. Pero como en este mundo no hay gas que alumbre al que no paga, ni orquesta que toque sin músicos, el alumbrado del Teatro Español se oscurecerá

por valor de diez duros, y la orquesta se desentona como si le faltaran catorce instrumentos.

Por ahora el comisario régio no ha menester secretario ni contador. Estas plazas quedan, pues, suprimidas. Lo que sí ha menester es una buena dirección escénica, y esta parece que se ha encomendado al distinguido actor don Julian Romea.

Del teatro del *Drama* no se dice nada nuevo hasta el momento en que escribimos estas líneas.

La empresa del teatro de la *Comedia* se ha reorganizado completamente con el ajuste de los apreciables actores que mencionamos en nuestra última revista. La verdadera comedia ganará mucho con tan buenas adquisiciones. Además el cuadro andaluz ha quedado completo y el Instituto no perderá de este modo su antiguo y poderoso aliciente.

Son tantas y tan buenas las noticias que corren acerca del teatro del *Circo*, que no nos atrevemos a creerlas por ahora. Dos primeras bailarinas absolutas, cada una de las cuales trae su repertorio de bailes en el bolsillo, nos parece un lujo escénico capaz de competir con el del mismo Teatro Español. Pero así corre por válido, y es inmenso con este motivo el catálogo de los bailes anunciados para ponerse en escena en la próxima temporada. Baste decir que al rico repertorio de la *Guy* se añade ahora el de la *Fuoco*, contándose en este último el celebrado baile *La Filleule des Fees*.

Estos brillantes soles han eclipsado de tal modo las estrellas andaluzas, que nadie se acuerda ya de la Vargas, de la Nena, ni de la Petra Cámara.—*Sic transit gloria mundi.*

J. M. A.

SEMANA HISTORICA.

OBSERVACIONES HISTORICAS SOBRE LA RUSIA.

(Continuacion).

XXII.

No se dormía Pedro el Grande como Carlos XII a la sombra de los conquistados laureles; inspirante nuevo aliento, y removiéndole sus huestes conquista a Nottburgo, en el Neva, y se procura un puerto en el Báltico, apoderándose de Kantzi. Infatigable en todo, vésele servir de hombre en un buque, apoderarse de dos barcos suecos, y conseguir al fin una victoria naval, que por ser la primera que obtenía la apenas formada marina rusa, fué celebrada con la solemnidad que merecía.

El genio de Pedro no podía menos de verse satisfecho con el resultado de sus esfuerzos, que tanta gloria le conquistaban y legaba a su nación.

Conociendo la importancia del Neva, trata de asegurar su posesión, y se decide a fundar a San Petersburgo. Bastábale quererlo, y cuantos mayores eran los obstáculos, mayor su empeño.

Los primeros obreros, sucumben a las fétidas exhalaciones de aquellas aguas corrompidas. Van otros y otros; unos escitados por el interés, por la fuerza los que a él no atendían. Muchos son los que mueren; pero es ocupado pronto su vacío, y llenados antes los cementerios que la población, lo es esta en breve por orden de su fundador, que manda a habitar dentro de sus muros a los cortesanos, a los artistas, a los mercaderes, a los artesanos, y el mismo reside tan pronto en San Petersburgo como en Moscú; siendo hoy aquella población una de las mas notables de Europa.

Estos hechos que demostraban el ominoso absolutismo del czar, contrastaban con actos que colmaban de gloria al general mas humano de nuestros dias. Al apoderarse de Narva, se entregan los soldados al saqueo, como solian hacer en toda población que tomaban por la fuerza. Pedro indignado recorre las calles, conteniendo el desorden a fuerza de herir a sus soldados: llega a la casa de ayuntamiento, y arrojando su espada ensangrentada en una mesa, dice a los magistrados y ciudadanos reunidos: «Miradla, no está teñida con la sangre de los habitantes, sino con la de mis soldados, vertida para salvar la vuestra.»

Nuevos peligros le llaman a San Petersburgo; lle-

ga y los vence. Astrakan se subleva, y la sangre de gran número de insurrectos ahoga los gritos de la sedición.

En tanto establece colegios y talleres de ciencias y artes, imprentas, hospitales, se empiezan a propagar los libros, y no le distraen estas atenciones de la principal, que era la guerra contra los suecos, de quienes triunfa en Lesna, cuya batalla, dice Pedro, ha sido la madre de la de Pultava.

La fortuna se declara decididamente contra el rey de Suecia; el general Rozen es batido en Dobro por Gallitzin, y el mismo Carlos XII es detenido un instante por Gordon en Desna. Todas las probabilidades del triunfo estaban por Pedro. Ofrece, sin embargo, la paz a su joven rival, contentándose con la conservación de la Ingria y el puerto de San Petersburgo. Carlos, atendiendo mas bien al entusiasta ardor de su edad que a la conveniencia, rechaza tales proposiciones, generosas atendido su estado, y corre a Pultava creyendo hallar su salvación donde encuentra su ruina.

A pesar de la crudeza del horrible invierno de 1709, penetra en la Ukrania, toma campo delante de Pultava, y la sitia.

Validos de un falso ataque introducen los rusos considerables socorros; al saberlo Carlos, exclama: «Hemos enseñado a los rusos el arte de hacer la guerra.»

La presencia de Pedro inflama el valor de sus tropas; hallábase a su frente cuando recibió en una bomba descargada que le enviaban los rusos sitiados, un escrito suplicándole se abandonara la población porque escaseaban las municiones. El czar se decide entonces a presentar la batalla a los suecos, y lo hace el 27 de junio. Allí se luchó con encarnizamiento por ambas partes. El joven rey de Suecia, que dos dias antes habia recibido una herida en un muslo, se hace colocar en una camilla y atraviesa las líneas de sus tropas para recordarle sus anteriores victorias. Hubo entonces momentos decisivos para unos y otros combatientes; pero merced a los esfuerzos de Pedro, triunfan los rusos, huyendo los suecos y Carlos XII, que acompañado de Mazeppa y de un cierto número de caballeros, tuvo por gran fortuna hallar un refugio en el imperio otomano.

Nada le queda a Pedro que desear: ha vencido en Pultava a su mas temible enemigo: el mismo czar ha dado el ejemplo: su sombrero y la silla de su caballo de batalla quedan acibillados de balazos. Habia contraído méritos y se hace nombrar sobre el campo de Pultava general y contra-almirante. Acto continuo dirige a sus soldados, una proclama en la que se leen estas líneas: «Hijos, los mas queridos de mi corazón,

que el joven principe rodeado de atolondrados jóvenes pasaba los dias entre los juegos y los ejercicios militares, formando sus guardias núcleo de su excelente milicia, hasta que entra triunfante en Moscú a recibir los laureles conquistados en Pultava! Salvándose milagrosamente de la muerte que le preparaba su hermana Sofia y su ministro Gallitzin, se eleva al trono, crea tropas regulares, y la ignorancia, este azote de la humanidad, desaparece: las artes, las ciencias y todos los conocimientos útiles, esparcen sobre la Rusia sus tesoros: cambianse las costumbres y los trages, y todo se mejora y se renueva; y se despierta en los rusos el sagrado sentimiento de independencia nacional. Tiene que vencer a un héroe en el cual, el ardor de la guerra se habia convertido en uso habitual, porque tenia necesidad de batirse como se tiene de respirar; pero no retrocede Pedro: para él no habia obstáculos. Posee el instinto de la política y la energía del mando, y estas envidiables dotes le hacen triunfar, despues de haber ofrecido una paz ventajosa en la víspera de una batalla cuya victoria esperaba confiado. Carlos XII rechaza las súplicas de su rival para que la aceptara. ¿Era orgullo, ó esperaba vencer? Asegúrase que perdió el buen sentido, este grande maestro de la vida; porque hubiera visto, sino, la imposibilidad de vencer a su adversario.

Con el romancesco Carlos sucumbe la Suecia, y se eleva la Rusia, que ve asegurada su influencia decisiva en el Norte de Europa.

Celebrando la jornada de Pultava, habia sentado a su mesa a los oficiales prisioneros. Al terminar la comida coge Pedro un vaso y brinda, a la salud de mis maestros en el arte de la guerra. Pero al mismo tiempo que les rinde tan debido tributo, les envia a Siberia.

La prueba mas evidente de la importancia que empezó a adquirir la Rusia nos la suministran las mismas cortes extranjeras; barómetro el mas exacto.

La Gran Bretaña trata al vencedor de Pultava de muy alto y muy poderoso emperador: la Holanda republicana, le prodiga todos los títulos que encierra el protocolo de las cortes.

Pedro, para solemnizar dignamente la victoria y eternizarla, hace construir en San Petersburgo un navio de cincuenta y cuatro cañones, llamado el Pultava.

XXIV.

Instigado Achmet III por Carlos XII, renuncia el 20 de noviembre de 1710 a la tregua de 23 años, acordada por su predecesor y reconocida por él mismo, y emprende la guerra contra Rusia. Acéptala Pedro, prepara su ejército; pero antes de ir a combatir al tur-

co celebra un matrimonio con Catalina, la joven livoniana esclavizada en Mariemburgo, y de la cual tenia dos hijas, Ana é Isabel, destinadas a ocupar el trono.

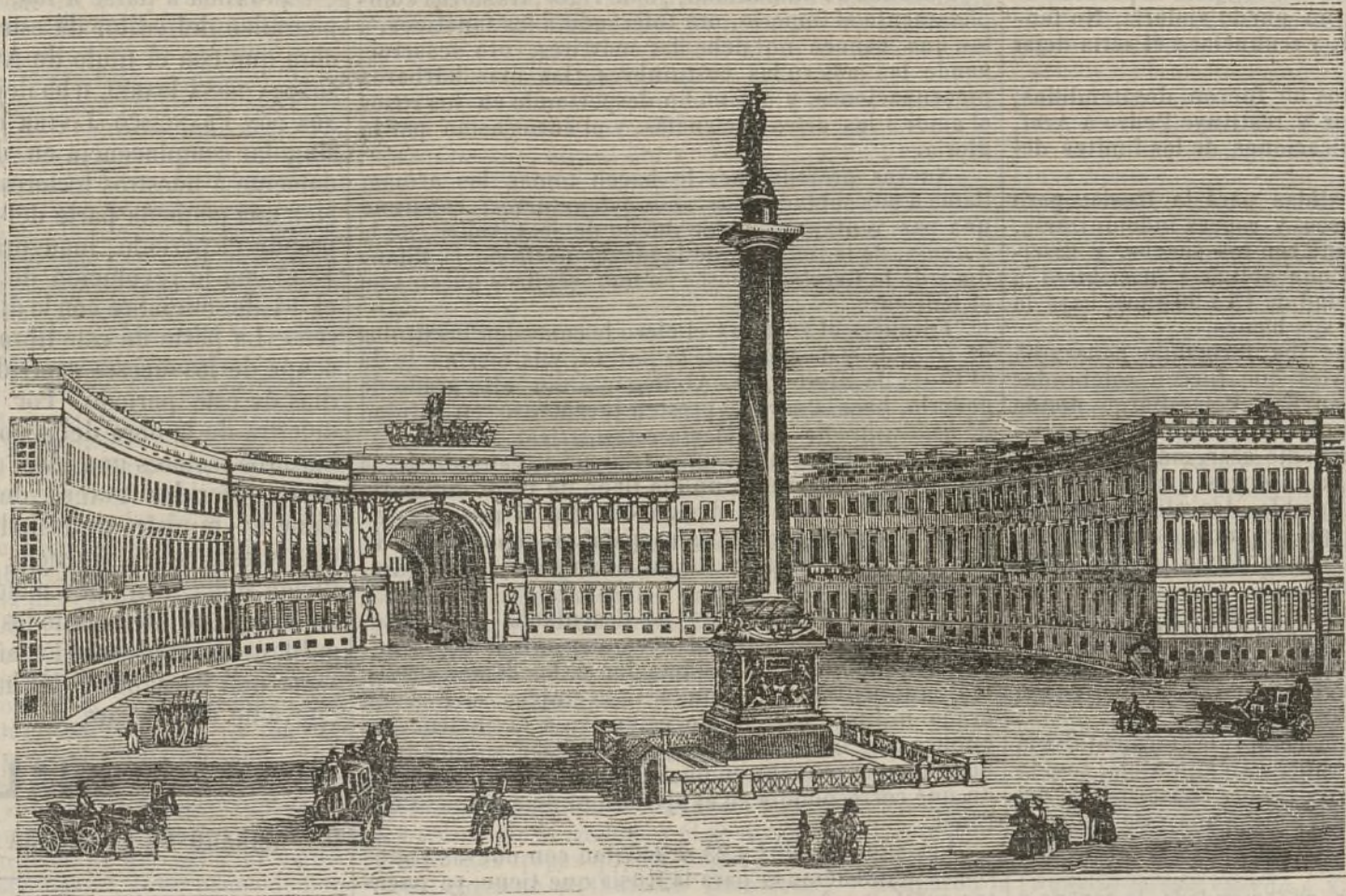
Hasta el dia de su matrimonio con el czar, no habia figurado Catalina en la corte. Acostumbrada desde sus primeros años a la inclemencia de las estaciones, no tenia mayor gusto que seguir constantemente a su esposo en sus viages por mar ó tierra. Le consuela en sus inquietudes, le sostiene en sus trabajos, y le inspira a veces útiles resoluciones. Esta muger nacida en la última clase del pueblo poseia un genio que se habia hecho necesario al czar, porque le comprendia, y por eso la colocó a su lado en el trono.

El mismo dia de su matrimonio se dirigen los nuevos esposos hacia Polonia, y llegan al campamento cuando

se hacia sumamente critica la situación de los rusos, por las ventajas que habian obtenido sus enemigos; los cuales les tenian cercados en Pruth.

A todo atiende Pedro; y para anticiparse a los sucesos ó a cualquier desastre que le pudiera sobrevenir escribe a los señadores que si cayese prisionero, y el deseo de volverle la libertad les condujese a dictar órdenes contrarias al esplendor de la Rusia, que las rechaza; siendo esta su voluntad espresa.

La imaginación de Pedro estaba sobrecogida, se encierra en su tienda a ocultar su dolor, y es bien pronto presa de horribles convulsiones. En tanto que él desespera del porvenir de la Rusia, Catalina, burlando la vigilancia de las centinelas, se llega a su aposento, y le inspira su valor, valiéndose de consejos y de caricias. «El presente, le dice no carece de recursos ni el porvenir de esperanza. ...» El czar subyugado por tanta presencia de espíritu, y por las pruebas de tan



Columna Alejandrina en San Petersburgo.

yo os saludo: ¡oh, vosotros a quienes he formado con el sudor de mi frente! sois los hijos de la patria, que la sois tan indispensables como lo es el alma al cuerpo que ella anima.»

Despues escribe a Aprasin: «Con la ayuda del cielo, la piedra fundamental de Petersburgo se encuentra perfectamente colocada: permaneceremos siendo sus dueños y de su territorio.»

En efecto, la batalla de Pultava, en la que perdió un rey la corona, aseguró la del czar.

XXIII.

En Pultava se decidia la suerte de la Rusia: su triunfo aseguró su destino. Desde entonces los gabinetes del continente europeo dirigieron sus miradas al que renacia en San Petersburgo, victorioso y grande. ¡Cuán inmensa era la distancia que mediaba desde

amante ternura, se abandona á las inspiraciones de Catalina, y esta se despoja en el acto de todas las alhajas y adornos que poseia; siguen su noble ejemplo los oficiales del ejército, y con ayuda del tesoro que se reúne se obtiene una audiencia del gran visir.

La situación era crítica: los rusos no tenían otro

cuyas pérdidas le sumergieron en sus acostumbradas y horribles convulsiones que le duraron tres días.

XXV.

Como si tratara de reparar sus crueldades con be-

tra esposa con la corona imperial en reconocimiento de todos sus trabajos.»

La coronación de Catalina, fué seguida de las fiestas mas espléndidas, que duraron seis semanas.

A poco se celebra también la union de su hija Ana con el duque de Holstein.

La paz venia á coronar tantas satisfacciones, que prometian una dichosa vejez que compensara al czar una vida llena de tanta gloria; pero nuevos sentimientos acibararon sus momentos de envidiable fortuna.

Cree le es infiel la que tomada de tan bajo estado habia sido elevada á tanta altura, y esto solo le basta para considerarse el mas desgraciado de los hombres.

Pero digna fué de loor su conducta; pues si bien decapitó á Moëns de la Croix, que inspiraba sus celos, lo hizo ó lo demostró así al menos, por haber vendido el favor de la emperatriz.

Ninguna prueba legal habia que demostrara la acusacion hecha á Catalina. Pedro sin embargo, apela á la naturaleza, ese elocuente lenguaje de Dios, y paseando Pedro con Catalina la lleva por el sitio donde estaba clavada la cabeza de su pretendido amante. Al divisar tan horrible espectáculo se conduce la emperatriz con un lenguaje mas bien desdenoso que compasivo, de la corrupción de los cortesanos. La hermana de Moëns fué condenada á recibir once golpes de knout: interese Catalina por ella; la reconviene Pedro por su ingratitud, y enfureciéndose cada vez mas rompe una luna de Venecia y esclama: «Ya ves como no es necesario mas que un golpe de mi mano para que vuelva este cristal al polvo de que ha salido.—Habeis roto, le contesta la emperatriz, lo que constituia el adorno de vuestro palacio: ¿creis que será mas hermoso?»

Esta sencilla contestacion le apacigua; y en lugar de once se permutan en cinco los golpes que debia recibir la hermana de Moëns; y como siempre ha hecho

el despotismo recaer la venganza hasta en los hijos de sus victimas, los de esta infeliz madre son enviados al ejército de Persia como simples soldados.

A. P.

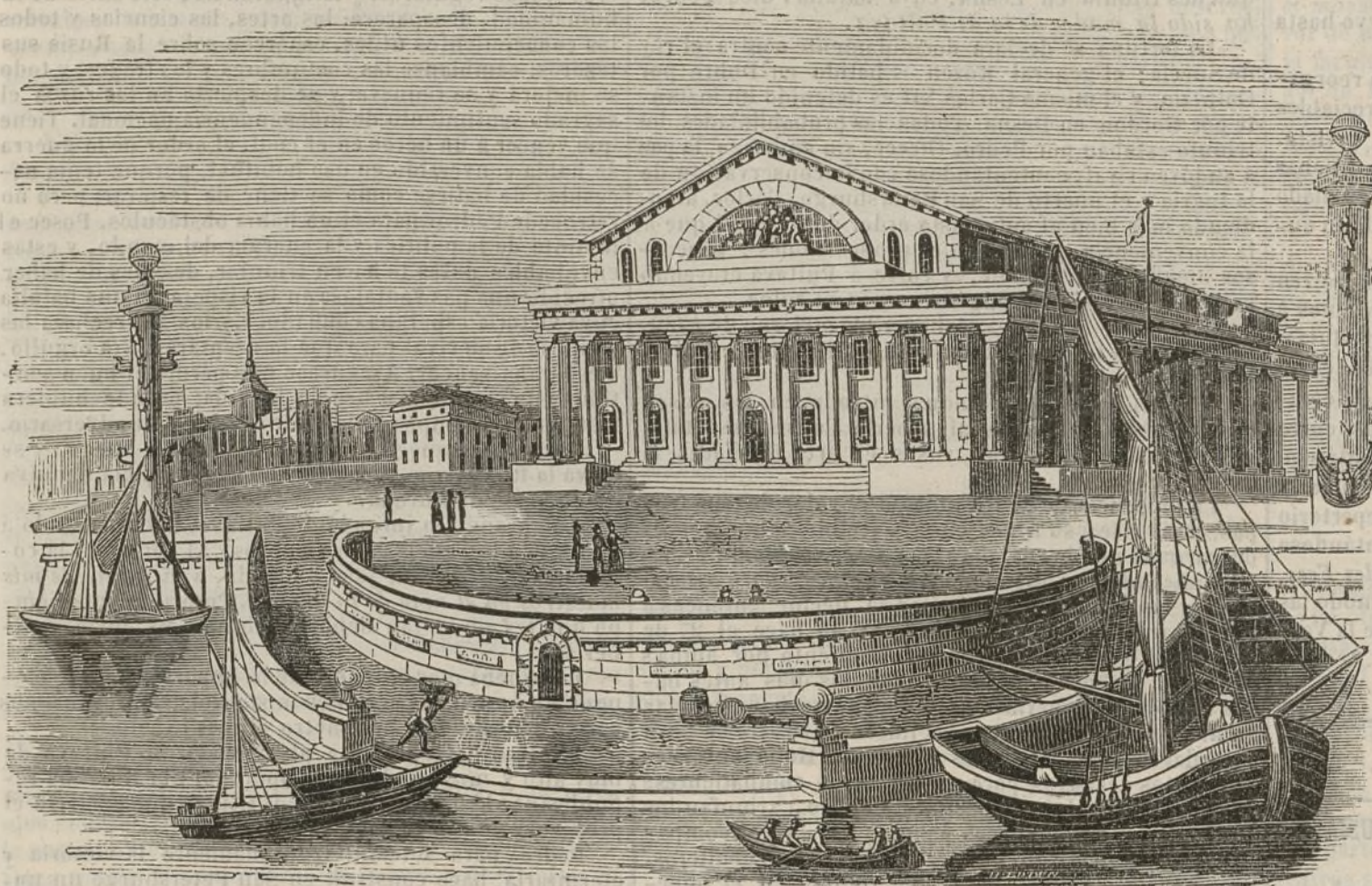
Próxima á darse á luz, en el establecimiento tipográfico del editor de este periódico, la interesante obra que con el título de ANALES DEL REINADO DE LA SEÑORA DOÑA ISABEL II ha dejado escrita el EXCMO. SEÑOR DON FRANCISCO JAVIER DE BURGOS, tenemos una singular complacencia en darla á conocer anticipadamente á nuestros lectores, insertando á continuación una pequeña parte del libro IV, donde se comprende el periodo inaugurado el 25 de julio de 1835 con la revolucion de Barcelona, y terminado el 14 de setiembre con la dimision del conde de Toreno. La parte de este libro, que vá inserta, solo se ocupa de los sucesos ocurridos en los doce primeros dias de este periodo. Por ella, por esta pequeña muestra de la obra del señor Burgos, podrán formar nuestros lectores una idea aproximada del mérito de los referidos ANALES, donde el ilustre escritor y sabio ex-ministro de Isabel II ha reunido con gran celo y esquisita diligencia, ha desenvuelto con erudicion suma, con buen método histórico y con excelente gusto literario todos los sucesos políticos y militares ocurridos en España, desde la muerte del señor don Fernando VII, hasta la celebracion del Convenio de Vergara.

ANALES

DEL REINADO DE LA SEÑORA DOÑA ISABEL SEGUNDA.

LIBRO IV.

El club encargado en Barcelona de dar homogeneidad y convergencia á los esfuerzos de los revoltosos del principado, adivinó sin esfuerzo que la justa severidad empleada por el capitán general Llauder contra los autores y cómplices de los recientes atentados de Reus, caería de rechazo sobre los afiliados á sus asociaciones subalternas. En consecuencia, determinó aprovechar la efervescencia que la noticia de aquellos sucesos habia difundido en la capital, y acelerar la explosión que de mucho antes se preparaba. El 25 de julio, con motivo y en celebracion de la fiesta del patron Santiago, se corrian toros en Barcelona, y á pretesto de que eran flojos, se empezaron á oír en la plaza algunas de aquellas vociferaciones, que en semejantes espectáculos no se estrañan, porque es raro que estos se celebren sin ellas. Entre el estrépito, se cuidó de hacer circular la impostura de que el capitán general era accionista de la empresa de la plaza, sin em-



Vista de la Lonja en San Petersburgo.

recurso que vencer ó morir. El turco temia un combate á muerte, y se acuerda una suspension de armas, mientras se arregla una capitulacion. El gran visir pretende se abandone á su venganza al hospodar de Moldavia; mas Pedro pronunció entonces estas memorables palabras: «Yo abandonaria mas bien á los turcos todo el terreno que se estiende hasta Kursk: (me quedará la esperanza de recobrarlo); pero la pérdida de la buena fé es irreparable; no puedo violarla. No tengo ahora mas que el honor, y renunciar á él seria dejar de ser monarca»

Tan nobles sentimientos no fueron desatendidos; y se firma un tratado de paz y restituye Pedro á Azof, demoliendo todas las fortificaciones de los límites del mar Negro.

Grandes eran estas pérdidas para la Rusia; pero confia el czar en sus recursos y espera indemnizarse. En tanto prosigue batallando con los suecos, y disciplinando su ejército, en el que obliga á inscribirse á todos los nobles desde la edad de 13 á 30 años, bajo la pena de ser despojados de sus bienes.

El brillante ejército que iba formando conseguia diariamente nuevas victorias que fueron celebradas ostentadamente entrando en San Petersburgo donde se le dispensaron todos los honores del triunfo, participando de ellos Pedro, no como czar, sino como contra-almirante. Es nombrado entonces vice-almirante, y al darse á conocer á su pueblo, les alienta al trabajo y á la obediencia, y á que secunden sus empresas para que llegase á ser un día la Rusia lo que fué la Grecia en las artes y ciencias.

Cárlos XII muere por este tiempo; y el baron de Görtz ministro del rey de Suecia, sube al patíbulo en Stokolmo, por haberse descubierto una gran revolucion europea que tramaba con Alberoni, ministro á la sazón del rey de España don Felipe V.

En medio de estas satisfacciones, le atormentaba la idea del estado en que se hallaba su hijo Alejo, tenido de su primera muger, y heredero por consecuencia del trono. Sin el genio del padre, pasaba una vida ociosa y abyecta y se mostraba enemigo de cuanto reformaba el czar.

Este, que queria dejar encomendada la corona á quien fuera digno de llevarla y de continuar la felicidad del imperio, veia con profundo dolor las tendencias de su hijo. Le escribe una carta tan digna de un monarca ilustrado, como de un tierno padre, y despues de varias contestaciones, opta Alejo por encerrarse en un convento; pero se escapa á Nápoles, vuelve al fin á su pais, donde le esperan los brazos de un padre; y en el último resultado se reproducen en Rusia las mismas escenas que en España, en el reinado de Felipe II. Alejo, como don Cárlos de Austria, es procesado por orden de su padre; y uno y otro príncipe mueren en la cama, sin poderse afirmar si envenenados ó sucumbiendo á lo crítico de su situacion.

Eudoxia, madre de Alejo; fué exhonorada; y todos los que pasaban por amigos ó cómplices del príncipe, fueron al suplicio. El intervalo que habian tenido las escenas de crueldad se interrumpió, y derramóse sangre en abundancia. Y como si Pedro no tuviera bastantes motivos de exasperacion, vino á aumentarla la muerte de algunos hijos que Catalina le habia dado;

néficas acciones, empieza á ocuparse en la continuación de sus proyectos.

Establece en toda la Rusia la unidad de pesos y medidas: crea una casa de espósitos, otra de huérfanos y un hospicio para los indigentes: establece una policia municipal é ingresa en ella como lo habia hecho en el ejército: castiga la blasfemia, aun en los beodos, y ya usando de humanidad, ya de rigor, trastorna completamente el imperio, ora tolerando á los fanáticos, á los que conoce no debe dar mártires, ora desarraigando las mas rudas costumbres, las mas bárbaras preocupaciones, y ora en fin despertando en los rusos el amor á las artes y ciencias, y el entusiasmo por la gloria.

Nuevas pretensiones le hacen tomar las armas; llama á sus soldados *sus plenipotenciarios*; consigue una paz ventajosa: queda dueño de la Livonia, de la Estonia, de la Ingria, y de la mayor parte de la Finlandia y de la Carelia, y posee en fin, seguros puertos en el Báltico.

Entonces el senado y el clero le conceden los títulos de Grande y de Padre de la patria, y la marina le dá el título de almirante. Al llegar á tan alto grado de poderio, hace Pedro le presten juramento en calidad de jefe supremo del colegio eclesiástico.

Suplicanle nombre un patriarca, y cansado de la insistencia, se levanta un día lleno de furor en medio del sínodo y esclama designándose á sí mismo: ved vuestro patriarca. A estas palabras enmudece de terror aquella reunion de tan altas é influyentes dignidades.

En medio de todo esto no descuidaba el ejército, convencido de su utilidad: crea una milicia de la nobleza; y á fin de dar consideracion á las demas carreras administrativas, asimila todo empleo civil á un grado militar, haciéndolo estensivo á la instruccion pública; de tal suerte que, un profesor siguiendo la posicion que ocupaba en una universidad, tenia su grado que correspondia en el ejército al de capitán ó coronel.

Los años de 1722 y 23 se señalan con nuevas y gloriosas adquisiciones para la Rusia que tiene ya puertos en el Caspio.

Al ver Pedro que nadie mas dignamente que Catalina podria sucederle, publica un decreto en que se dirigia á todos los súbditos de su estado, y recordándoles el uso constante y perpétuo establecido en todos los reinos de la cristiandad segun el cual podian los soberanos coronar á sus esposas, presentando el ejemplo de Cenobia, de Lupicina, esposa del emperador Justiniano, de Martina que lo era de Heraclio y de otras, les habla de los peligros que habia arrostrado en favor de la patria durante la guerra de veinte y un años consecutivos, y en los cuales, Catalina, su muy querida esposa, le habia dispensado inmensos socorros de todo género, acompañándole voluntariamente y sirviéndole con sus consejos, no obstante la debilidad de su sexo, muy particularmente en la batalla contra los turcos en la ribera de Pruth, donde el ejército ruso estaba reducido á veinte y dos mil hombres, cuando el enemigo constaba de doscientos setenta mil. Por estas causas, dice, y en virtud del poder que Dios nos ha dado, hemos resuelto honrar á nues-

bargo de ser notorio que esta corría por cuenta de un especulador, contra el cual también, á pesar de hallarse inscrito en la categoría liberal, se gritaba desahoradamente. De escoso en escoso, se llegó hasta arrojar al circo los bancos y las sillas, y como el teniente de rey que presidía la función, no emplease para conjurar el desorden otro medio que los ruegos y las exhortaciones, muchos espectadores bajaron á la plaza, ataron con una cuerda al toro que se lidiaba, y le llevaron arrastrando por las calles hasta el convento de San Francisco, cuyas puertas, á pretexto de haberse hallado en uno de los de Reus retratos del Pretendiente, empezaron á forzar. Rechazados de allí se dirigieron al del Carmen Descalzo, y le pusieron fuego, sin que las demostraciones de varias patrullas que mandó salir el general Saquetti, comandante de las armas en ausencia del capitán general y del gobernador, fuesen bastante eficaces para impedirlo. Animados con esta especie de tolerancia, se encaminaron los amotinados á otros conventos, y á las doce de la noche estaban ardiendo los dos del Carmen, los de Trinitarios Descalzos, Dominicos y Mínimos, y el sumptuoso de San Agustín. Preservóse el de los Servitas, por hallarse inmediato al almacén de pertrechos de artillería, el del Seminario, por haber los frailes ahuyentado á tiros á los que á él se acercaron, y algunos otros por esta ó aquella circunstancia particular; pero ninguno por los auxilios de la autoridad; pues, si bien por donde quiera se veían patrullas y retenes, estos y aquellas se limitaron á ser espectadores de las escenas de horror, en que los vivos á la libertad no bastaban á sofocar los gemidos de las víctimas. Perecieron en la tarde y la noche treinta y dos frailes; se ocultaron cerca de doscientos en las casas de sus amigos ó parientes, y algunos se refugiaron en la delegación de policía; los demás, escapados á duras penas, fueron en número de setecientos, encerrados en Monjuich, la ciudadela y las Atarazanas. De allí salieron poco á poco unos para Mallorca, otros para lo interior, y los mas para Francia y Roma, sin que las precauciones que tomaron para no ser conocidos en su tránsito, los libertasen siempre de insultos y de peligros. El 26 fueron también esclaustradas las monjas.

Apaciguado el tumulto, el gobernador civil y el general Saquetti lanzaron el 27 una alocución, en que amenazaban «con la terrible espada de la justicia á los conspiradores y sus satélites.» Lo mismo hizo en seguida en otra proclama Llauder, restituido en aquel día á Barcelona, y lo mismo repitió verbalmente á las autoridades y gefes de la guarnición y de la milicia, que acudieron á cumplimentarle por su regreso. Contemporizando despues con la opinion tan violentamente manifestada en la noche del 23, y con los deseos de los prelados de algunos conventos que aun subsistían, acordó con el gobernador civil las medidas necesarias para su supresión. Pero esta condescendencia no atenuó la irritación que habían producido sus enérgicas manifestaciones, y los revoltosos prorrumpieron en vitores al general don Mariano Alvarez, y en gritos de muerte á Llauder. Reveláronle tales demostraciones haberse desvanecido el prestigio de que hasta entonces gozaba; y, con esto y con la noticia que le llegó en el mismo día de que, sublevadas dos compañías francas que se hallaban en Mataró, trataban de repetir allí el espectáculo dado dos días antes en Barcelona, determinó trasladarse á aquella ciudad. Así lo verificó en la mañana del 28, anunciando que salía para perseguir las facciones que le daban mucho cuidado en las cercanías de Manresa, y ostentando esperanzas en el refuerzo que dejaba á la guarnición de la capital, y que no sirvió á la postre sino para prestar un apoyo mas eficaz al movimiento revolucionario. El general don Pedro María Pastors, gobernador de la ciudadela, quedó por disposición de Llauder y dimisión de Saquetti, encargado del gobierno de la ciudad.

Llena, por la proclama del capitán general y por la firmeza con que se esplicó en sus conversaciones particulares en las pocas horas que permaneció en la capital, la medida del resentimiento de los fautores de la rebelión, no perdonaron estos desde entonces medio alguno de acabar con él. Barcelona se vió inundada de libelos contra su persona y su autoridad, y de excitaciones contra otros empleados cuyos despojos se codiciaban. Los muertos contra el tirano corrían acompañados de noticias de su muerte; y, por si estas no eran creídas, de la declaración de que «él y su segundo cabo don Pedro Nolasco Bassa, gobernador de Barcelona, habían perdido la fuerza moral.» Algunos conventos de frailes continuaban ardiendo, sin que nadie pensase ni en cortar el incendio, ni en evitar que se extendiese á otros edificios, ni en detener siquiera la mano que paseaba la tea encendida sobre todos los de la ciudad. Pastors publicó, á la verdad, el 31 un bando, que contenía justas y severas disposiciones para el caso de un nuevo tumulto, y el ayuntamiento, asociándose á las intenciones del general, recomendó asimismo el orden y la moderación. Pero las manifestaciones estériles con que aquellas autoridades disfrazaban su nulidad real, y con que los anarquistas les permitían cubrir su responsabilidad en un cambio de situación, que podía resultar de la llegada del ausente gobernador Bassa, ninguna obligación sería imponer á un cuerpo municipal, que no tenía armas de que disponer, ni á un gefe militar, que sabia no poder contar con las que tenía en la plaza, cuando se trataba de emplearlas contra los revoltosos. Estos mandaban de hecho, aunque se dejaban condenar de palabra.

Llauder, llegado el 28 á Mataró, disolvió las dos compañías francas, allí acantonadas, y con esta medida preservó por entonces de escosos y males la ciudad. Pero, ó poco satisfecho de las noticias que recibía de la capital, ó apremiado por la necesidad de velar de cerca sobre los movimientos de sus columnas contra las bandas carlistas de la montaña, se trasladó en seguida á Vich, desde donde, el 1.º de agosto, dió orden á Bassa, que se hallaba en Cervera, de dirigirse á Barcelona y encargarse del mando, para reprimir y castigar la facción, que había cometido allí tan horrendos crímenes. Ya á la primera noticia que de ellos tuvo aquel general, había marchado á Igualada, donde previno que se le reuniesen las columnas de Calvet y Moldero, empleadas en persecución de facciosos. La guarnición de Barcelona se había reforzado en tanto con otra columna mandada por el coronel Burgues, que obraba antes entre Sabadell y Mataró. Con esta fuerza y unos lanceros enviados por Bassa, pensaba Pastors y prometía á Llauder, el 2 de agosto, apoderarse de los principales alborotadores, y deportarlos adonde se acordase, en vez de incoar el proceso que el capitán general había mandado formarles, y en que ni la policía, ni la sala del crimen, ni la autoridad militar se atrevían á entender. Pastors, á la verdad, no disimulaba á su gefe la dificultad de llevar á cabo aquel propósito. «Los planes anárquicos, añadía en su despacho de la citada fecha, se enlazan fuera de esta capital y provincia, y aun fuera del reino. Con este puñado de quintos, será imposible, en el estado de irritación de los partidos, mantener en esta plaza el respeto á las leyes, y cuando no se puede dudar que la mayor parte de la milicia urbana favorece á los revoltosos, se arriesgaría la renovación del conflicto de 23 de julio.» Dos días despues, añadía: «Si la policía sigue el rastro á los inmorales desorganizadores, la apoyaré con mi autoridad para que reciban un golpe decisivo....» Ayerbe y Burgues en comunicaciones ya oficiales, ya confidentiales, se explicaban en el mismo sentido, y los revoltosos no ignoraban que tales eran en efecto las disposiciones de la autoridad.

Así, aunque inquietos por el refuerzo de la guarnición, y mas aun por la aproximación de Bassa, dieron á su miedo el color de la irritación, y prorrumpieron en amenazas contra la vida de este general. Intimidaron ellas á las autoridades, á quienes tenía comprimidadas el puñal de los asesinos: y casi todas procuraron persuadir á Bassa que no corriese á una muerte, que le representaban como segura, si se atrevía á entrar en la ciudad. Mostrando el ceder á estas observaciones, convino en acantonar en los pueblos del corregimiento de Villafranca los tres mil hombres que había reunido, manteniéndose tranquilo mientras no se turbase de nuevo el orden de la capital, y así lo anunció á Llauder desde el Bruch, añadiéndole que el 6 se trasladaría á Villafranca. Lo mismo significó al coronel Churruca, que á toda prisa reclamaba tropa para contener al carlista Tristany, que el día 1.º había atacado á Guisona, y para reforzar á Balaguer gravemente amenazada. A pesar de las seguridades consignadas en su correspondencia con Llauder, Pastors y Churruca, Bassa, sin ocurrencias ostensibles que le obligasen á cambiar de resolución, sin motivo conocido, y en fuerza, según se dijo, de un aviso que recibió de estar dispuesto para el día 3 el gran motin, á cuyo fin se había corrompido á algunos oficiales y sargentos de la guarnición, se puso en marcha el 4, y, dejando su columna en Sanz, se entró en la mañana del 5 con pocos soldados en la capital, la recorrió toda, acompañado de un solo ordenanza, y con una confianza, que tenía algo de temeridad, fué á alojarse al palacio en vez de situarse en la ciudadela.

Rodeáronle luego los generales Santocildes, Lahera y Pastors, el gobernador civil Igual, y otras muchas personas de importancia, para persuadirle á que no provocase, por demostraciones contra los revolucionarios, una lucha en que perecería ciertamente. Bassa, descansando en sus antecedentes, y en la amistad que hasta pocos días antes le habían mostrado los mas de sus compatriotas, y obligado por otra parte á mantener el decoro de su autoridad, declaró: «que no debilitaría su prestigio por condescendencias, mientras estuviese encargado del mando.» Exhortósele á dejarlo, ó á salirse de la ciudad, y él se negó con entereza á uno y otro. Las tropas que, al llegar, había él dejado en Sanz, entraron en tanto en Barcelona, y ocuparon la Lonja; la mayor parte de la guarnición se situó en la plaza de palacio, donde, entre filas de urbanos, llegó una diputación del ayuntamiento, encargada de unir sus ruegos á los de los generales y autoridades, que insistían en que Bassa se retirase. Mientras este deliberaba sobre el parido que debía tomar en vista de tantas instancias, el populacho, que se hallaba ya reunido en la misma plaza, y contra el cual ninguna demostración osaban hacer las tropas, penetra, parte por la tribuna de la contigua iglesia de Santa María, parte por la escalera del palacio mismo, y una gavilla de amotinados se reúne en el salón. Al verlos, varias de las personas notables que en él se hallaban, gritan que no se atente contra el general, que está dispuesto á ceder. «Es tarde.» Responde uno de los asesinos, y le derriba al suelo de un pistoletazo, mientras el general saca en vano la espada para defenderse. Rematándole á puñaladas otros de los conjurados, arrojan su cadáver por un balcón, le arrastran por las calles, y queman en seguida sus mutilados restos, alimentando lo hoguera con los papeles de la Sociedad económica,

de la contaduría de propios y arbitrios, del gobierno civil y de la policía, cuyo establecimiento saquean primero, y despues destruyen enteramente.

En las conmociones populares no hay medio de pararse, cuando se ha llegado á cierto punto de la carrera. Los que habían dado el impulso para el asesinato de Bassa no querían tal vez ir mas allá, pero lo quisieron sus agentes. A los gritos de viva Isabel II, derribaron y arrastraron estos la estatua colosal de bronce del difunto rey, que servía de adorno á una de las plazas de la ciudad, quemaron en seguida los papeles de la administración de rentas estancadas, destruyeron los fieltros y el rastro, y coronaron las obras del día, poniendo fuego á la magnífica fábrica de máquinas de vapor de Bonaplata y Vilaregut, que tantas y tan justas esperanzas inspiraba á la industria catalana. Ya la noticia de que iba á cometerse este crimen había cundido desde algunos días antes y en vano se había procurado desmentirla. En vano también se pretendió, despues del suceso, difundir la idea de que la destrucción de la fábrica fué efecto de haberse entendido mal por los conjurados, la orden de atacar la imprenta del periódico *El Vapor*, «creado, se decía, para balagar el orgullo del tirano catalán.» Pero, ya fuese premeditado el designio, ya procediese de error en la ejecución de otro propósito no menos punible, la fábrica ardió, pereciendo en su defensa quince ó mas urbanos, y entre ellos algunos que, en los días anteriores, habían capitaneado los grupos que incendiaron los conventos; coincidencia notable, en la cual se habría visto sin duda en un siglo religioso la mano de la Providencia.

En lo mas recio del tumulto se creó una junta llamada de autoridades, reforzada con cinco comisionados del pueblo, y presidida por el general Pastors, cuyos sentimientos, consignados en su correspondencia coetánea con Llauder, no conocían aun ni llegaron á traslucir en mucho tiempo los conjurados. La junta empezó sus tareas con una alocución dirigida á refrenar las pasiones desencadenadas. Pero, proclamando «que el orden es el elemento de vida de la sociedad,» contribuía á mantener el desorden, que condenaba, anunciando haber destituido á Llauder, y reconociendo justos por este acto los pretestos que se alegaron para el alzamiento. Una vez legitimados, á nadie pareció extraño que continuasen los escosos, como continuaron durante toda la tarde y la noche, es decir, bastantes horas despues de haberse instalado la autoridad nueva. Todavía al día siguiente una gavilla de malvados prendió fuego á los muebles de algunas casas que supuso habitadas por sujetos adictos un tiempo al conde de España, mientras que otras bandas atacaron la aduana, donde se hallaba depositada gran cantidad de mercancías. Por dicha, el riesgo que, con este atentado nuevo, corrían las pertenecientes á muchos comerciantes, y el deseo de preservarlas del saqueo y de la destrucción, hicieron á estos unirse para contener á los foragidos, lo cual se logró al fin con la prisión de algunos de ellos.

La junta, animada con la cooperación de los hombres honrados que veían comprometidos sus caudales y hasta su existencia, pudo entegar á la comisión militar, y hacer que fuesen mas ó menos severamente castigados, si no los asesinos de Bassa y de los frailes, ni los autores de la destrucción de los conventos, dos ó tres de los del incendio de la fábrica de Bonaplata. Pero no se le permitía dar esta pequeña satisfacción á las leyes ultrajadas, sino en cuanto se prestaba á exigencias que atizaban por una parte el fuego que por otra se apagaba. Así, decretó la supresión de los conventos que las llamas habían perdonado; destituyó á todos los empleados de categoría cuyos despojos se codiciaban; prometió que se confiaría por mitad la custodia de los fuertes á la tropa de la guarnición y á la milicia urbana; declaró que, para pertenecer á esta milicia, no era necesario pagar contribuciones, é hizo en la organización de la misma, modificaciones explícitamente contrarias al tenor de la ley que las cortes acababan de votar. Las circunstancias condenaban además á la junta á transmitir al gobierno de Madrid lo que entonces se llamaban los deseos del principado. Ella estendió, pues, el 7, una representación á la reina, pidiendo «que se diese el mando de Cataluña á una persona de circunstancias explícitas, caso que no hubiese de continuar Pastors; y que á los demás empleados depuestos, ó forzosamente dimisionarios, se les reemplazase con otros colocados en aquella misma cuerda.» Y conociendo que, aun prescindiendo de todas estas exigencias, estaba lejos de contentar á los que nada menos pedían que «la igualdad legal, la libertad civil y de imprenta, la supresión o modificación de la policía, la inviolabilidad de la propiedad, la responsabilidad ministerial,» y otra multitud de cosas, que ó existían de hecho, ó no podían existir de derecho sin someterlas á un examen detenido; conociendo además que, aun resignándose á pedir al gobierno todo lo que de ella se exigía, no satisfaría á la muchedumbre inquieta dividida en sus deseos y vacilante sobre el empleo de los medios ulteriores de satisfacción y de paz, acordó el 8 nombrarse agregados, y ordenó crear otra junta con el título de auxiliar consultiva, que ayudase á las autoridades civil y militar en las medidas que se creyesen necesarias. Esta superfetación nueva, con que las autoridades se proponían eludir la responsabilidad, dividiéndola, debía componerse de doce individuos, nombrados por electores designados por las diferentes clases del pueblo; determinación que consagró el principio de la generalidad de la elección, y le consagró de modo que en-

tre los electores, figuraron luego personas no acostumbradas al uso de esta prerrogativa.

La nueva junta, nombrada e instalada el 10, conocida desde su origen bajo el nombre del *apostolado*, y designada como la verdadera representación del pueblo, se estrenó el 11 con una proclama escitando a los catalanes a formar contra la facción cuerpos expedicionarios, de que a la verdad se tenía gran necesidad; pues, desde el movimiento de Reus, había sido forzoso retirar de su persecución muchas de las columnas destinadas a ella bajo las órdenes de Bassa, Colubí y otros gefes, y los enemigos, campeando sin resistencia en la alta Cataluña, atacaban con mas ó menos éxito considerables poblaciones. A los gastos necesarios para perseguirlos destinó el 13 la misma corporación todas las rentas del principado y los productos de los arbitrios locales; y, considerando que ni estos ni las contribuciones así arbitrarias como extraordinarias, podían bastar a cubrir todas las atenciones de la situación, exhortó a los pudientes a armarse a sus espensas, y abrió suscripciones para el mantenimiento de los migueletes. Para hacer tolerables los sacrificios que imponía, la junta halagó a sus administrados con la esperanza de restituir los bienes monacales a los compradores de 1823; con la del reconocimiento de los estados disidentes de América; con la de la administración de las rentas provinciales por las provincias; la formación de una nueva constitución; la extinción del clero regular, y la reforma completa del secular.

Mientras la junta, que aun no se atrevía a romper con el gobierno de Madrid, ofrecía insistir cerca de él para que accediese a estos deseos, los proclamaba, exagerándolos, y el diario llamado *El Vapor*, órgano de las doctrinas y de las exigencias de la época, decía que el pueblo estaba cansado de sufrir abusos, escusaba y aun legitimaba los movimientos de los días anteriores, atribuyéndolos a la obstinación con que los gobernantes se habían negado a otorgar las reformas; indicaba la necesidad de un nuevo código, *escluyendo el de Cádiz por difuso, y el Estatuto real por otorgado*; suscitó la cuestión de la separación de las coronas de Aragón y Castilla, ni una sola idea de desorden y de trastorno dejaba por enunciar. En fuerza de las sugerencias de aquel periódico, y de las de los demás instigadores del movimiento, se quemaron las causas formadas contra los liberales desde 1823, y después los expedientes del tribunal del breve apostólico. Entretanto, la junta consultiva acordó que cada corregimiento nombrase un diputado para la junta provincial, que debía reunirse en Barcelona, y que se formase otra junta general de las cuatro provincias, eligiendo cada una de ellas tantos diputados como nombraba para las cortes.

Llauder supo en Vich el asesinato de Bassa, y los escesos que a él se siguieron. Viéndose sin fuerza para reprimirlos, pues las pocas que había en el principado no bastaban a contener ni aun a observar las bandas carlistas, creyó no deber aumentar las dificultades de la situación, conservando una autoridad que solo reconocían unos pocos soldados que le acompañaban. Usando, pues, de una licencia que había obtenido para tomar baños en Francia, salió de Vich escoltado por dos compañías, recibió en Ripoll y Puigcerdá los últimos homenajes de los pueblos de la frontera, y se entró en Francia por Bourg-Madame. Mientras se creyó que tendría medios de mantenerse en Barcelona, inspiró su nombre algun recelo; pero, desde su última salida, todos los pueblos donde existían algunas malas cabezas, tuvieron que lamentar escesos casi iguales a los de la capital. El monasterio benedictino de san Cucufat del Vallés, el de gerónimos de la Murtra, los de cartujos de *Scala Dei* y de Montalegre, los conventos de recoletos de Riudoms, de capuchinos de Mataró, de Arens del Mar, y otros muchos de diferentes pueblos fueron presa de las llamas. En Igualada, Vich, Lérida, Gerona, Mombanc, Valls, Falset, en casi todas partes en fin, los frailes fueron echados de sus casas; en muchas ciudades fueron destituidos sus gobernadores, y en pueblos de menos monta hasta sus alcaldes.

Pero donde mas se encarnizó el furor fué en Tarragona. El 27 de julio, avisó el gobernador civil de aquella provincia la alteración que los atentados cometidos en los días anteriores en Barcelona habían producido en su capital. Para impedir que se reprodujesen, proveyó de pasaportes al arzobispo y a muchos eclesiásticos de gerarquía, contra quienes manifestaban encono los clubistas; diólos igualmente a todos los religiosos de la ciudad, disolviendo así sus comunidades, todavía íntegras, y los dió, en fin, a los que habían escapado de la matanza de Reus. Pero, quitando estos pretextos a los ataques de los revolucionarios, no disimuló aquel gefe la poca confianza que le inspiraba tal precaución. «El horizonte», decía en la misma fecha al capitán general, se presenta muy oscuro, y aun cuando todo el clero regular ha abandonado el claustro, no considero seguros a sus individuos, ni a cubierto de tropelías los edificios.» Las provocaciones que para incendiar los de la ciudad, se hicieron en los días inmediatos, se frustraron, no obstante, a fuerza de diligencias y de sagacidad, y verosimilmente habrían quedado al fin sin efecto, si los sucesos del 3 de agosto en Barcelona no hubiesen dado nuevos bríos a los revoltosos de Tarragona. En la madrugada del 6, fué informado el gobernador Colubí de la suerte que había cabido el día antes a su gefe Bassa. Desde el momento vió que no tenía tiempo que perder; y, aparentando ir a perseguir a los fac-

ciosos que estaban cerca de la ciudad, se salió de ella con una compañía de infantería y unos pocos caballos. Una hora después, llegaron 300 urbanos de Reus, a los cuales se incorporaron luego los de Tarragona, y, a los gritos de *Viva la reina*, se dirigieron todos a matar al teniente de rey y al mayor de la plaza, ya que no podían cebar su ira contra Colubí, instrumento de los justos, aunque tardios, rigores de Llauder. Refugiáronse los perseguidos al cuartel de Saboya, donde habrían sido sacrificados en seguida, sino intercediese en su favor el brigadier Lasauca, que, enviado allí dos días antes por Llauder para ayudar a Colubí, fué proclamado gobernador por los amotinados mismos. Mostraron estos ceder, con tal de que se embarcase luego a aquellos gefes para Barcelona, donde suponían que la plebe desencadenada no dejaría de acabar con ellos. Embarcóseles en efecto; pero, habiéndose retirado el destacamento que los escoltaba cuando los hubo dejado en el buque, corrió la chusma sobre éste, le detuvo, le hizo volver a tierra, y allí asesinó a los dos infelices gefes y a un oficial que los acompañaba y fueron lanzados al mar los tres cadáveres. Colubí mismo abandonado, vendido casi por su escolta habria sufrido igual suerte, a no haber tomado el partido de despedirla, y tenido la fortuna de refugiarse en Francia venciendo grandes dificultades y arrojando serios peligros.

SEMANA JUDICIAL

PROCESO DE DANIEL O'CONNEL.

(Continuación).

No era posible ceder. O'Connell en su proclama a los electores fijó exactamente los términos de la cuestión. «Se os dice que no tengo el derecho pasivo electoral; falso. Ciertamente es que como católico no puedo ni quiero prestar el juramento que se exige a los miembros del parlamento; pero la autoridad que ha prescrito la fórmula, puede modificarla, y yo tengo la seguridad que si me elegís, nuestros mas encarnizados enemigos se convencerán de la necesidad de que desaparezca un obstáculo que impide al elegido del pueblo cumpla sus deberes para con su rey y su patria.

«Por el juramento que hoy se recibe, hay que declarar que el sacrificio de la misa, y la invocación de María y otros santos, son actos de impiedad é idolatría. Estad tranquilos; no juraré tal. Mi honorable adversario Fitzgerald puede jurarlo, lo ha jurado, y os pide vuestros sufragios para renovar tal juramento. Electores del condado de Clare, escoged entre mí, horrorizado de tamañas blasfemias, y Fitzgerald, que las ha proferido mil veces. Enviádmelo al parlamento, y yo os aseguro que no tardará en ser abolido este juramento sacrilego.»

La ley no excluía del parlamento a los católicos, pero exigiéndoles un juramento que no podían prestar, estaban excluidos de hecho.

Presagio fué de su triunfo la entrada de O'Connell en Ennis. Todos, sin distinción de sexo ni edad, corrieron a contemplar al célebre tribuno que había consagrado su vida en defensa del país, al primer candidato verdaderamente nacional que presentaba Irlanda. Llenos de júbilo y confianza saludáronle todos con estrépitosas aclamaciones. Nada era menester para provocarlas; calmarlas era lo difícil. Iba entonces la asociación a recoger el fruto de sus esfuerzos por acostumbrar a la obediencia a sus numerosos auxiliares. Do quiera que se presentaban los gefes, reemplazaban el orden y la calma a los mas violentos trasportes. Una mirada, una señal bastaba para apaciguar la mas violenta demostración. Treinta mil personas entre hombres, mugeres y niños vivaquearon durante ocho días en las calles, y ni una borrachera hubo. Siguiendo sin vacilar el impulso de sus gefes, moderando su entusiasmo, no solo tenía el pueblo la disciplina del mejor de los ejércitos, sino el cariño de hijos bien educados, y de la modesta sumisión de los que reconocen la superioridad de sus guías. Las tropas situadas en rededor en gran número contemplaban con asombro este alzamiento pacífico, y antes que concluyese la elección, todos los soldados encantados por el buen humor de los aldeanos les trataban con fraternidad. Al desfilar el paisanaje por delante de los batallones, les saludaron con sinceras aclamaciones, a que correspondieron las tropas.

Desde el primer día no fué dudoso el éxito de la lucha electoral. Mr. Fitzgerald creyó prudente retirarse, y O'Connell fué proclamado representante del condado de Clare.

Profunda fué la sensación que produjo este suceso en Irlanda é Inglaterra. Comprendió el gobierno la importancia de su derrota, y la iglesia protestante lanzó un grito prolongado de alarma. Entraba un papista en el santuario del monopolio, y venia a compartir los derechos hasta entonces reservados a la supremacía anglicana. Los torys estaban sobrecojidos.

Grandes fueron las consecuencias de esta revolución electoral. No se lisonjaban los católicos de que O'Connell tomase asiento en la cámara; se lo impedía el juramento. Pero nada le impedía presentarseles

de nuevo, y ser otra vez electo representante de Clare. Nada impedía a los demas condados elegir diputados católicos, y reelegirlos hasta lo infinito.

Vencido el gobierno por la asociación, antes de ceder a esta manifestación popular, no quiso parecer débil, y pidió al parlamento la disolución de este cuerpo. Acordada, lejos de resistir su ejecución, reunidos el 12 de febrero de 1829 los gefes, ellos mismos la disolvieron antes de que la ley se sancionase.

Así terminó la gran lucha que por espacio de 70 años, y bajo diversas formas, sostuvo la asociación católica contra la oligarquía protestante. Siempre tuvo contra sí esta santa causa una oposición desatentada. En vano apeló Irlanda a los sentimientos de humanidad, en vano invocó un tratado solemne de alianza, en vano probó conmover a sus tiranos a fuerza de resignación. De nada le sirvieron su paciencia y humildad: su constancia, su clamor infatigable, su firme resolución de no descansar en la esclavitud, ni dejar descansar a sus opresores, obtuvieron al cabo una tardía reparación. Si estos dominaban, era a costa de continua ansiedad, terror é incertidumbre. Apenas los peligros exteriores les arrancaban una insignificante y penosa concesión, se pedía otra; incesantes reclamaciones turbaban su quietud, y les desazonaban. El alivio de las cadenas servía para nuevo alivio. La misma desgracia era un continuo escitante, porque alcanzando a todos, todos se ocupaban de los medios de desterrarla. Reglamentada en toda la Irlanda la anarquía, se preparó la guerra con todos los recursos de la paz, y todos los artificios de la legalidad. No hay en la historia otro ejemplo de un país que por tanto tiempo se haya mantenido tan cerca de la revolución sin llegar a ella. En esto consistía la fuerza de la asociación, y esto aseguró su triunfo.

El bill de reforma que presentó el ministerio wigh quedaba subsistentes las leyes excepcionales que privaban a los irlandeses de la mayor parte de las libertades que gozaban los ingleses, las restricciones de su ley municipal, la prohibición de armas, el diezmo a una iglesia opulenta y enemiga, el despotismo de los propietarios. Su población, tercera parte de la del Reino-Unido, no tenía sino una sexta en el parlamento. No satisfechos, por tanto, los católicos; sin poder entregarse al descanso, con tantos abusos é iniquidades, apelaron a todos sus compatriotas, porque a todos interesaba la causa, ya nacional. En una alocución que en 1832 dirigió O'Connell al pueblo; decía así:

«Conciudadanos: gran parte de los males que sufris son obra vuestra. Reconciliaos; dad tregua a las discusiones religiosas; dad al olvido antiguas animosidades y recientes querellas. Ha llegado el tiempo de unirnos, y de aprovechar nuestras fuerzas. ¿No es común el deseo y el interés por la paz, la prosperidad y la libertad de la patria? Pues jamás obtendremos estos beneficios sin obtener nuestra independencia legislativa. Sepultemos para siempre mutuas injurias é injusticias si queremos recuperar nuestros derechos, y romper las cadenas que nos ha impuesto la Gran Bretaña. No nos ligue a ella sino la gratitud y conveniencia; no la quedemos unidos sino por la corona, y la seremos sus mejores amigos en la paz, y sus mas firmes auxiliares en la guerra.

Pueblo irlandés, católicos, protestantes, presbiterianos; el bill de la reforma irlandesa es un insulto para todos, todos somos sus desgraciadas víctimas. La tentativa de trasferir a una oligarquía ausente la representación de Irlanda, lo mismo oprime a todos. Irlandeses de todas clases y creencias, pesad en el fondo de vuestro corazón esta injusticia, y acordaos que en vuestra mano está el remedio: ¿qué se resiste al grito enérgico de tres millones de agraviados?

Como se vé, no renunciaba O'Connell a la revocación a pesar de las persecuciones que desde 1831 sufría. En momentánea alianza con los wighs los diputados irlandeses, subsistiendo los odios de nación a nación, cada vez que se tocaba la cuestión de Irlanda, era borrascoso el debate. En las discusiones sobre el diezmo, la iglesia y las municipalidades de Irlanda, O'Connell y Shiel combatieron enérgicos contra los torys. Hablando lord Lyndhurst de los irlandeses con el mas alto desprecio, les llamó *extrangeros*. Esta injuria proporcionó a Shiel uno de sus mayores triunfos. Después de rechazar con indignación espresion tan imprudente: «Pero hay un hombre, y un hombre ilustre, añadió, que ha debido levantarse y reprender al noble lord que ha tenido la audacia de usar en su presencia término semejante. Presente estaba el duque de Wellington, y no le ha dicho ¡Callaos! yo he visto a estos *extrangeros* llenar su deber. El duque de Wellington no está dotado, lo sé, de un corazón muy sensible, su espíritu guerrero acostumbrado al horror de las batallas no se conmueve fácilmente; pero, a pesar de su natural impasibilidad, así que oyó insultar a sus compatriotas católicos debió traer a la memoria los combates en que ha corrido nuestra sangre para alimentar su gloria.

«Todos nuestros brillantes hechos de armas han debido agolparse a su imaginación; desde la primera jornada en que desplegó el genio militar que le ha elevado a tanta altura como capitán, hasta la última que ha inmortalizado su nombre; desde Assaye hasta Waterloo, los soldados irlandeses han superado sus deseos. ¿Cuáles fueron los brazos de atleta que en los campos de Vitoria clavaron las bayonetas en batallones hasta entonces invencibles? ¿Cuál fué el valor temerario que escaló las murallas de Badajoz, después

de colmar los fosos de cadáveres? Todos estos triunfos debieron presentarse: el último, siquiera, que á los demas eclipsó. Y vos, sir H. Hardinge, decidme aunque no penseis como yo, decidme, por que es tan elevada vuestra alma como vuestro valor, si los *extrangeros* vacilaron un instante en aquel día memorable en que decidieron los destinos del género humano, cuando un paso atrás habria cambiado la suerte de las naciones, cuando las águilas imperiales á vista del emperador diezaban nuestras filas! Y cuando llegó el momento crítico, cuando el valor por tanto tiempo reprimido pudo lanzarse adelante, y el noble duque dió la voz, decidme si los católicos de Irlanda se portaron con menos denuedo que los demas soldados de la Gran Bretaña. La sangre de los ingleses, de los escoceses y de los irlandeses, toda preciosa, corrió mezclada por la misma causa. Y cuando la inmediata aurora vino á iluminar tan horrible espectáculo, sus cadáveres fueron confundidos en la tumba comun de los bravos; el polvo de todos fecundiza hoy aquellos campos, refréscanos igualmente la lluvia y el rocío. Hemos compartido los peligros y los males, y se nos niega nuestra parte de gloria; hasta se nos insulta llamándonos *extrangeros* en el mismo país por cuya defensa y salvacion hemos prodigado nuestra sangre.»

La alianza equívoca de los wighs era mas bien un estorbo que un beneficio para Irlanda. Asi es que la vuelta de los torys la volvió la libertad de accion, contribuyendo á que se organizase definitivamente la asociacion de la revocacion bajo las bases de la católica.

Mas fácil fué, y de mas efecto que el de esta, el principio de la nueva asociacion. Aleccionados en el secreto de su fuerza, en breve se afiliaron en ella los irlandeses.

Todos los domingos celebraba sus sesiones en la alhóndiga de Dublin, y la asamblea, reclutada de continuo con partidarios exaltados, dictaba leyes á Irlanda. Era en realidad un nuevo parlamento nacional con todas las prerogativas de tal, sin exceptuar la de imponer tributos, pues que á ello equivalia la suscripcion para los gastos de meetings, impresiones, viages, etc.

Pero limitada á Dublin, no producía la asociacion la agitacion profunda, general y continua que daba fuerza y resultados á la asociacion católica, y se encargó O'Connell de la formacion de asambleas provinciales, y de llevar á todas partes la agitacion y mantenerla.

Imposible pareció á muchos la empresa á la edad de O'Connell. Despues de 20 años de luchar y reluchar sin tregua, ¿podria comunicar á todos su sin igual actividad?—Pronto se desengañaron. Preséntase de nuevo en la arena este formidable atleta, y sin arredrarse á vista de los obstáculos, cree no haber hecho nada mientras no vea libre á su patria. Como si se hubiese rejuvenecido, trabaja con ardor infatigable, siendo de admirar sus viages en triunfo, sus elocuentes peroraciones, sus entusiastas arengas, y todo el movimiento, toda la pompa de su cruzada pacífica en pro de la libertad y de la religion. Camina á todas horas, va á todas partes, y en todas parece está á la vez, rodeado siempre de una muchedumbre ávida é insaciable de oírle, á la que sobre el mismo monotonio tema, varia las formas de su elocuencia inagotable. Y no se limita á predicar; no es bastante á su capacidad enardecer los corazones con la llama de sus ardientes palabras. Funda en las capitales la asociacion descendiendo á los detalles mas minuciosos, forma sus reglamentos, y organiza, en fin, una constitucion política completa, sin olvidar la solucion de todas las dificultades.

Y en tanto que crea, por decirlo asi, la legislacion de la conmocion popular, en tanto que reglamenta la resistencia, no cesa de prodigar el rico tesoro de su siempre enérgica elocuencia, animada, y reproduciendo siempre bajo mil aspectos las simpatías y pasiones del pueblo á quien llama á una insurreccion social. Ni modelo de correccion clásica, ni de gusto severo eran estas improvisaciones, multiplicadas hasta lo infinito, tan pronto en la sala de sesiones como en un banquete, ora al aire libre, ó en la cima de una montaña, ya sobre una carreta, ya desde la imperial de una diligencia. A todas horas del día y de la noche, en todas ocasiones y lugares, espuesto lo mismo á los rayos de un sol abrasador que á una copiosa lluvia, ó á un viento impetuoso, dispuesto estaba O'Connell á hacer resonar su voz. Para él no habia sorpresa posible: su tema era invariable, pues que Irlanda era su pensamiento único, y para espresarle le sobraban términos. Parecia que habia reconcentrado en su alma todo lo que habia sufrido Irlanda durante seis siglos, y que despues de haber enmudecido tanto tiempo, habian hallado al fin sus dolores un intérprete que les reproducía bajo todas las formas y fases posibles. La elocuencia de O'Connell, producto de la tiranía inglesa, no es menos varia que esta, é inagotable. No hay ejemplo de igual fecundidad. Y sin embargo, entre estas arengas casuales y de paso, se hallan trozos del mas sublime decir que envidian oradores acostumbrados á meditar sus palabras, y á madurar muy despacio sus ideas. Hé aquí los términos en que habla O'Connell á los obispos católicos despues de agradecerles su ingreso en la asociacion de la vocacion.

«El pueblo está con vosotros; jamás os ha hecho traicion; siempre le habeis sido fieles. El ha partido siempre, y gozoso, su pan con sus sacerdotes; falto de riquezas, os ha pagado vuestro interés en respeto y consideracion. ¿Dónde hallareis una gerarquía igual á la vuestra? Hemos sido despojados, perseguidos, proscritos; el sajón ha esparcido el llanto y la desolacion

sobre nuestra patria, y á pesar de todo, semejante á los templos soberbios de Palmira, que se elevan en el desierto, la gerarquía de la iglesia de Irlanda descansa siempre en sus firmes columnas cuyo remate toca al cielo. Han sido arrasados los templos, robados los ornamentos, y sin embargo, la gerarquía surge magestuosa, poderosa y magnífica como los sueños de los arcángeles que moran en la eternidad á que ella nos guía. ¡Ah! bendigo la persecucion porque ella ha hecho á nuestra iglesia mas bella y mas santa: bajo sus pórticos se elevará el altar sagrado de la libertad, y la jóven Irlanda, esperanza de la patria, crecerá á su sombra en virtud y fuerza.»

¿No son estos acentos de un poeta inspirado? ¿No parece oírse la voz de los profetas de Sion, llorando sobre las desolaciones del templo, y prometiendo al pueblo de Israel porvenir mas venturoso? Y despues que el anciano irlandés ha escitado la cólera de sus compatriotas con la relacion de comunes desventuras, y se detiene para ofrecer sus respetos y su amor á la jóven reina, ¡qué frescura en sus imágenes, qué candor en su elocuencia laudativa, tan opuesta al parecer al que durante medio siglo no ha hecho otra cosa que maldecir! Unas veces llama á la reina la perla del Océano, otras el latido del corazon de Irlanda.

No es, pues, de extrañar que un orador de tan brillantes cualidades, de actividad tan incansable, y tan feliz en los medios de accion, adquiriese mayor prestigio que si le hubiese pertenecido de derecho el trono de Irlanda.

Indiferente se mostraba el gobierno á esta nueva asociacion. En vano Mr. O'Brien pidió una *euquête* sobre las causas de la situacion de Irlanda; en vano citó los males que la habia causado la Inglaterra, el desproporcionado aumento de su deuda, la desigualdad en representacion, la enormidad de los impuestos, el despotismo de los propietarios, la miseria general, la parcialidad en la administracion de justicia, la intolerancia de la iglesia protestante, la esclavitud del desgraciado arrendador, y las innumerables llagas políticas y sociales que corroian el cuerpo de la nacion irlandesa, y la hacian sufrir sin medida y sin término. Apenas hace caso la cámara de los comunes, pasando desdeñosa á la órden del día.

Poco despues, obligado el gobierno á hacerse cargo de la cuestion, declara por órgano de sir J. Graham que prefiere la guerra civil á la revocacion. Se le recuerda que los protestantes no pasan de setecientos mil, y que son mas de ocho millones los católicos, y contesta que no por eso se hará reforma alguna del clero protestante en Irlanda. Se le pide la estension del derecho electoral, y que la representacion de la Irlanda sea proporcional á la de Inglaterra y Escocia, y responde que el último bill ha hecho demasiado en este punto. Se proponen modificaciones en el ejercicio de la propiedad, y aunque reconoce que está constituido de un modo que produce la horrible miseria que devora al labrador, dice que tocarle seria en daño de los dueños. Asi fueron rechazadas todas las cuestiones de reforma, de mejora y de justicia.

La asociacion se desarrollaba considerablemente. Despues de muchos meetings celebrados en varias partes, tuvo lugar el de Donnybrook, á cuatro millas de Dublin, el 3 de julio. Le reseñaremos.

Desde muy temprano, todos los habitantes de Dublin, cerradas las tiendas y parados los trabajos, se pusieron en movimiento reuniéndose con separacion todos los gremios. Formados en número de cuarenta y tres, desfilaron lentamente por casa de O'Connell. Este, á guisa de un general que manda un ejército, disponia la marcha del cortejo, diciendo á cada batallon despues de saludarle: *adelante!* Mandados por personas de exterior distinguido, con banda azul ó verde de unos, y otros con una estrella en el pecho, marchaban precedidos de la música tocando el himno de Dios salve al rey. Los labradores á caballo componian muchos escuadrones.

En el centro del campo de la Feria se elevaba una plataforma capaz de 300 personas. Allí se colocó O'Connell con su hijo Juan, Grattan, y Steele, miembros todos del parlamento: y á presencia de cerca de cien mil personas se leyeron las cartas de los obispos, y otros miembros de importancia que no pudieron asistir.

O'Connell se levanta, y dice: «Me he hallado en medio de numerosas é imponentes asambleas, pero ninguna puede compararse á esta. Está satisfecha mi ambicion. Nuestro poder es inmenso. Pensemos en saber usarle. Menos fuerte que yo soy en este momento, era Wellington en Watterloo, y mandaba el mayor de los ejércitos. La Irlanda entera se ha levantado en masa, y resuena por todas partes este grito imponente: revocacion de la Union! libertad para Irlanda! ¿Se ha visto otro movimiento mas nacional? ¿opinion mas unánime? revolucion mas pacífica? Todo un pueblo, á la faz del cielo que le oye, declara á las naciones de la tierra que le escuchan, que la Irlanda quiere ser libre, que lo será, y que la Union será revocada (aplausos). Lo que hoy importa es regularizar nuestra fuerza. Nada de violencias, nada de conmociones, ¡no! ¡no! que en todas partes el órden, la tranquilidad y la moderacion, sean compañeros inseparables de nuestro firme propósito. Nosotros queremos nuestro país para nosotros mismos, y nosotros le tendremos, porque ya los ingleses no tienen tanto poder contra nosotros. Wellington puede disculparse con su vejez, aunque es otra la causa de su debilidad. Célebre será, y sin igual en la historia, su conducta desleal y la de Peel.

Queremos la revocacion del acta del parlamento, la pedimos tranquila y legalmente, lo saben y lo reconocen, y sin embargo, esos ministros ingleses constitucionales, esos ministros que dependen del apoyo del parlamento, y no del capricho ó de la voluntad de un déspota, esos ministros que se dicen populares, han osado amenazarnos con la guerra civil. Una vez la han traído, y no han vuelto á la carga. Digna ha sido la respuesta que hemos dado á su desafío, venciendoles moralmente. Ni temo al embustero Graham, ni al loco Stanley, porque tienen sus colegas bastante buen sentido, para no dejarse arrastrar de su desatentada audacia.

«Súbditos leales de la reina, desafiamos al ministerio que la engaña, y le desafiamos obstinándonos en conservar la paz, lo cual le desespera, porque desea adiestrar en nosotros sus escuadrones. Hagan nuestros enemigos lo que quieran, no nos sacarán de nuestro paso. Ya conocéis al buen viejo Mac-Namara, del condado de Clare, y sabeis su juramento de no beber sino agua durante las elecciones (risas): él ha cumplido su juramento, cumplamos el nuestro. No satisfechos con este juramento, sus amigos, atendido su carácter, le hacen jurar que sufrirá aunque le peguen. Sábalo un desconocido, y le dice: ¿vais á votar contra el propietario? buen cuidado me da el propietario; le contesta, y recibe un bofetón, y es llamado canalla. Recuerda el maltratado su voto, y le dice muy fresco: «No cuento mas bienes en este mundo que dos cerdos, pues bien, os regalo uno, si me dais otra bofetada despues de la eleccion (risas), y no fué aceptada su oferta. No lo olvideis jamás, lo que mortifica á nuestros enemigos, es vuestra perseverancia por conservar el órden. Solo que rompáis algunos faroles, les habeis hecho el caldo gordo, porque os encausarán. Pero no les deis este placer. (Muchas voces, si, si, no les daremos motivo). Estoy enorgullecido de este ascendiente sobre vosotros, y de la buena voluntad con que me obedecéis, que no atribuyo á mi escaso mérito, sino á la uniformidad de nuestro sentimiento, á todos nosotros que queremos arrancar la Irlanda de manos del extrangero. El Times decia dias atras: «Va á celebrarse en Dublin una reunion monstruo.» ¡Reunion monstruo! me gusta la palabra, la acepto, porque esta reunion tiene de maravilloso que se concluirá habiendo reinado en ella el órden mas completo, la mayor armonía. Debemos, amigos míos, al Times gracias por su bella frase. (Risas y aprobacion). Y añade el Times, que despues de la parada, mis soldados, porque vos sois mis soldados (risas) se dispersarán tranquilamente si se lo mando. O'Connell seria un idiota, y nada tiene de eso (gracias por el favor, señores redactores del Times) si no continuase las evoluciones ya que se le deja. El galopin del periodista nos hace al menos justicia en reconocer que estamos tranquilos. Si, mis soldados, como os llaman, son pacíficos, y aunque están en estado de combatir, no lo quieren. Jamás atacarán, pero jamás rehuirán la pelea. Son demasiado buenos para dar á sus enemigos el placer de una provocacion.

«Habia en Kerry un loco (y no es cuento), el cual habiendo visto á una clueta empollando, atisbó su separacion, y apoderándose de los huevos, se puso á sorberlos. Tomando el primero, el pollo que estaba dentro pió al descender por las fauces del loco. «¡Hola, amiguito, le dijo el loco, tarde has hablado! (risas). Amigos míos, yo no estoy loco, pero sé sorberme los huevos.» (Risas). Si la Inglaterra tuviese hoy la humorada de decirme que nos hará justicia, yo la diré como el loco de Kerry al pollito: «Tarde piache, querida.» (Risas y aplausos). Comience por hacerse justicia á sí misma, que harto lo necesita. (Escuchad). Los enemigos de la revocacion tienden á desanimarnos diciendo, que para que sea ley el bill restableciendo el parlamento de Irlanda, necesita tres lecturas en ambas cámaras. (Falso). La Union será revocada sin el concurso de los lores y comunes de Inglaterra, y contra su voluntad, porque la reina (el cielo la bendiga) puede convocar el parlamento. Entonces, y solo entonces habrá Irlanda.»

Seis horas duró este meeting, desfilando con órden y precision todos los gremios. Siguiéronle otros mas concurridos, y toda la Irlanda estaba en movimiento, y con anhelo de acudir á estas citas patrióticas para oír hablar de los dolores y de las esperanzas de la patria.

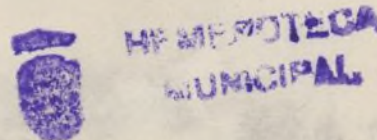
Alarmado ya el gobierno, á fin de escitar mas apasionados sentimientos que le diesen pretexto para medidas de rigor, fortificó los cuarteles, armó las plazas y reforzó las guarniciones.

(Se continuará.)

HISTORIA NATURAL.

OBSERVACIONES SOBRE LOS MONOS.

Los monos, colocados á la cabeza de los animales vertebrados, en el órden de los *cuadrumanos*, de los cuales forman una gran familia, estos mamíferos llaman igualmente la atencion del naturalista y del filósofo; despiertan la curiosidad de todos por su notable inteligencia, por la manera con que pueden imitar las acciones humanas, por su analogía de conformacion con el hombre, ora en la parte interior, ora en la exterior. Añadamos, no obstante, que esta analogía que



Ayuntamiento de Madrid

ha parecido bastante íntima á algunos escritores para llamar al hombre un *mono perfeccionado*, y otros al contrario para admitir ciertas especies de monos como hombres degradados y embrutecidos por la vida salvaje, no deja de subsistir á nuestros ojos la gran barrera que separa al bruto del ser dotado de razón y de libertad moral; pero procuremos hallar en las modificaciones orgánicas propias á estos cuadrumanos la

te frugívoro. Estos mamíferos viven comunmente en manadas, y viajan bajo el mando de un jefe. De un natural muy desconfiado, si penetran en los parages cultivados, no es sino después de haber puesto centinelas avanzados, lo que les hace cometer destrozos considerables.

Las hembras paren uno ó dos hijuelos, que alimentan teniéndolos entre sus brazos, prodigándoles demostraciones las mas tiernas de amor maternal, y defendiéndolos hasta la muerte de los ataques de sus enemigos. No hay cosa mas lastimosa é interesante que la relación de la muerte de esta pobre hembra, que herida por los cazadores y sintiendo que va á sucumbir, reconcentra sus últimas fuerzas para lanzar sobre un árbol inmediato, y libertar así de sus enemigos, la preciosa carga que lleva en su seno, espirando al punto falta de aliento por este último esfuerzo.

En el estado de domesticidad, estos mamíferos, aunque se muestran generalmente glotones, golosos, ladrones y coléricos, nos alegran por su petulancia y por su destreza. Se han visto algunos de estos animales

pedo, y habiendo visto que tenía garras intentó nada menos que arrancárselas.

Todos los monos, excepto el *magó*, que parece ser



Orang-chimpanzé



Orangutan joven.



Cráneo del Pongo de Wumrb.



Orangutan adulto.

fisiología de la especie, el secreto de sus costumbres y de su inteligencia.

El carácter mas pronunciado, digámoslo así, en la organización del mono, el que influye mas poderosamente y sin contradicción sobre todo su ser, es la conformación de sus extremidades, abastecidas tanto en los pies como en las manos, de dedos profundamente divididos, con uñas achata-das: estos son enteramente órganos de tacto, de locomoción y de presión. En primer lugar, como órganos táctiles, la piel muy fina y enteramente desnuda que revela su interior, la facilidad de abrazar los objetos y de explorar sus contornos, hace que veamos instrumentos de un tacto muy delicado; por otra parte, sin reproducir la extraña paradoja de Helvecio, que veía en la conformación de la mano la causa de nuestra superioridad sobre los animales, no se puede negar la influencia del tacto, de este sentido intelectual por excelencia, sobre el desarrollo del entendimiento.

Estas manos cuádruplas no son, sin embargo, los únicos instrumentos de presión de que disponen estos mamíferos; la mayor parte de los monos del Nuevo Mundo tienen una cola larga y musculosa, que, susceptible de enroscarse en derredor de los objetos y de asirlos vigorosamente, hace el oficio de una quinta mano, y es suficiente ella sola en algunos casos para asegurar su estado ó posición. Sin proponernos la indagación de estas causas finales no podemos abstenernos de notar una relación íntima entre esta multiplicidad de órganos de presión, y los impulsos de un animal destinado á pasar sobre las ramas la mayor parte de su existencia. En efecto, la progresión de los monos no es ni de un todo bípeda ni exactamente cuadrúpeda; su marcha en tierra es pesada y lenta y solamente sobre los árboles despliegan su extraordinaria agilidad, esto es, en su domicilio natural.

Sus miembros son siempre flexibles, y en algunos géneros los brazos tocan hasta la tierra. Su cuerpo esbelto, cubierto de un pelo largo y bastante apiñado, está dotado de una grande energía muscular; su cráneo es redondo, tiene poca prominencia en el hocico, cuyo ángulo no es mas oblicuo en varios individuos jóvenes de la casta de los negros, y que tienen una desgraciada semejanza con

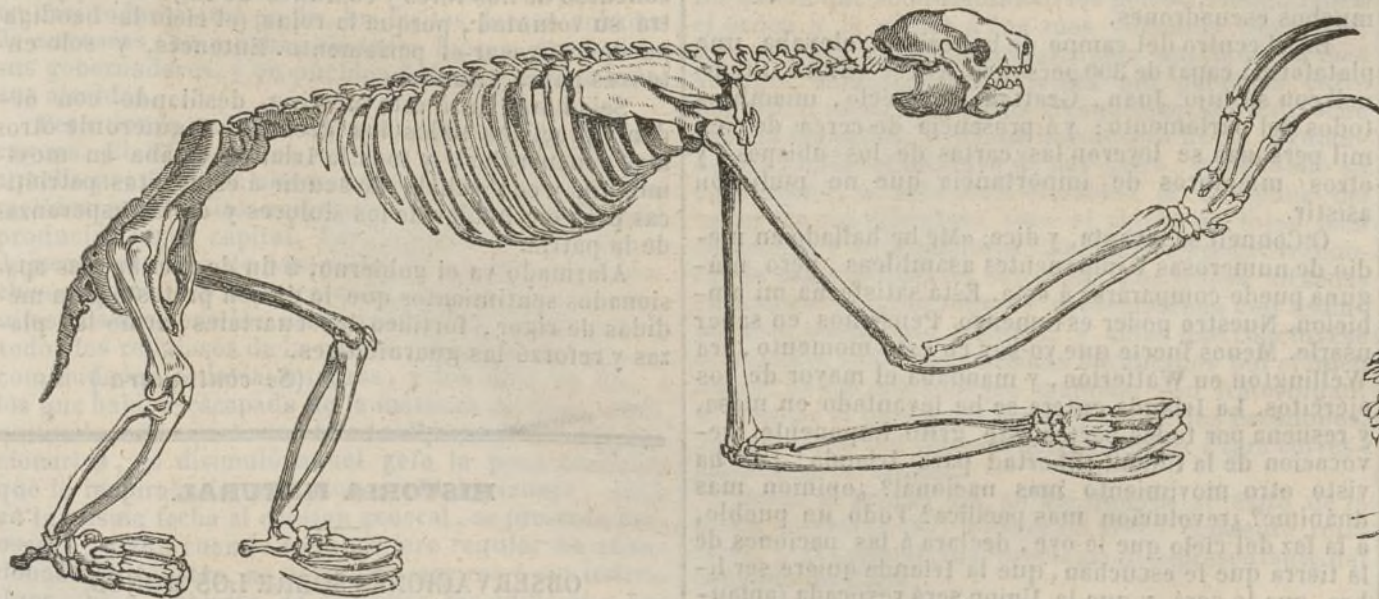
educados en tales términos, que fregaban la loza, los suelos, y servían la mesa. Un orangutan rojo, traído

naturalizado en Gibraltar, son extraños á la Europa: viven en las regiones intertropicales de ambos continentes, y solo á fuerza de mucho trabajo es como se conservan en nuestros climas, donde sucumben casi todos atacados de afecciones crónicas de los pulmones, ocasionadas por la intemperie de nuestro cielo. Si las relaciones que ligan entre sí las distintas especies de esta familia son de naturaleza que llaman nuestra particular atención, no son menos evidentes las diferencias que los separan, y necesitan su división metódica en muchos cuerpos.

La clasificación mas generalmente adoptada hoy, establece en la familia de los monos dos secciones ó tribus divididas en muchos géneros: 1.ª Tribu de los *catarkhin*, llamada así de *kata* (hacia abajo) y *rhin* (nariz), porque uno de sus caracteres mas pronunciados es tener la abertura de estos conductos dirigida hacia abajo; estos son los monos del *antiguo continente*; la mayor parte tienen en el interior de la boca una especie de bolsillo ó de saco llamado *abajoue*, que les sirve para trasportar los víveres de que hacen provision; en fin, la costumbre de estar siempre sentados, deja ver sobre la piel de su trasero *callosidades*, de donde se saca un carácter distintivo muy importante, porque no se observan mas que en ciertos géneros de esta tribu; su estatura es generalmente superior á la de los monos del Nuevo Mundo, pues los hay que tienen cerca de seis pulgadas de altura. Los géneros notables de esta tribu son los *orangutanes*; el *gueno*, que se diferencia de los precedentes porque tienen abajoues, una cola y callosidades; sus miembros son flexibles, su color muy variado, su estatura generalmente pequeña; viven en manadas en Africa, son susceptibles de ser domesticados, y nos ofrecen en su malicia, su petulancia, su destreza, el verdadero tipo del mono. Los *gibones*, de las partes mas remotas de la India, difieren de los precedentes por la ausencia de la cola y del abajoue; su estatura varía entre dos y tres pies: tienen como el orangutan los brazos muy largos. Los *sempopithecus*, llamados así de *sempo* (santo) *pithecus* (mono), porque los indios les rinden culto, sacan de sus miembros y de su cola muy larga una fisonomía particular: se asemejan hasta cierto punto al gueno, tienen callosidades; pero carecen de abajoues; su laringe tiene una especie de saco y son originarios de las comarcas orientales. Los *macacos* tienen cola, callosidades y abajoues, una bolsa en la laringe y el cuerpo de distinta conformación que los precedentes; pero cuando llegan á la edad adulta son intratables. Los *magos* no difieren de los precedentes mas que por la ausencia de la cola, en vez de la cual no tienen mas que un pequeño tubérculo. Los *cinocéfalos* traen su nombre *knou* (perro) *kephalé* (cabeza) de la for-



El orangutan.



Esqueleto del perezoso.



El perezoso.

el hombre. Al ver un orangutan negro, con su cuerpo bien conformado, sin cola, y con cinco pies de estatura, casi desprovisto de pelos en la parte anterior, pensaríamos que era un ser humano escapado de nuestra civilización.

Los dientes de los monos tienen la mas grande semejanza con los nuestros, aunque sus caninos sean mas largos; sin embargo, su régimen es esencialmen-

te frugívoro. Estos mamíferos viven comunmente en manadas, y viajan bajo el mando de un jefe. De un natural muy desconfiado, si penetran en los parages cultivados, no es sino después de haber puesto centinelas avanzados, lo que les hace cometer destrozos considerables.

ma larga de su hocico, en la extremidad truncada del cual tienen taladradas las narices, lo que les da cierta semejanza con un perro; su marcha ademas es casi exclusivamente cuadrúpeda; tienen la cola mas ó menos

larga, abajoues y callosidades: son grandes especies africanas en su mayor parte, y terribles por su feroci-

cual es menester añadir la ausencia de abajoues y de callosidades: estos son los monos del Nuevo Mundo.

Mr. de la Brosse dice que estos animales tienen el instinto de sentarse á la mesa como los hombres ;co-



El semnopithecus pyrrus.

A su cabeza están colocados los *sapajues*, notables especialmente por su cola, dotada de músculos poderosos, y entre los cuales se distinguen tres subgéneros. 1.º Los *aluates* ó *monos chillones*; 2.º los *atelos*, á los que un cuerpo flexible y pequeño, dotado de miembros muy largos, ha valido el sobrenombre de *monos arañas*; 3.º los *sajues*, bonitos y pequeños monos de grande dulzura, y que dan un pequeño grito que se piensa derivado de los pájaros.

En un género inmediato están los *simioles* de cola corta; estos monos tienen la cabeza gruesa y son de baja estatura, llamados por algunos naturalistas *geopithecus*, *gè* (tierra) *pithecus* (mono), porque menos vigorosos y menos ágiles que los precedentes, habitan con preferencia por entre los matorrales ó por entre las infractuosidades del suelo: son dulces, muy inteligentes, y por lo general notables por la belleza de su pelaje; en fin, los *ouistitis*, que se aproximan á los similes y se distinguen de todos los monos por las garras agudas que les sirven para trepar como ardillas, y suplen así la falta de la cola, que nunca es agarradera, y de aquí su nombre de *arctopithecus*, *arktos* (oso) y *pithecus* (mono): son bonitas especies; de pequeña estatura, dulces é inteligentes como los simioles.

No terminaremos nuestra tarea sin hacer una indicación exclusiva del orangutan, animal comprendido en la categoría de los monos, y al que todos los naturalistas colocan en primera línea por ser el cuadrúmano que mas puntos de contacto tiene con el



El semnopithecus de raba lila blanca.

dad. Vienen en fin, los *mandriles*, aquellos monos que tienen el hocico mas largo; es una especie que tiene

hombre.—El orangutan, el pongo y el joco, es muy factible que pertenezcan á una sola especie: entre to-

men de todo, sin distinción, se sirven del cuchillo, del tenedor y la cuchara para cortar y comer lo que



El nansico.

casi la estatura del hombre, y que los negros de Guinea temen mucho; también marchan sobre sus cuatro miembros.

2.º Tribu de los *platyrhin*, llamada así de *platys* (ancho) y *rhin* (nariz), porque sus narices están abiertas por los lados y muy separadas, carácter al

dos los monos estos son los mas parecidos al hombre, y por consiguiente los mas dignos de ser observados.

Eduardo Tiron, célebre anatómico inglés y que ha hecho una excelente descripción, tanto de las partes exteriores como de las interiores del orangutan, dice que los hay de dos especies.

se les pone en el plato, y beben vino y otros licores: los llevamos á bordo, añade: sentados á la mesa, se hacían entender de los pages cuando necesitaban alguna cosa, y á veces, si aquellos muchachos no les daban lo que pedían, se enfadaban, los cogían por los brazos, los mordían y echaban al suelo... uno de es-

los orangutanes que estuvo enfermo á bordo se hacia cuidar como una persona: le sangraron dos veces del brazo derecho; y despues siempre que se sentia incomodado presentaba el brazo para que le sangrasen, como si hubiese conocido que esta operacion le habia sido provechosa.

Con el objeto que se pueda pronunciar todavia con mas conocimiento, sobre su naturaleza, vamos á esponer tambien todas las conformidades que la aproximan. Difiere del hombre á lo exterior, en la nariz, que no es prominente; en la frente, que es demasiado corta; en la barba, que no es elevada en su base; en las orejas proporcionalmente demasiado grandes; en los ojos, demasiado cercanos uno á otro, y en el intervalo que hay entre la nariz y la boca, la cual es de demasiada estension: estas son las únicas diferencias que hay entre la faz del orangutan y el rostro del hombre. El cuerpo y los miembros difieren en que los muslos son relativamente demasiado cortos, los brazos muy largos, los pulgares demasiado pequeños, las palmas de las manos demasiado largas y estrechas y los pies formados mas bien como manos que como pies de hombre.

Los periódicos franceses de 1833, contienen acerca del orangutan que ha vivido en el Jardin Botánico, la nota siguiente.

«El joven orangutan vivo, anunciado por Mr. de Blainville en la Academia, dice el *Eco*, llegó el domingo 13 de mayo al Museo. Inmediatamente quedó instalado en la cabaña que se le habia preparado por encima de la de los otros dos monos, con la doble mira de facilitar la vista de él al público, y de poderle prodigar la asistencia que exige un animal tan raro y tan precioso. El señor capitán Vausghen, que por sí mismo ha conducido á su joven orang al Museo, ha tenido á bien contarnos su historia, que interesará ciertamente á nuestros lectores. Con el fin de poseer un orang, se dirigió á algunos cazadores de Sumatra, en la que por otra parte, es dicho animal muy raro. Habiéndose dedicado los cazadores á buscarle, encontraron una hembra que llevaba su hijuelo aun muy joven.

«Perseguida con obstinacion, se refugió en un árbol cuyas ramas fueron echando abajo una tras otra los cazadores. Una sola quedaba, y era la que sostenia al animal. Viéndose cercado por todas partes iba ya á saltar á otro árbol inmediato, cuando uno de los cazadores le cortó una mano de un hachazo; entonces la madre agarró al hijuelo con la mano que le quedaba; pero como en tal estado le era imposible sostenerse en medio de los árboles, no tardó en caer en poder de sus perseguidores. Entonces se le llevaron con su hijuelo, pero las fatigas del viaje y el excesivo calor, aumentaron la gravedad de la herida, que habiendo degenerado en gangrenosa, acabó con el pobre animal. Sobrevivió el hijuelo, cuya edad se calculaba en seis semanas, y estaba enteramente desnudo; mas adelante fué echando el pelo que en el día cubre su cuerpo. Al principio se daba al joven orang, una papilla para su alimento, ni mas ni menos que como se hace con un niño; entonces estaba muy débil y tenia muy poca inteligencia; ahora es muy activo, de carácter suave, y sensible á las caricias.

«Quiero sobre todo á Mr. Vausghen, pero es familiar con todo el mundo; toma la mano, se agarra de las piernas de las personas que le visitan, y tropa sobre sus hombros. Cuando es demasiado travieso, le corrige el capitán dándole algunos bofetones y aun cordelazos; entonces se sienta en un rincon, se tapa la cara con los brazos, y á veces llora; en este caso se lleva las manos á los ojos como para enjugárselos.

«Juega como he dicho y usa con los niños mas consideraciones que con las personas grandes. Hay tambien algunos animales con los cuales simpatiza, pero no puede sufrir á los gatos; tampoco quiere á los otros monos, pero tiene particular aficion y cariño á los perros, y el capitán recomendó que le pusiesen uno en su cabaña para que le acompañase. Parece en efecto que gusta mucho de la sociedad y se encoleriza cuando se ve solo; entonces rompe y hace trizas cuanto está á su alcance. Por el contrario, se hace de él cuanto se quiere cuando está entre mucha gente; juega con las personas y gusta sobre todo que le atropellen y echen a rodar de todos modos.

Hasta ahora no se habia poseido en Francia mas que un orang vivo, el cual siempre estaba muy enfermo y casi muriéndose cuando llegó. El que ha proporcionado Mr. Vausghen goza de completa salud. Le hemos visto en la ventana de su cabaña, que tenia con su mano de detrás (porque los monos tienen manos en lugar de pies) un vaso de agua con azúcar, y con una de sus manos delanteras un bizcocho que mojaba en el agua cada vez que queria tomar un bocado.

S.

SEMANA LITERARIA.

ALICIA.

Novela aragonesa.

(Conclusion).

Cuando la gruta estuvo en el estado en que la habéis visto, doña Alicia me envió á buscar al religioso

que merecia toda su confianza. Vino, bendijo la gruta, celebró misa en ella, dió la comunión á la santa, y partió penetrado de respeto y admiracion por la inalterable resolucion de aquella muger tan débil y delicada que abrazaba una existencia capaz de asustar á los hombres.

Desde aquel día se estableció doña Alicia en la gruta y no ha vuelto á salir de ella. Me encargó que todos los días la llevase pan, leche, y algunas frutas, y jamás toma otra cosa. Un día habia colocado en la cesta de las provisiones una especie de bizcocho que me habia traído mi hija, pero la santa no le tocó, y al día siguiente me le devolvió diciéndome que si queria hacer con ella lo que la serpiente habia hecho con Eva, se veria obligada á no aceptar ya mis servicios, y á esperar que Dios la enviase su alimento como á Elias, á quien los cuervos estaban encargados de alimentar. Desde entonces no he vuelto á infringir sus órdenes.

Hubiera podido escuchar todavia las relaciones del buen Jaime sin experimentar el menor fastidio, pero fijando la vista en mi reloj vi que señalaba las once y media, y que ya era tiempo de dirigirme á la gruta. Despues de pagar generosamente la hospitalidad que el buen pastor me habia concedido, le dejé, y me encaminé hacia la entrada del subterráneo.

Apenas habia dado algunos pasos por el pasadizo que ya conocia, cuando descubrí la luz de la lámpara que la solitaria habia preparado para que me alumbrase. Con el corazón conmovido llegué bien pronto á la puerta, y al primer golpe que di, oí con alegría que se movia el resorte y me franqueaba el paso. Lo interior de la gruta estaba como el día antes: la cortina verde que cerraba la estancia de Alicia estaba corrida, y delante de la balastrada habia colocada una silla, sin duda para mí, lo cual me hizo presumir que la conversacion seria un poco larga.

Haria como unos tres minutos que habia llegado cuando se descorrió la cortina y me permitio ver á Alicia de pie como en la vispera, y siempre cubierta con el velo de modo que no se podian descubrir mas que sus admirables manos.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, la dijo, y me conceptúo muy feliz con el favor que os dignais dispensarme.

—Caballero, yo soy la que experimento en este momento una dicha que no debia esperar ya en este mundo, la de volver á ver un francés, y saber quizá por él alguna cosa de los lugares y las personas que siempre serán queridas de mi corazón. Por el suave acento he creído reconocer en vos, caballero, un habitante de las provincias meridionales de la Francia. ¿Me habré engañado y cometeré una indiscrecion, preguntandoos la region en que habeis recibido el ser?

—No hay, señora, indiscrecion alguna en esa pregunta, y nada tengo que ocultar en lo que me es personal. Nací en Burdeos de una familia noble; y siendo la carrera de mis abuelos la de las armas, no podia elegir otra: en la actualidad soy teniente coronel de un regimiento de infanteria. Asuntos de familia me han hecho venir á España: he aprovechado un momento de paz para pedir licencia y visitar las principales ciudades de la península. Me hallaba muy distante de pensar que en este viaje de simple curiosidad tendria un encuentro de tan grande interés como el que aqui me conduce.

La solitaria, despues de un momento de reflexion; contestó:

—¿Sois de Burdeos, caballero, y pertenecéis á la nobleza? Sin duda la nobleza de las provincias limítrofes unas á otras tiene relaciones de afecto, de negocios, y de conveniencias. ¿Conoceis por casualidad á la familia de*** de Tolosa?

Muchísimo, señora, Casimiro de*** ha sido compañero mio en el colegio militar, entonces era el hijo menor de la familia, y se le destinaba á la orden de Malta, á que no tenia ninguna inclinacion. Pero la suerte lo dispuso de otro modo. Aquiles de*** fué muerto en un desafío, hace un año y dejó á su joven hermano por heredero del título de conde y de la gran fortuna de aquella noble casa.

Al llegar á este pasaje de mi narracion, fuí interrumpido por los sollozos de Alicia, cuya cabeza se habia inclinado sobre la barandilla de la balastrada, y cuyas lágrimas me causaron una dolorosa sorpresa.

—¿Cuán desgraciado soy, señora, por haber producido el estado en que os veo! ¿Qué he dicho que pueda afligiros hasta ese punto?

—Caballero, dijo Alicia levantando la cabeza, perdonad este momento de debilidad. Lejos de causarme daño, me haceis esperar un gran consuelo ofreciéndome el medio de hacer llegar de un modo cierto, la noticia de mi establecimiento en este lugar, á la familia de vuestro amigo el conde Casimiro de***. Dignaos concederme un momento de atencion, y conoceréis la desgracia que me persigue desde mi nacimiento, el afecto que debo profesar á esa Francia que es vuestra patria y casi la mia, y cuanto os deberé si algun día me dispensais el favor de certificar al padre del conde Casimiro de***, que me habeis visto aqui bien decidida á permanecer toda mi vida, cuyo fin se halla tan próximo, que tal vez vos mismo podreis llevarle la noticia de mi muerte.

Traté de disuadir á Alicia de aquel presentimiento de su próximo fin, pero apenas me escuchó. Tomó un vaso de agua que tenia á su lado, bebió algunas gotas y continuó del modo siguiente:

—Nací en España. Mi padre ocupaba un rango dis-

tinguido entre los gentiles hombres de la corte del rey Carlos III; pero su fortuna no correspondia al brillo de su nacimiento, y en vez de pensar en aumentarla con un enlace ventajoso, consultó á su corazón mas bien que á la prudencia, y unió su suerte á la de una joven encantadora, pero pobre, que habia conocido en casa del embajador de Francia, su tutor, y que no deseaba mas que casarla para librarse del cuidado de la tutela. Soy el único fruto de esta union, y mi madre murió al darme la vida.... Poco tiempo despues, mi padre incurrió en la desgracia del soberano. Justo y bondadoso cuando la verdad podia penetrar hasta él, Carlos III estaba sujeto á creer con demasiada facilidad las relaciones falsas que la envidia y la maldad inventaba contra sus súbditos mas fieles. Una de aquellas pérdidas maniobras, dirigida contra mi padre, fué lo que ocasionó su desgracia. Privado de su empleo, sin bienes y sin amigos, porque en la corte especialmente, los desgraciados no los tienen se vió reducido á espatriarse, é ir á ofrecer á la Francia una espada cuyos servicios despreciaba la España. Yo tenia entonces tres años. Mi padre redujo á metálico lo poco que poseia, y me colocó en Tolosa en un convento cuya abadesa era hermana del conde de***. Aquella señora conocia los infortunios de mi familia, era la bondad misma, y concibió el mayor interes por mí. Exigia que todos los días estuviese á su lado en las horas que no eran de leccion, y á vista de esta digna muger, trascurrieron los momentos mas felices de mi vida. Cuando en un convento, las religiosas observan que una pensionista es la favorita de la abadesa, lo llega á ser bien pronto de toda la casa. Disputaban á porfia quien me echaria á perder, cual me daria mas confites, estampas y todas esas cosas insignificantes que forman las delicias de los niños. ¡Ay!... esta época de mi vida agotó toda la felicidad que el cielo me habia concedido. Apenas tenia trece años cuando sufrí un golpe terrible. Perdí á mi padre y quedé en la tierra sin apoyo, sin parientes: para mí el universo era el recinto del convento en que vivia. Ya era bastante grande para saber apreciar mi aislamiento y lo difícil de mi posicion. Oia á las demás jóvenes pensionistas hablar de sus familias: iban á verlas, las escribian, recibian regalos; pero mi nombre jamás habia sido pronunciado en la portería del convento ni en la reja del locutorio. ¿Estaba, pues, destinada á vivir y morir en aquella clausura?...

Estas reflexiones no eran las mas á propósito para distraer á una joven de mi edad; así es, que mi carácter adquirió desde aquel momento cierta tristeza, presagio misterioso de las penalidades que me reservaba la Providencia. Estaba muy crecida para mi edad, y mas adelantada tal vez, que lo que suelen encontrarse las jóvenes de trece años. Parecia que el vestido de luto que usaba me daba una especie de matiz melancólico, que añadia alguna gracia á mi figura. Lo cierto es que desde aquella época llegué á ser objeto de las atenciones de la familia de la abadesa, y de todas las personas que iban á visitarla. El conde y la condesa de*** iban con bastante frecuencia á ver á su hermana, y esta señora, gozaba del privilegio inherente á su dignidad de admitir en su celda á las personas que queria, sin obligacion á sujetarse á las incomodidades del locutorio, ni á las reglas de la clausura. La digna abadesa no abusaba de este derecho y solo su familia y algunos amigos obtenian el favor de entrar en su habitacion.

Un día el conde de*** fué con un joven de elevada estatura y de fisonomía dulce y triste, que me parecia asemejarse á la señora abadesa, mas bien por las facciones que por la espresion de su rostro, porque la buena religiosa era la alegría y la tranquilidad personificada. El conde presentó aquel joven á su hermana llamándole su hijo, y diciendo que acababa de salir del colegio militar, y que se preparaba á marchar á Malta, á fin de comenzar sus pruebas para ser admitido en la orden. La señora abadesa colmó á su sobrino de caricias y elogios, y le preguntó si tenia verdadera vocacion para ser caballero de Malta, y para cumplir concienzudamente todos los deberes de aquella orden. El joven bajó los ojos (les de su padre estaban fijos en él), y respondió con el tono de la resignacion. «Tia mia, cuando se carece de bienes, no se consulta el gusto para la eleccion de estado.»

—Pero, hijo mio, replicó la abadesa, ¿no vldria mas ser militar en un regimiento francés, y servir á su país como hombre honrado, que ir tan lejos á hacer unos votos que el corazón rechaza, y á contraer obligaciones incapaces de cumplir? Yo, si soy religiosa es por mi gusto, y no lo seria si me hubiese presentado este estado como una necesidad. ¡Pobre Casimiro mio! Tú eres un hijo menor de la familia, es cierto, pero hay sitio en la tierra para todos, y no debes creerte de mas porque hayas venido al mundo un año despues que tu hermano.

—Hermana mia, vos no entendéis nada de esta especie de negocios, dijo el conde levantándose con aire de mal humor. Vamos, abrazad á vuestro sobrino. Y despedios de él, porque marcha dentro de tres días.

—Bien, dijo la abadesa, pues que todavia tiene que pasar tres días en Tolosa, espero que me dedicará algunos instantes antes de su partida. Al decir esto, apretó la mano á Casimiro de una manera significativa, y una mirada que equivalia á una promesa, la indicó que quedaba comprendida.

Yo me hallaba presente á aquella visita. Ya conocí que el silencio mas absoluto era mi papel, y que yo no me separé de él. Pero mas de una vez las mi-

cas de Casimiro se fijaron en mí y se encontraron con las mías. A escepcion de mi padre, del capellan y de los jardineros del convento, no habia visto hombre alguno desde que tenia edad de razon. El conde de *** me pareció repugnante por la expresion dura y altiva de su fisonomia; pero la de Casimiro, que ofrecia un perfecto contraste con ella, me causó una impresion de que hasta entonces no habia tenido ninguna idea. La señora abadesa, que no sospechaba el dardo con que yo acababa de ser herida, no cesó en todo el resto del dia de deplorar la suerte de su sobrino, alabar su dulzura, su talento, su buena presencia, la elevada inteligencia que brillaba en sus ojos, su sumision á la voluntad paternal, y todas las cualidades que debian asegurar la suerte de aquel jóven, si en vez de destinarle á un estado á que no era inclinado, se le dejaba en libertad de elegir una carrera análoga á su gusto. En fin, sin saberlo, la buena abadesa grabó en mi corazon con rasgos de fuego la imagen de su sobrino. Al dia siguiente, fiel á la promesa tácita que sus ojos habian hecho, volvió á ver á su tia. Esta vez estaba ocupada en estudiar en el arpa un motete que debia cantar el domingo siguiente en la misa de la comunidad. El nuevo sentimiento que se desarrollaba en mí, prestaba sin duda á mi voz una expresion mas tierna que de ordinario. Estaba vuelta de espaldas á la puerta del salon, y alenta enteramente á la música, no habia oido que habian. Al concluir, la señora abadesa exclamó:

—Bravo, Alicia, bravo, jamás habeis cantado tan bien. Volví la cabeza para dar gracias por el elogio que recibia; pero ¿cual fué mi sorpresa al ver á Casimiro de pie detrás de mi silla, y fijos los ojos en mí, con una expresion de admiracion y de apasionada ternura? Faltó muy poco para que el arpa se me escapase de las manos y se me cayese á los pies. Conoció mi emocion, y se escusó de su repentina aparicion. Insistió en los elogios que me habia prodigado su tia, y empleó en sus palabras tal acento de verdad, que concluyeron de turbar mi razon. No os repetiré todo lo que dijo la abadesa á su sobrino para disuadirle de entrar en la orden de Malta, y pronunciar allí sus votos.

—Sed mas bien soldado, le decia, que ligaros con unos votos que son un suplicio y un manantial de escandalos cuando no son voluntarios.

El pobre jóven abundaba en las mismas ideas que la tia, y mirándose con unos ojos en que se pintaba el mas tierno sentimiento añadia que la felicidad huiria de él para siempre en el momento que perdiese su libertad: pero la conclusion de cada frase era constantemente:

—Mi padre lo quiere: me amenaza con su maldicion si resisto á su voluntad: no ama mas que á mi hermano, y yo estoy destinado á la desgracia y el abandono por la casualidad que me ha hecho nacer dos años después.

Por último fué preciso separarse. La señora abadesa abrazó á su sobrino derramando un copioso llanto, y deseándole mas felicidad que la que podia esperar. Se acercó á mí, tomó mi mano, hizo un movimiento para acercarla á sus labios, y después, como hubiese reflexionado, se limitó á estrechármela vivamente, y salió sin hablar ni una sola palabra. Cuando nos dejó y desapareció; la abadesa y yo prorumpimos en amargo llanto y nos quedamos sumidas en el mas profundo abatimiento.

A los dos dias, un criado con librea del conde de *** trajo una carta para la abadesa, y pidió el favor de entregársela á ella misma. Se le mandó entrar, y con los ojos llenos de lágrimas, entregó á la abadesa la carta de que era portador. Acercándose luego á mí, me presentó una hermosa galguita blanca que traia escondida debajo del vestido, la cual saltó á mis rodillas y comenzó á acariciarme, como si hiciera mucho tiempo que me conocia.

—Era de mi señorito, dijo, y en el acto de partir me ha encargado que os la trajese, y os suplicase la conservéis como un recuerdo suyo.

—¿Qué, le contesté, ha marchado á Malta?

—¡Ay! si, señorita, y Dios sabe si le volveremos á ver.

Procuré ocultar mis lágrimas acariciando á mi linda galguita, y la señora abadesa despidió al buen criado, dándole generosamente para que bebiese á la salud de su sobrino.

No supe entonces lo que contenia la carta que Casimiro escribió á su tia, pero era muy larga, y no duje un momento que yo fuese el objeto de mas de un párrafo. La abadesa comprendió, aunque un poco tarde, que habia obrado con poca prudencia, poniendo frente á frente dos corazones jóvenes que no podian dejar de amarse, y que sin embargo, separaban obstáculos insuperables. Asi es, que desde aquel dia, el nombre de Casimiro quedó desterrado de nuestras conversaciones. Pasaba mi vida mas tristemente que de ordinario desde aquellos dos dias de inmortal recuerdo, en que se habian revelado las facultades amorosas de mi corazon, y en que me habia atrevido á pensar en una felicidad que no debia ser mi patrimonio.

Tres años trascurrieron de este modo entre un fastidio y una tristeza que en vano intentaria describir. Sucediáanse los dias unos á otros, variaban las estaciones, y yo apenas vivia. Sin esperanza, sin porvenir, existia maquinalmente, y mi salud decaia visiblemente con aquella falta total de las alegrías de la juventud. Tenia diez y seis años, y segun lo pálida y delgada que me encontraba, se me hubiera duplicado la edad. La bondadosa abadesa temia por mi pecho, y consultó

á los médicos de mas nombradía. ¡Ay! un poco de felicidad era lo único que podia salvarme, mejor que todos los recursos de la medicina.

Un dia, estaba entregada á mis meditaciones debajo de un árbol del jardin de la abadesa, cuando la vi venir hacia mí con una carta en la mano, y con la mayor agitacion.

—¡Ah, mi querida Alicia, dijo, que noticia tan terrible!... Mi sobrino Aquiles de *** se ha batido en desasafio, ha sido herido, se encuentra en sumo peligro, y los médicos declaran que no puede vivir mas que algunas horas. Su padre me escribe algunas líneas: está desesperado, y me pide que hagamos una novena por su moribundo hijo. ¿Comprendéis, hija mia, la pesadumbre de mi hermano?... ¡Ese primogénito, objeto de su idolatra ternura, y en quien fundaba todas sus esperanzas, se halla al borde del sepulcro, en tanto que el hijo á quien jamás ha amado, ha sido sacrificado por el culpable deseo de tener un heredero!...

—¿Qué!... señora, dije con terror, ¿Casimiro ha pronunciado ya sus votos?...

—Si, hija mia, hace tres meses que se ha consumado el sacrificio. Mi desgraciado hermano se ve cruelmente castigado por su injusta predileccion: vedle sin posteridad, sin esperanzas de perpetuar ese nombre de que se muestra tan envanecido, y de concluir sus dias en medio de la familia que habia soñado: porque tenia ya casi concluido un rico y brillante matrimonio para el infeliz Aquiles. ¡Mas temblais, Alicia! ¿os poneis mala?... reconozco vuestro buen corazon en la parte que tomáis en mis penas, pero, hija mia, no os afectéis de ese modo.

Yo sufría el martirio de ver que aquella digna muger se equivocaba en la causa de mi llanto, y del estado nervioso en que me hallaba. Sin duda me era muy doloroso el verla tan afligida, pero yo no conocia á aquel sobrino á quien lloraba: sabia únicamente que por él habia sacrificado á Casimiro el conde de ***: sabia al mismo tiempo la consumacion de aquella cruel injusticia, y el castigo de un padre desnaturalizado... y aquellas emociones eran demasiado fuertes y numerosas para una naturaleza tan frágil é impresionable como la mia, y caí gravemente enferma. Veinte dias estuve privada de conocimiento, y cuando recobré mis sentidos, supe la muerte del hijo primogénito del conde de *** y la orden que habia dado para que Casimiro regresara á la casa paterna. ¡Ay!... jamás me habia atrevido á esperar unir mi suerte á la de aquel jóven. El inflexible orgullo de su padre hubiera rechazado siempre la alianza de una huérfana sin fortuna, cuyo padre habia abandonado su patria en desgracia de su soberano, y que no podia ofrecer á su esposa nada que pudiera lisonjear las orgullosas ideas de aquella noble familia. Pero Casimiro era desgraciado, habia sido despreciado por su padre y condenado á abrazar un estado que su corazon aborrecia: yo tambien estaba desheredada de la parte de felicidad, que parecia haberme sido prometida en la aurora de mi vida. Esta semejanza de infortunio, era el punto de contacto que habia unido nuestros corazones, porque estaba segura de que era tan amada como amaba. Sabia todo lo que se oponia á nuestra union, y sin embargo, el momento en que supe que Casimiro habia pronunciado sus votos, y que acababa de elevarse entre ambos un muro de eterna separacion fué para mi corazon un golpe mortal. Mi convalecencia fué larga y penosa: todavia no salia de mi cuarto, cuando Casimiro llamado por su padre, volvió desde Malta á Tolosa. Pocos dias después de su regreso fué á visitar á su tia, y solicitó verme. La abadesa sabia en confianza los sentimientos que le animaban con respecto á mí, pero descansando en la rectitud y en el honor y delicadeza de su sobrino, no creyó deberle rehusar el consuelo de algunos instantes de conversacion, á que se encontraria presente.

Fué, pues, conducido á mi habitacion. A la primera mirada reconocí en sus facciones la misma mudanza que se habia efectuado en las mías. La misma desgracia nos habia herido con un solo golpe, y sin embargo no teníamos el consuelo de poder morir juntos. Al ver la gran cruz de caballero profeso que Casimiro llevaba en el pecho, oculté mi rostro entre las manos, y durante largo tiempo, las lágrimas fueron la única expresion de lo que sufría. La abadesa, temiendo verme caer en un síncope, fué la primera que rompió aquel doloroso silencio.

—¡Pobres hijos míos! nos dijo, ¿para qué sirve ese llanto? el valor y la resignacion son los únicos paliativos que deben oponerse á un dolor tan justo, y vuestro mal no tiene remedio... Mas ¿por qué digo yo sin remedio?... Casimiro, el nombre que tú llevas no debe extinguirse. Para conservarle, ¿no hay medio de romper tus votos? ¿y si tu padre, iluminado por la desgracia, te devuelve su cariño y toda la ternura que profesaba á tu hermano, no consentirá en adoptar por hija á la que tu corazon ha elegido, esa jóven huérfana tan noble como tú, y á quien solo faltan los bienes para que sea enteramente tu igual?...

—No, no, tia mia, dijo Casimiro con el acento de la mas profunda desesperacion, mi desgracia es completa y nada puede hacerla variar. En los tres dias que hace que he llegado, mi padre no me ha dejado un momento de reposo. Me ofrece hacer que la autoridad eclesiástica anule mis votos, y no dejar que se extinga su nombre, pero fija como condicion el que dé mi mano á la persona que estaba destinada para Aquiles. A este precio quedará libre, si asi puede llamarse el cambiar una cadena religiosa por otra mucho mas pesada, pues que la forjarían el orgullo y la ambicion. Me he

postrado á las plantas de mi padre, y le he confesado mi pasion por Alicia, y lo dichoso que me haria si me permitia ofrecerle el nombre, el titulo y la fortuna que me ha dejado la muerte de mi hermano, pero no me ha permitido concluir. «Jamás, jamás, gritó con la vehemencia que hace temblar á cuantos dependen de él: marchad, marchad, caballero, volved á Malta, y no os presentéis delante de mí, sino para firmar el compromiso formal de enlazaros con la muger que habia escogido para vuestro hermano, y que es la única que puede llegar á ser mi hija. Hasta la edad de treinta años no podeis romper vuestros votos sin mi consentimiento, y no os lo daré nunca: ¿me entendéis?» Mi madre, presente á esta escena, lejos de apaciguar á mi padre, se unió á él para abrumarme con reprensiones por mis visitas á esta casa. En fin, se me ha concedido un mes para decidirme á obedecer: pasado este término, debo firmar esa fatal promesa de matrimonio, ó abandonar el hogar paterno como un miserable proscripto á quien se espulsa por sus maldades. Pero, Alicia, mi eleccion está hecha: sereis mia, ó conservaré el celibato; sufriré todo el rigor de mi suerte antes que renunciar á vos.

—Y yo, dije levantándome con una exaltacion febril, juro no entrar jamás en una familia que me rechaza y desprecia tan injustamente. Casimiro, os amo, si, os amo con todas las potencias de mi alma; os amo por vuestras virtudes, por vuestros nobles sentimientos; os amo por vuestras desgracias, por esa odiosa injusticia que pesa sobre vuestra cabeza desde el dia de vuestro nacimiento; os amo, en fin, por esa lisonjera preferencia que me concedéis sobre una muger dotada de todas las ventajas de la tierra; mas á pesar nuestro mútuo amor, todo nos separa en este mundo. Felizmente aun hay otro en donde nos volveremos á encontrar y en el que podremos reunirnos. Vos pertenecéis ya á Dios por vuestros votos: yo sabré encadenarme tambien, y mis votos aunque no sean pronunciados solemnemente, no por eso serán menos sagrados y duraderos. Volved á tomar esta hermosa galguita que me habeis dado: me ha pertenecido y será como un lazo en nuestras dos existencias. ¡Casimiro ¡adios!... nos volveremos á ver en el cielo. ¡Adios!...

Al concluir estas palabras caí en una crisis nerviosa que me duró toda la noche, y solo hacia la mitad de ella fui sintiendo algun alivio. Casimiro habia partido en un estado menos violento, pero tan doloroso como el mio. Pasó en casa de su padre el mes de prueba que se le habia concedido como un insigne favor. La noche antes de que espirase aquel término, escribió á sus padres una carta respetuosa. Pero con un lenguaje tan firme que no les dejaba ninguna esperanza de hacerle que cediese á sus tiránicas exigencias. Escribió tambien otra carta á la señora abadesa, y mas de la mitad de ella era para mí: contenia una despedida eterna, y el juramento de fidelidad á su amor y á sus votos religiosos.

Este doble culto podia encontrar lugar en su noble corazon, porque un amor como el nuestro podia conciliarse con el de la Divinidad.

Concluidas estas cartas las entregó á su fiel criado con orden de que las llevase á su destino á la mañana siguiente. Mandó ensillar su caballo. Echó la última mirada sobre una casa cuyas puertas se le iban á cerrar en seguida, y partió al galope después de apretar convulsivamente la mano del antiguo criado que le habia visto nacer.

A aquellas escenas de desolacion siguió para mí una languidez mortal; pero aun no estaba apurada la copa de la fatalidad: quedaba aun una gota de hiel cuya amargura debia yo saborear dolorosamente. Algunos meses después de la marcha de Casimiro, vi fallecer en mis brazos á mi digna protectora, á la que habia sido para mí una segunda madre, la señora Olimpia de *** abadesa del monasterio en donde habia pasado cerca de catorce años de mi vida. Entonces fué cuando conocí todo el horror del aislamiento, del abandono, y de la desesperacion. La excelente abadesa tenia la propiedad de una renta, cuyo capital era de cien mil francos. Después de la marcha de Casimiro, y sin que yo lo supiese, habia celebrado un nuevo contrato en el cual me le cedia, por cuya razon se aumentó el odio que ya me profesaba el conde de *** en cuanto llegó á su noticia aquella donacion de mi querida protectora.

Nombróse nueva abadesa, y aunque nada malo tenga que decir, no entablé relaciones amistosas con ella. Me encontraba ya en edad de vivir sola en la celda que ocupaba en la comunidad. Lo que me habia dejado la abadesa, y lo poco que pude recoger de la sucesion de mi padre, formaba una renta mas que suficiente para mis necesidades. Desde la partida de Casimiro tenia formado un proyecto, mas para ponerle en ejecucion queria cumplir los veinte y cinco años, para estar en el completo goce de mi libertad, sin que pudieran suscitarse ningunas reclamaciones contra mí, por parte de algunos parientes colaterales á quienes no conocia. Por fin llegó este deseado momento. Hice llamar al notario que habia merecido la confianza de mi padre y que tenia en su poder cuanto yo poseia, y le participé mi proyecto de abandonar la Francia y retirarme á España. Le encargué que me remitiese mi renta á donde yo le indicara cuando llegase al punto en que pensaba fijar mi residencia, y le entregué un testamento cerrado por el cual legaba todos mis bienes al caballero Casimiro de ***.

Hecho esto arreglé los pocos efectos que me queria

llevar, y después de satisfacer lo que debía por mi pensión, partí acompañada de una mujer ya anciana que había tomado para que me sirviese de salvaguardia en los carruajes públicos y posadas en que me viese precisada á pasar la noche durante el viage. Titubeé un poco en cuanto el lugar adonde iría á concluir mi triste vida: no quería volver á ver á Madrid en donde mi padre había sufrido tan crueles injusticias, y tomé por casualidad el camino de Aragón. En cuanto llegué á Zaragoza traté de visitar y dirigir mis oraciones á Nuestra Señora del Pilar. Me confesé con un religioso del orden de San Gerónimo, llamado el P. Eusebio, que me pareció digno de confianza, y en efecto, la merecía por su bondad y celo en ser útil á los desgraciados. Le comuniqué mi proyecto de retirarme á una soledad en donde mi nombre permaneciese ignorado para siempre, y en que no pudieran alcanzarme ni el odio del conde de *** ni el amor de su hijo. El P. Eusebio combatió largo tiempo mi resolución, y me espuso minuciosamente todos los riesgos, con la concienzuda buena fé de un hombre honrado y de un excelente religioso: mas viendo al fin que mi partido era irrevocable, me habló de las grutas que existían en las minas de sal abandonadas. No las conocía, pero llevado de su celo, se decidió á hacer su exploración. Acompañado de un perro, custodio fiel de su convento, visitó esta gruta en que nos encontramos, y quedó muy complacido al ver la posibilidad de formar en ella un templo y simultáneamente la vivienda de una criatura humana. Su narración me hizo tomar mis medidas al momento. Vine con él, y admiré este sitio como un don que me hacia la Providencia para ocultarme á los ojos de unos personas á quienes ya no debía volver á ver.

Al siguiente día de aquella visita, fui á la choza de Jaime el cabrero, en donde habéis pasado algunas horas esta mañana, y con el cual me conviné para tener todos los días leche, pan, agua y algunas frutas. Se necesita bien poco para una vida que se va estinguendo, y que gracias á Dios no sobrecargará largo tiempo á la tierra con un peso inútil.

Antes de bajar á este lugar que será mi tumba, traté de devolver la tranquilidad á un hombre que no me había causado mas que penas. Escribí al conde de *** que me hallaba fuera de Francia, que un lugar sagrado aunque voluntario, me separaba del número de los vivientes, y colocaba entre su hijo y yo una barrera insuperable. Añadía que si la palabra de una humilde jóven que conocía las leyes del honor y no las había infringido jamás, podía asegurar o tranquilizar al noble conde de *** le daba formalmente la mia de no volver á aparecer jamás en el mundo, y de concluir mis días en el profundo retiro que voluntariamente había escogido.

Concluidos todos estos preliminares, entré en la gruta en que me veis. Me despedí para siempre de la luz del día, y cubrí mi rostro de manera que no le pudiera divisar ninguna de las personas que penetrasen hasta aquí. Hubiera deseado vivir ignorada de todo el mundo, excepto del P. Eusebio y de Jaime; pero estos dos hombres, juzgándose demasiado favorablemente, y concediéndome un poder que no tengo, han imaginado el enviarme enfermos, para que los señale remedios, y que obtenga del cielo por medio de mis oraciones, el alivio de sus males. Algunas curaciones, efectuadas por la bondad divina, mas bien que por mi intercesión, me han dado una celebridad que estaba bien distante de desear; pero que no he querido rechazar, por la íntima persuasión que me anima de que la Providencia suele valerse con frecuencia de los medios mas ínfimos para hacer grandes cosas.

Muchas veces se me han pedido también consejos en asuntos de familia; después de invocar al Espíritu Santo, los he dado con la sencillez de mi corazón, según el buen sentido que el Señor se ha dignado concederme. He recitado algunas veces versos que recordaba mi memoria, y que convenían como respuestas á las preguntas que se me habían dirigido. Por esto sin duda se ha difundido la persuasión de que yo era una especie de pitonisa que solo respondía en verso á las preguntas que se me hacían. Pero me importa bien poco la fama que se me atribuye; ¡ay!... ya no soy habitante de la tierra, y dentro de poco no quedará de mí mas que el recuerdo.

Ved aquí, caballero, toda mi vida desplegada á vuestros ojos. En la actualidad, espero de vos un servicio; el que á vuestro regreso á Francia tengáis la bondad de ver al conde de *** y referirle lo que habéis visto y oído aquí. Si habéis de pasar todavía algunos meses en España, es tiempo mas que suficiente para que podáis llevar la noticia de mi muerte al padre de Casimiro. Dignaos decirle que hasta mi último suspiro he rogado al cielo que mueva su corazón y le ilumine en cuanto á ese hijo tan digno de su estimación y de su ternura. Me atrevo á esperar que se concederá este milagro á mis votos, y que al saber esta reconciliación en un mundo mejor, mi alma se conmovirá de regocijo.

No puedo expresar la impresión que me causó esta narración, interrumpida á menudo por una tos seca y desgarradora, que me anunciaba demasiado claramente la realización de los funestos pronósticos de la desgraciada Alicia. Había apurado casi gota á gota el vaso de agua que tenía á su lado, y su cabeza había vuelto á caer sobre sus manos en la actitud de un desfallecimiento completo. La dirigí algunas palabras para consolarla y animarla, y la prometí so-

lemnemente hacer cuanto deseaba. Esta promesa la reanimó un poco.

—Gracias, gracias, me dijo, presentándome la mano por entre el enrejado.

Apoyé respetuosamente en ella mis labios, y me atreví á pedirle el favor de contemplar por un momento el rostro de una santa...

—Queréis decir de una mujer moribunda, replicó. Si conservase aun mi rostro de otras veces, os rehusaría lo que me pedís: pero en el día habría tal vez un sentimiento de vanidad en no querer enseñaros un semblante, que lleva impresas en sí las huellas de los destrozos del tiempo y de las desgracias.

Diciendo esto levantó su velo y me dejó ver unas facciones que no olvidaré jamás, aunque viviese siglos. A pesar de sus pocas carnes y de la palidez de la muerte causada por los padecimientos, se descubría todavía una hermosura asombrosa, unos ojos de una espresión tan inteligente y tan dulce, una ligera sonrisa que dibujaba unos labios pálidos pero de la mas graciosa forma, y en una palabra, un conjunto que es imposible olvidar. Conoció sin duda el efecto que me causaba su vista porque volvió á dejar caer su velo, y alargándome por última vez la mano:

—Adios, dijo. ¡Pensad en vuestras promesas: volved aquí á orar sobre mi tumba antes de entrar en Francia, y que el Señor os conceda la recompensa de esa obra de caridad!... Al decir esto interpuso su cortina entre ambos. Oí que se alejaba con paso lento, y por un momento creí que acababa de tener uno de esos sueños que se querria poder continuar, aun después de despierto. Salí de la gruta, y mirando mi reloj, vi que mi visita habia sido mas larga de lo que creía. Eran las seis: el sol que iba ya á ponerse doraba con sus rayos aquella montaña que encerraba en sus entrañas un ser que no debía jamás ver su resplandor ni su calor vivificante. Me volví tristemente á Zaragoza, repasando en mi pensamiento todo lo que me habia dicho la interesante criatura que moria víctima del bárbaro orgullo del conde de ***. Abrevié mi permanencia en una ciudad que ya no me ofrecía ningun interés. Deseé toda la felicidad posible á Inés y su familia, y al segundo día después de mi visita á Alicia partí para Madrid en donde me detuve un mes. De allí me fui á Valencia, y pasados veinte días volví á Zaragoza. Queriendo evitar las importunas preguntas de mi patron, escogí otro alojamiento, y al día siguiente tomé el camino de la gruta. Apoderóse de mi corazón un triste presentimiento, y antes de entrar en el pasillo fui á buscar á Jaime en la montaña para que me diese noticias de Alicia. Le encontré apacientando sus cabras, y en su silencioso y abatido semblante, descubrí desde luego la triste verdad. Alicia ya no existía. Había muerto un mes después de mi partida á consecuencia de la tisis que padecía ya hacia largo tiempo. Ningun dolor la habia hecho penoso aquel momento supremo. Se habia estinguído insensiblemente á presencia del pastor que fué á llevarla el diario alimento, y que viéndola sin movimiento y no oyéndola hablar creyó que dormía. Le oyó, le llamó con voz débil, le dijo adios, y exhaló el último suspiro. El ángel voló al cielo.

Con arreglo á lo que habia dispuesto, su cuerpo fué enterrado en la gruta al pie del altar del templo subterráneo. Quise ir á orar sobre su tumba como me habia pedido, y renovar allí la promesa de cumplir la misión de que me habia encargado. Una simple capa de musgo cubria la huesa abierta en la tierra, una corona de flores campestres era el único adorno que marcaba su sitio, y allí cerca ardía una lámpara de que cuidaba el buen Jaime. El resto de la gruta se hallaba en una oscuridad profunda, que daba á aquel lugar una solemne é imponente tristeza. La parte de la gruta que habia habitado, estaba cuidadosamente cubierta con la cortina: no quise entrar allí y dirigir una mirada profana á aquel asilo de una virgen pura, y en la actualidad habitante de los cielos. Dí el último adios á los restos mortales de Alicia, y salí de la gruta con una opresión de corazón que comprenderán fácilmente las almas dotadas de alguna sensibilidad.

Volví á tomar el camino de la Francia, y en cuanto llegué á Tolosa, me dirigí á casa del conde de ***. Al entrar supe que la condesa habia muerto hacia algunas semanas, y que la salud del conde se hallaba muy deteriorada. Estos pormenores me los comunicó un criado ya viejo, que sospeché seria el que tan afecto habia sido á Casimiro. Supe también que este permanecía en Malta y que solo escribia muy de tarde en tarde. Después de aguardar algunos momentos, fui introducido en el gabinete del conde. Ví un anciano de estatura alta, de faz sombría, encorvado menos por la edad que por los sufrimientos morales que se veían marcados en todas sus facciones. Desempeñé mi penosa comisión con todas las consideraciones que podían dulcificar la amargura que se siente siempre al ver un extraño instruido en los pesares domésticos. Al oír el nombre de Alicia, el inflexible anciano me lanzó una mirada de indignación, y no recobró un poco de calma hasta que le aseguré formalmente que la desgraciada ya no existía.

—Sea en buen hora, dijo con una infernal sonrisa. Me ha privado de mi hijo; gracias á ella me encuentro sin familia y paso mi vida en el aislamiento. Si se hubiese muerto hace diez años, no tendria el horroroso porvenir que me está reservado.

Hubiera podido decir mucho si me hubiera propuesto contestar á unas proposiciones tan atroces é irritantes. El disgusto y la indignación sellaron mis labios, y me hicieron abreviar la visita. Abandoné á

aquel hombre incorregible dando gracias á la Providencia que en su alta sabiduría permitia que aun en esta vida un mal padre encontrase el castigo de su perversidad en la misma falta que habia cometido.

A JUDAS. (1)

(A mi amigo don GERMAN HERNANDEZ con motivo de su cuadro sobre el mismo asunto).

¿Dó vés? ¿Dó vés? ¿Quién mueve así tu planta que huyes rugiendo cual leon herido de roca en roca con veloz carrera? ¿Quién tu pecho así espanta? ¿Quién inflama ese fuego denegrido que en tus sangrientos ojos reverbera? ¿Cuál mano ruda y fiera te impele hácia el abismo tenebroso que á tu llegada estremecer se siente? ¿Quién con sello de sangre misterioso eterna maldición grabó en tu frente?

Vela su faz el sol: estremecida conmueves la tierra en ronceo acento: alza sus ondas encrespado el rio: con ruda sacudida quebran'a el monte su áspero cimientto, y llamas brota de fulgor sombrío. El piélago bravío que notos y aguilonos enferecen sañudo azota la menuda arena, y los azules cielos se ennegrecen, y voz inmensa de dolor resuena,

¿Qué pretendes, oh Dios! ¿El fiero instante llegó en que torne á la espantosa nada el ancha tierra y el tendido cielo, y en airado semblante quieres mostrar tu cólera sagrada justo castigo á la maldad del suelo? ¡Ah! no: rasgóse el velo que mis mortales ojos encubria, y henchido al par de horror y de ternura de Judas miro la traición impia, y la salud de nuestra raza impura.

Oh! desdichado apóstol: mira, mira del monte aquel hácia la escelsa cumbre donde se eleva el leño sacrosanto: en el paciente espira becado por inicuá muchedumbre aquel dulce Jesus que te amó tanto. ¡Ve tu obra con espanto! Con ósculo infernal tú la sellaste en su megilla de inmortal pureza. tú á la sañosa turba le entregaste.... ¿Posible fué tan bárbara fiereza?

¿No pudo su mirada dulce y triste penetrar en las sombras de tu pecho? ¡La vil codicia te gritó insensata! Tu torpe maldad viste, y el precio arrojas, y en mortal despecho su recuerdo al abismo te arrebató. Mas ¡ay! aun se dilata de salvación ante tus ojos puerto: llora por ese Dios que has ultrajado: ¿No hay esperanza? ¿Tu piedad ha muerto! ¿Otro pecado mas á tu pecado!

Oh! ¡cuan siniestra brilla tu mirada! ¡Ya trémula tu mano el lazo toea! ¿Misero, do te lanzas? ¿Vano intento! Cayó, como pesada pena, al abismo, desde el alta roca con rudo choque y con fragor violento. Medroso treme el viento al despeñarse rápido el precito, y atronando los anchos horizontes clama un acento lúgubre: «¡maldito!» por llanuras y selvas, mar y montes.

ANTONIO ARNAO.

(1) Gustosos insertamos la siguiente composición poética dedicada por su jóven y modesto autor al celebrado cuadro del señor don German Hernandez, que tanto llamó la atención en la última exposición de pinturas. La presente composición no desmerece en nada, no es inferior bajo ningún concepto, á las de los señores Baralt y Cervino, que han visto ya la luz pública en un periódico literario.

SEMANA RELIGIOSA.

LA SEMANA SANTA.—LA PASCUA.

En la última semana han cesado los espectáculos. Se ha perdido en el espacio el último eco de la música alegre que causaba la distracción y los placeres de las gentes, y ha sucedido el reposo y la gravedad religiosa al movimiento mundano. Así las iglesias de la capital han estado mas llenas que nunca. Han acudido mas gentes á los sagrados templos, que otros años á oír la palabra de Dios, elocuentemente esplicada por los primeros oradores sagrados.

En los siglos católicos la cuaresma y la Semana Santa han sido, segun la espresion de los escritores de la iglesia, como unos hitos fatales, como unas piedras miliarias destinadas á advertir al viajero que haga un alto en la vida, que haga entrar al alma en si misma. La Semana Santa es, al decir de los padres de la iglesia católica, la época de la vuelta á la virtud, del perdón y reconciliación entre los enemigos, de dar libertad á los cautivos y soltura á los prisioneros. No habia en los tiempos antiguos pasion que resistiese á esta influencia, enemistad que no cediese bajo la impresion de la Semana Santa, que recordaba el inmenso amor de Cristo por los hombres, ni orgullo que no bajase su altivez al aspecto del hijo de Dios, aceptando todos los ultrajes y todas las humillaciones. Puede decirse que en los siglos en que existia la servidumbre, en que la feudalidad pesaba con su inmenso peso sobre la Europa, la Semana Santa tenia una cosa de admirable, recordaba á la vez á los grandes y poderosos, lo mismo que á los pequeños y miserables, que no eran sino hombres y nada mas que hombres.

El azote de la sociedad feudal era el derecho de la guerra. Todas las pasiones que turban el corazón de los reyes, la venganza, la ambición, los celos, todas tenian cabida en el régimen feudal. La iglesia busca un remedio á esta situación, y lo encuentra en el respeto que tiene el espíritu mas feroz por los días consagrados á la pasión y resurrección de Cristo; proclama la grandeza de Dios, que se estiende piadosamente durante el período eclesiástico consagrado á la conmemoración de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Aun conservamos las tradiciones de la iglesia católica; pero la influencia del espíritu evangélico ¿qué se ha hecho? ¿Cuáles son las venganzas, las ambiciones, los resentimientos que depositamos á los pies de ese Calvario, delante de ese cadalso donde el hijo de Dios quiso morir para rescatar á los hombres de la esclavitud, hacerlos libres, iguales, y felices? ¿dónde están los cautivos rescatados, los enemigos reconciliados, los perdones concedidos, los odios disipados? ¡Ay! A la severidad cruel con que se abate á los vencidos, al odio implacable con que se les persigue, á las condenas excesivas que se les impone, á las imprecaciones con que se insulta su desgracia, creérase uno en las épocas primitivas de la iglesia en que perseguidos, proscriptos los discípulos de Cristo iban á sepultar en la noche de las catacumbas las reliquias de sus mártires, recogidas furtivamente en la ensangrentada arena de los anfiteatros á donde los pretores enviaban los cristianos para ser devorados por los leones y satisfacer así el ansia cruel de la muchedumbre. Apartemos la vista de este triste recuerdo; fijémosla en la imagen de Dios santo, que ella por sí sola debería ejercer su benéfico influjo sobre los corazones mas corroidos de la hiel y los celos; no olvidemos que el cristianismo triunfante sucedió al cristianismo sufriente y perseguido, y que á celebrar este triunfo de la verdad sobre el error son consagradas las ceremonias y oficios de la Semana Santa.

Después de la cena triste de la Semana Santa vendrá el alegre *alleluya*, ese himno de la pascua, ese cántico de resurrección y de gloria.

Los hombres pasan y mueren, las generaciones desaparecen ¿qué importa? El himno de la humanidad continúa; esas voces tan poderosas hoy, callarán mañana; como en una batalla los soldados que caen, se reemplazan inmediatamente por otros soldados, así esos cristianos serán reemplazados por otros cristianos, esos sacerdotes por otros sacerdotes; el himno divino resonará siempre: aun cuando las iglesias hoy tan fre-

cuentadas, aun cuando esos magníficos templos hayan caído al suelo, resonará y se elevará al cielo en otras nuevas iglesias. Esa es la verdadera grandeza del himno: en la alabanza á Dios no se ve mas que un momento; pero este momento puede infundirnos el amor infinito de Dios, y á la pascua de un día sucederá la pascua eterna.

En esta semana, los salones donde habitualmente se recibía á la sociedad mas brillante han estado cerrados; los teatros han suspendido sus representaciones; y los fieles han corrido á las iglesias en donde tambien el espíritu mundano se ha manifestado por



las bellas penitentes que radiantes de esquisitos adornos se han venido á arrodillar por la mañana y por la tarde al pie de los altares.

Grandes observaciones se nos ocurren al considerar esa mezcla de impresiones religiosas y de distracciones profanas donde solamente debíamos ver simplicidad, arrepentimiento, y esperanza. Mucho podríamos decir sobre el adorno teatral de algunas iglesias, pareciéndonos á nosotros que si el apóstol que colocó sobre el altar una simple cruz de madera las hubiese visto, hubiera retrocedido á la idea de los candelabros de oro, de los graciosos arabescos, de los adornos corintios, y de las colgaduras dramáticas, que mas inspiran las alegrías del mundo que los dolores de la soledad, las alabanzas de Dios, y los cánticos de los ángeles. Nosotros que hemos recorrido otros años en estos solemnes días de la Semana Santa las primeras iglesias del mundo, que hemos asistido á los oficios divinos en San Pedro de Roma, y en las grandes catedrales de España, confesamos habernos sentido mas vivamente conmovidos con la música de una iglesia de aldea en la que tres ó cuatro sacerdotes recitan sencillamente las notas de San Ambrosio y San Mateo, que con las sinfonías de Mozart, de Haydn, ó de Palestrina, y conmoviéndonos profundamente la relación del evangelista sobre el terrible drama de la muerte del Hombre-Dios en una modesta capilla donde se respira el olor del incienso sin percibir la mano que le quema, y sin que nada venga á debilitar en uno el sentimiento sagrado que le arroja en inefable éxtasis abismándose en Dios.

La Semana Santa es todo un drama sagrado que se desarrolla en los oficios de la iglesia durante esta semana; drama que tiene su espesición, su nudo, sus peripecias, y su desenlace; drama inmenso, que después de diez y nueve siglos cautiva la atención de la humanidad, y la admira con su sublimidad.

La espesición es la triunfante entrada de Cristo en Jerusalén; después viene la institución sacrosanta del amor y la cena; luego la pasión y la muerte; en fin, la resurrección y el triunfo.

Estos ocho días de la vida de Cristo reproducen todas las alegrías, todos los dolores, todas las emociones de la iglesia naciente con una belleza incomparable.

Es imposible en efecto, ver una cosa mas intere-

sante y admirable que ese pequeño grupo de fieles, esos apóstoles decididos, esos tiernos discípulos, esas santas mugeres, la hermana de Lázaro, María, Marta... en fin, esas primicias de la humanidad rescatada, que después de haber asistido á Cristo en Galilea participan de su triunfo en Jerusalén. ¡Qué trasportes los suyos! Escuchemos un momento á San Mateo.

«Una gran multitud del pueblo tendió sus capas á lo largo del camino; otros cortaban ramas de árboles; otros demas cubrian enteramente el camino; la multitud que habia salido de Jerusalén le seguia gritando. ¡Hosanna el hijo de David, bendito sea el que viene en nombre del Señor; Hosanna en lo mas alto del cielo! Y cuando entró en la ciudad de Jerusalén toda ella se conmovió diciendo: ¿quién es este? Y el pueblo decia, este es Jesus, profeta de Nazaret en Galilea.»

Entonces suben de punto los trasportes de la multitud, y todo esto forma parte de los oficios del Domingo de Ramos; allí tambien la procesion exterior, que significa la escolta de la marcha triunfal de los discípulos de Cristo entrando en Jerusalén; pero las puertas de la iglesia están cerradas: ¿qué significa esto? Que el mundo tambien cierra las suyas al Señor. Abrense en fin, y esto significa la entrada de Cristo en Jerusalén en medio de las aclamaciones del pueblo, ceremonias siempre llenas de encanto irresistible que subyuga la imaginación.

Empero las alegrías del Domingo de Ramos se desvanecen bien pronto; la iglesia va á cubrirse de luto, y Cristo mismo pedirá si es posible que el cáliz se aparte de sus labios, añadiendo sin embargo: Padre mio, hágase vuestra voluntad y no la mia; y dirigiéndose á Pedro le dirá tambien, mi alma está triste hasta la muerte, quédate y ora.

Desde este momento los peligros que amenazan á Cristo llenan de una tristeza mortal el corazón de sus discípulos. De aqui las tinieblas cantadas en los oficios del miércoles: *Quare frammuerunt gentes?* ¿Por qué han temblado las naciones? Este cántico que espresa el estremecimiento de una multitud furiosa, mezclado al ruido de las armas de los soldados, hace presagiar la prision de Cristo en el jardín de las Olivas. En este momento todos sienten las aflicciones que van á caer sobre el pueblo de Dios; abandono, duelo, servidumbre, cautividad, muerte; se experimenta un sentimiento profundo de tristeza; se oyen los gemidos de la humanidad que vienen á atravesar los tiempos; se ven las antorchas, y las espadas que empuñan los soldados de Tito y de Vespasiano!

El jueves de la semana comienza por la ceremonia del laboratorio de los pies, después de la cual Cristo dijo á sus apóstoles estas hermosas palabras, simbolo de la libertad y de la igualdad que trajo á los hombres: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores; vosotros no sois así, pero aquel que sea mas grande en medio de vosotros sea el que sirva á los demas á la mesa.....»

Y un poco mas adelante, «Amaos los unos á los otros, como yo os he amado; se os reconocerá por mis discípulos en el amor que os tengais los unos á los otros. Me llamais maestro y Señor; decís la verdad; si, soy vuestro Señor y maestro; os he lavado los pies; así debeis vosotros lavaroslos los unos á los otros.» ¡Admirable dogma que respira caridad y amor, y



que circulando como una llama divina debia comprender á la humanidad entera! En este momento la iglesia católica no se contenta con rogar por sus hijos; abre sus brazos, es decir, convida á la libertad, á la igualdad, á la gloria de Dios, á los judíos que le han

vendido, á los hereges, á los cismáticos, á los paganos, á los idólatras, á todo lo que respira y sufre en la humanidad.

Tocamos ya en el sacrificio sangriento de la cruz; la profecía de David va á verificarse; el hijo de Dios va á perecer sobre la cruz; perros devoradores le roerán; un conjunto de inicuos le seguirán; taladrarán con clavos sus manos y sus pies; contarán sus huesos; se repartirán sus vestiduras; echarán suertes sobre ellas, mientras que su madre dolorosa, María, Magdalena, y los discípulos favorecidos permanecerán solos al pie de la cruz.

Siempre nos hemos representado como las mas grandes angustias que han afligido á los hombres, los dolores y las turbaciones de la humanidad, la desesperación de esta comunidad naciente, que debía ser un día la iglesia universal, en el momento solemne de la pasión de Jesucristo.

Todos estos sentimientos traspasan en los oficios del Viernes Santo. ¡Qué dolor el de María cuando esta madre arrodillada al pie de la cruz vió su hijo pendiente sobre el madero sangriento del Calvario! Imposible es asistir á esta escena con el pensamiento sin que el corazón se hinche de dolor, y sin que se humedezcan nuestros ojos; y mientras que María está allí recibiendo el último suspiro de su hijo, las mugeres que habian seguido á Jesús á Galilea estaban de lejos viendo lo que pasaba, dice san Lucas; otras, mirando el sepulcro donde el cuerpo de Jesús habia sido puesto, volvían á su casa para preparar aromas y perfumes, y ellas mismas son las primeras que vuelven al sepulcro á rocarlo del perfume de sus oraciones y de su fé, siendo igualmente las primeras que oyen el *resurrexit* de la boca de los ángeles. ¡Qué cuadro tan triste á la vez y piadoso!

De todas esas grandes, figuras la que causa mas emociones, mas tristes y mas profundas, es la figura de María; y no puede pensarse en los dolores de esta pobre y desolada madre sin que las lágrimas se agolpen á los ojos. Si; su culto ha conservado para nosotros toda su frescura virginal, todo su piadoso encanto; y es que esta madre nos recuerda otra. ¡Las madres! queridos y piadosos tutores; dulces compañeras de nuestras penas: vosotras, cuyas tiernas miradas acogieron nuestra primera sonrisa; vosotras que sois el tierno consuelo de todas las miserias de la vida.... ¿Quién podrá pronunciar vuestro nombre sin dar las gracias al cristianismo de haber santificado el culto de la muger? Si; el culto de la muger es sin contradicción el progreso mas grande que el cristianismo ha hecho realizar al mundo.

Las mugeres son la familia; la familia es el corazón abierto á todas las alegrías, á todas las inspiraciones generosas; es el puerto donde el hombre se refugia en los momentos de tempestad, es su pasado, su presente, su porvenir; es el arca santa; es la vida; es todo!

¡Insensatos los que han pensado que la familia podía perecer! ¡Terrorosos vanos los que tratan de infundir esos socialistas, esos nuevos bárbaros de la época presente que proclaman tan disolvente idea! Mientras que el hombre nazca del seno de una muger, el amor de su madre será el primer sentimiento que se abra en su corazón, el último que se extinguirá en él, y la familia no perecerá jamás.

Si la familia es imperecedera; si nada podrán contra ellas ni las nuevas doctrinas, ni el furor de los modernos bárbaros, eso es porque nuestras madres, porque nuestras esposas, porque nuestras prometidas mugeres ocupan tan grande espacio en la familia; y este beneficio lo debemos solamente á la noble y pura concepción de la muger cristiana. Ved el amor, la devota confianza que acompaña por todas partes al culto tan maravillosamente popular de la Virgen María, la mas interesante, la mas colosal figura de todas las que vió el mundo cristiano. María es á quien se dirigen todos los mortales en las rudas pruebas con que Dios nos quiere experimentar en el mundo; María, que es todo poderosa, hija del padre, ¿qué podrá rehusarle á su hija querida? Esposa del Espíritu Santo, todo lo concede á la Virgen de Judea. María es la madre de Jesucristo, y este es el mas glorioso de sus títulos; María es también la madre de todos nosotros, porque Cristo nos encomendó á ella cuando se hallaba al pie de la cruz, y el corazón de una madre no se cierra jamás á la vista de sus hijos.

Nosotros hubiéramos querido hacer un estudio completo y acabado de la Semana Santa; pero cuando la imagen de nuestra madre se ha ofrecido á nuestros recuerdos, no hemos pensado mas que en ella; ángel visible que la Providencia ha colocado para sostener al hombre en el mundo, consolarle, y participar de sus alegrías y sus dolores, mientras que la madre general de toda la humanidad intercede por ella y la protege desde el cielo.

La Pascua es por excelencia la fiesta patronal del cristianismo, el día que hizo el Señor. En ella cesan los cantos lúgubres y desaparecen las ropas de luto. A los acentos de maldición y de tristeza que la iglesia tomaba de los profetas de la ley antigua, suceden las sencillas narraciones de los evangelistas y los cánticos de gratitud. ¡Aleluya! esclama el género humano en un continuado himno; ¡aleluya! porque todo está consumado.

La nube de tristeza que desde el Gólgota se habia derramado sobre la naturaleza entera, se desgarró; el grito de tristeza que habia rajado las peñas del Calvario enmudece de repente, y la tierra que poco antes palpitaba comprimida bajo el doble peso de su crimen

y de la magestad de un Dios espirante, se estremece, pero es de júbilo y alegría!

Jesucristo ha resucitado; el sol anublado antes, aparece de pronto mas radiante, y la naturaleza entera se ostenta orgullosa y contenta, ofreciéndose á las miradas del Criador empapada en la sangre regeneradora que borra todas las manchas.

La losa del sepulcro está levantada; *Cristo ha resucitado verdaderamente*. Todo respira en esta admirable fiesta del cristianismo la alegría y el contento. Al silencio en que permanecen las poblaciones enteras sucede el bullicio y la alegría; y apenas desde lo alto de las torres suena el bronce sagrado, las poblaciones contestan con salvas, con gritos de alegría y con otros signos inequívocos de satisfacción y contento.

CONDE DE F.

SEMANA CIENTIFICA.

PUERTO-RICO.

A favor de una buena brisa, con la cual puede contarse siempre en aquellas costas, son necesarias doce horas á lo menos para ir desde Santo Tomás á San Juan de Puerto-Rico, capital de aquella isla, y que cuenta ademas como ciudades ricas y comerciales á Ponce y Mayaguez.

Desde el instante mismo en que á lo lejos se percibe esa linda ciudad, se la reconoce al momento como la metrópoli de una colonia española; Puerto-Rico está encerrado en una doble y formidable barrera de fortificaciones, y coronado de dos fuertísimas ciudadelas; en virtud de esa observación hecha sobre el carácter de las naciones europeas, y que dice, que despues de conquistado un territorio, los españoles construyen un fuerte, los ingleses un templo, y una sala de baile los franceses. Estas fortificaciones y la ciudadela de San Juan, pertrechadas con infinidad de cañones de bronce, fundidos poco despues de poseerlos los españoles, son notables por la estremada coquetería con que se hallan dispuestos. A primera vista cree uno tener ante sí á Aquiles, revestido con su armadura de oro, y radiante con toda su magestad.

La ciudad, construida sobre una pequeña eminencia, conserva aun algunos recuerdos materiales de su gloriosa conquista, pues que en un punto mas culminante aparece, aunque algo deteriorada, la casa de Ponce de Leon, amigo de Cristóbal Colon, y á la vez conquistador y primer gobernador de la isla. Frente á esta antigua morada, á distancia de un tiro de cañón, y hacia la entrada de la rada, se ven aun los restos de las obras avanzadas que construyera para resistir á los caribes. Un profundo sentimiento de respeto hace que se contemple con la mas grata emoción aquella casa venerable, bajo cuyo techo reposara algunos siglos antes uno de los esforzados varones que tanta gloria supieron legar á su patria; y mil recuerdos de esplendor y de grandeza, vienen á hacer aun mas grata aquella morada, mudo testigo de las mas prodigiosas hazañas, con que españoles generosos trataban de immortalizar sus nombres.

Considerada en su aspecto general la isla de Puerto-Rico, es quizá la primera de las Antillas, ó al menos la que conserva aun mayores elementos de su carácter primitivo. Aunque se halla habitada por una población activa, que se ha quintuplicado en solo quince años, y que desmonta con ardor los grandes pinares de que el pais se encuentra cubierto, vése no obstante poblado todo él de selvas primitivas, inmensas é impenetrables, cuya espantosa soledad no ha llegado aun á verse turbada sino por el gorgoeo de las aves, los pasos del ibaro, arrancando con increíble fuerza la flexible y enredadera vainilla, ó las grandes toradas que arrojan de los prados las moscas importunas, y que se refugian en los espesos bosques, haciendo crujir bajo sus pies los amontonados restos de los árboles seculares.

Grande es la sorpresa que experimenta un europeo cuando internándose en los estensos bosques americanos, no halla en ninguna parte, y con especialidad en la zona tórrida, ninguno de esos árboles que forman las impracticables selvas del antiguo continente. ¡Adios encina de los antiguos castillos! ¡Adios olmo de los templos góticos! ¡Adios haya de los pastores de Watteau! ¡Adios, en fin, vosotros todos árboles y arbustos tan amados de Virgilio! ¡Adios abedul de plateadas hojas, avellano que siempre miras á las azuladas y cristalinas aguas, codo que tanto mordisquean las cabras sicilianas, álamo frondoso, en cuya copada cima tantas veces lanzó al aire sus melodiosos trinos el ruiseñor de la divina Georgia! Las selvas y matorrales del Nuevo Mundo están formadas por arbustos extraños y árboles desconocidos; allí solo se ven el guayacán ó el palo santo, el sándalo, el anacardo caoba; las innumerables enredaderas, que se enroscan á los árboles ó se suspenden en las laderas de los arroyos y acequias, envueltas entre infinidad de flores azules y sonrosadas, cuyos vivos matices solo se admiran en las finísimas porcelanas del Japon. Por lo demas, el arbolado de las selvas primitivas, escude sin comparación á cuanto de magestuoso tienen las nuestras; el naranjo, el gomero, el ataiba, el acoma y el

jabonero (1), guardan tanto en corpulencia como en elevación unas proporciones que causan la admiración de cuantos los ven; y sin embargo, nada hemos dicho aun del palo rosa y del verde, de cuya inestimable madera han salido todos los lujosísimos muebles del siglo XVIII; ni de la madera jaspeada, cuyas venas y dibujos en nada ceden á las bellas piedras de Velletri ó Carrara.

El cultivo de Puerto-Rico es igual al de todas las Antillas, y comprende con especialidad la caña de azúcar y el café. Hace pocos años que la colonia entera no daba mas de doce mil barricas de azúcar, y hoy produce de setenta á ochenta mil. Esto proviene de que en todo este tiempo los brazos, y por consiguiente el cultivo ha aumentado tres cuartas partes por lo menos. También produce de mil doscientas á mil quinientas libras de café, cuyo plantío data en la isla desde la revolución de Santo Domingo, en que los colonos espatriados lo llevaron así como á la Jamaica é isla de Cuba. Puerto-Rico está habitado por un crecido número de franceses, blancos ó de color, que sucesivamente han pasado á establecerse en él, tanto de la isla de Santo Domingo, como de las colonias inmediatas. Entre ellos se cuentan muy cerca de dos mil blancos, de los que la mayor parte tienen algunos bienes de fortuna: los demas son artesanos ó tienen tráfico en el pais.

La industria agrícola de Puerto-Rico encierra grandes elementos de prosperidad, de los cuales carecen las demas Antillas, sin exceptuar la isla de Cuba. Sin embargo, esta última posee una extensión considerable y tierras de una fertilidad tal, que la caña de azúcar dura algo mas de medio siglo, no usando de estiércol, mientras que con él llega á cinco años en las colonias francesas. El suelo de Puerto-Rico no es menos fecundo y ocupa casi la misma extensión, teniendo entre todas las otras la ventaja de un pueblo activo é industrioso. En las demas colonias la caña de azúcar y el café las cultivan especialmente los negros; pero en Puerto-Rico se cuenta aun, ademas de los negros, con cerca de veinte y dos mil ibaros, raza mista formada de indígenas, canarios y españoles. El ibaro es laborioso, pacífico y honrado, y emprende á destajo, bien el desmonte de los bosques ó la siega de la caña. Si por una casualidad aconteciese que los negros intentasen sublevarse, con solo los ibaros bastaría para someterlos, y si á consecuencia de una emancipación ulterior se coaligasen para hacer subir los jornales, como ya lo han hecho en la Jamaica, los ibaros son un socorro poderoso para sostener el trabajo. He aquí por qué Puerto Rico goza de una prosperidad inmensa, pues está seguro de poseer los dos primeros elementos de la riqueza agrícola; un suelo fecundísimo y brazos vigorosos.

El tráfico de negros jamás ha cesado de efectuarse en mayor ó menor escala, en todas las colonias españolas, á pesar de todos los tratados del mundo. Los gobernadores que ven el provecho que con ello resulta á la agricultura, y aun si se quiere á la civilización de esos hijos del Africa; hacen la vista gorda y aparentan ignorarlo. Preciso es hacerles la justicia de que si permiten un tráfico tan indigno, es con ciertos límites y vigilando los abusos que tanto abundan en las demas partes. Por lo regular, el régimen seguido con los negros es bastante paternal en las colonias españolas, y hasta les son permitidas á los esclavos ciertas facultades que solo existen allí y de las cuales vamos á hablar en este mismo instante.

El número de almas en Puerto-Rico asciende á setenta mil esclavos, veinte y dos mil ibaros, veinte mil europeos ó canarios y treinta mil negros libres. Algunos ibaros y negros libertos poseen pequeños bancos, algunas cañas y hasta cabañas situadas en los grandes pinares y las montañas, en las cuales crían toda clase de animales domésticos. El jornal de un ibaro es por lo regular de uno á dos reales de plata diarios, cuya moneda es la octava parte de un peso fuerte. La costumbre observada por lo regular es pagarles en crédito, es decir, se les abre su cuenta mensual para víveres y aguardiente.

Una de las cosas mas notables en Puerto-Rico y que la distingue de las colonias francesas, es lo muy repartida que se halla la propiedad: he aquí la causa poderosa de su inmenso desarrollo agrícola.

En las colonias de las demas naciones, el cultivo de la tierra ocupa solo á un pequeño número de hombres de color y alguno que otro blanco. En la Martinica y Guadalupe, los primeros se han dedicado con especialidad á las artes y oficios mecánicos, así es que casi todos son sastres, zapateros, carpinteros, herreros y traficantes. En Puerto-Rico por el contrario, casi todos ellos son pequeños propietarios, ya comerciando en ganado, ya cultivando el tabaco ó dedicándose á las demas labores de la tierra: á par de la raza de color viven y trabajan los blancos, pequeños propietarios como estos, europeos los unos é indígenas los otros, y descendientes de los conquistadores mezclados con las hijas del pais. Esta parte de la población ocupa en Puerto-Rico el primer lugar de la sociedad colonial. Ademas, esta igualdad de fortuna entre blancos y hombres de color ha hecho desaparecer de entre ellos esas funestas rivalidades de las castas, tan encarnizadas aun en la mayor parte de las colonias extranjeras por mas que en todas ellas se hayan sacrificado muchísimas preocupaciones al imperio del tiempo y de la razón. En las colonias españolas, en que la ley aun no ha es-

(1) Arbol cuyo fruto sirve de jabón.

tablecido la igualdad de las razas, existe esto no obstante, al paso que en las francesas que tantos años hace llegó á triunfar de rancias preocupaciones y fué proclamada solemnemente, solo ha servido para acrecentar aun mas la antigua valla que las separaba.

Los negros de la América española, son por lo general bastante pacíficos. En vez de tener como en otras partes un día á la semana para cultivar sus pequeños huacales que durante todo el año han de proveer á su subsistencia, la reciben diariamente de sus amos: esta se compone de maíz, tasao, y bananas. El tasao es la carne de vaca ahumada que se espanta de Buenos-Aires y Montevideo. En las colonias francesas tambien se cultiva el banano, pero en las españolas este plantio guarda las proporciones de una verdadera explotación: los bananos abundan tanto que no hay casa que no tenga uno por lo menos. Aun cuando los esclavos reciban de sus amos el sustento diario, no por eso dejan de poseer su pequeño jardín, cuyo producto forma toda su riqueza, y un corral en que crían toda clase de volatería, que luego venden á sus dueños ó que llevan al mercado: este es un recurso bastante regular con el cual logran al cabo de algun tiempo rescatar su libertad.

Y en efecto, los esclavos de Puerto-Rico tienen el derecho de rescatare en el instante mismo que quieren, pagando á su dueño una indemnización de trescientos duros. Existe tambien en la isla una especie de tribunal encargado de vigilar por el buen régimen de las rancherías y de hacer observar el reglamento concerniente á los esclavos, y el cual se compone del síndico de los negros, de un abogado defensor y de un número determinado de alcaldes.

Estos funcionarios no son abolicionistas por sistema, como los magistrados *estipendiados* de las colonias inglesas, ni jueces europeos imprudentes unas veces y patrocinados otras por los filantrópicos socialistas, como aquellos que visitan las rancherías en las colonias francesas: son criollos españoles, casi todos propietarios y que saben cuanto tipo se necesita aun para tratar del progreso y bienestar de esa sociedad escepcional. Pero, en fin, lo cierto es que en caso de necesidad los esclavos tendrían dos garantías reales y eficaces contra el poder de sus amos; la primera es el rescate obligatorio y la segunda el derecho de pasar de una á otra ranchería mediante una indemnización de trescientos pesos. Aun hay mas; en el caso de un rescate obligatorio, el esclavo no está obligado á presentar entera la indemnización, pues basta que vaya entregando sucesivamente á su amo y poniendo su libertad por garantía, las pequeñas cantidades que pueda ir economizando, y el trabajo que debe disminuir en razon de la tasa á que asciende este; hasta que hallándose completos los trescientos pesos, no debe ya nada y se encuentra libre. Ahora bien, ninguno de cuantos propietarios hay en Puerto-Rico se ha quejado todavía de este rescate obligatorio, ni aun hallándose cimentado sobre bases tan lastimosas de lo cual se deduce que no es tan peligroso y desorganizador como desde luego se habia supuesto. Los amos que saben que sus esclavos podrían abandonarlos, los tratan paternalmente; los esclavos que saben que su libertad les es muy posible, se creen menos infelices, y la facultad de separarse ha engendrado la habitud de una cariñosa afección. Debemos añadir, en honor de la verdad, que las colonias españolas no se hallan tan trabajadas como las francesas por las incesantes escitaciones de las sociedades abolicionistas, y que los esclavos atienden mucho mas á su bienestar que á la para ellos insignificante teoría de los derechos del hombre.

Ya hemos dicho que San Juan es la capital de Puerto-Rico, y por consiguiente residencia de los gefes militar y eclesiástico. Y en verdad que lo merece, porque es una ciudad aunque pequeña, linda y alegre, cuyas calles están empedradas formando mil labores que dan las apariencias de un mosaico. Escusado es, pues, decir que ningún carruaje transita por ellas, porque como la población está construida sobre una eminencia, sus calles son bastante pendientes para que nadie se atreva á esponderse. Como la ciudad es pequeña y amurallada, tiene muy pocos paseos, los cuales son menos necesarios en países donde el escaseo calor hace que la locomoción sea mas bien una fatiga que una distracción. Así es que se hace indispensable salir de la población y avanzar en la campaña, cuando se quiere pasear con alguna mas libertad. Hay un teatro bastante bonito para recreo de los habitantes; pero desgraciadamente es inútil, pues que rara vez se cuenta con compañía dramática. A veces la nobleza de Puerto-Rico se entretiene en representar algunas piezas de costumbres en beneficio de los establecimientos piadosos ó de alguna otra obra filantrópica: en este caso el público es admitido pagando las localidades, y siempre se comporta con estremada decencia y circunspección.

La larga estension de este artículo nos impide seguir mas adelante en nuestra descripción; sin embargo antes de darlo por terminado hablaremos algo de las fiestas religiosas, tan notables en este país, misterio por convicción. A la verdad que se necesita nada menos que un espíritu extraviado por las antiguas supersticiones para resistirse á los encantos de esas procesiones de San Juan que recorren las calles de la ciudad alumbradas solo por el resplandor de las estrellas y la infinitad de luces que retratan la viva claridad del medio día en una serena noche de aquel país abrasador. Luego que el sonoro reloj de la catedral mar-

cando las siete y media de la tarde, indica á todos los habitantes, que la procesion comienza á aparecer por la calle de la Fortaleza, y que la lejána luz de las hachas principia á blanquear los edificios, cual si el crepúsculo de la mañana disipase las densas brumas de la noche, el extranjero lleno de curiosidad, y cuantos no forman parte del brillante cortejo, corren á su encuentro para gozar mas á su placer de ese espectáculo magnífico y sorprendente.

El calor en San Juan es demasiado grande durante todo el día para que sea posible salir con la cabeza descubierta antes de haber anochecido. Por eso las procesiones de Semana Santa, que se hacen con una pompa solemne, no salen hasta despues de oscurecer, y como la noche sucede al día casi sin transición, es indispensable proveerse de infinitad de hachas para que sea mayor su brillo. El gobernador, capitán general de la isla, se presenta á la cabeza del cortejo, descubierto, vestido con el traje de gala, y un hacha en la mano, siguiendo en pos de él todas las autoridades de la colonia segun el orden de su gerarquía.

Ningun espectáculo aparece tan sorprendente á la vista, como esas dos interminables filas de hombres que avanzan con la mayor gravedad, con un hacha en la mano, y recibiendo de la religion tanta magestad como respeto la deben. Seguro es que los antiguos entendían mucho mejor que nosotros toda la saludable influencia que las ceremonias religiosas ejercen sobre los pueblos; en Atenas lo mismo que en Roma, los hombres mas eminentes del estado se honraban con asociarse á cuantos actos religiosos se celebraban.

El bello sexo que llena entretanto todas las ventanillas, dirige sus gemelos á todas partes, habla con profusion, y da aun mas realce á los encantos que proporciona á la vista estasiada todo aquel variado conjunto lleno de gravedad y de seducción. Pero habiéndose alargado insensiblemente nuestro artículo, aun mas allá de lo que permiten las reducidas columnas de un periódico literario, abandonaremos á San Juan de Puerto-Rico, cubierto aun con el incienso de sus procesiones, que escala todas las ventanillas, y con el perfume de sus lindas criollas, que desciende desde estas á las calles; haremos en compañía de los marineros nuestra provision de papagayos, y despues de haber levado el ancla, y recogido á bordo el piloto, dejaremos á la derecha la venerable morada de Ponce de Leon para dirigirnos á Santo Domingo.

J. A. DE E.

SEMANA MOSAICO.

LA PRIMERA CONDECORACION QUE HUBO EN ESPAÑA. El establecimiento de las condecoraciones en España, que tienen por objeto premiar el valor y el mérito, parece debido á una época reciente, porque apenas se ha conservado memoria de las antiguas. Sin embargo, si se examina la historia, veremos que su introduccion entre nosotros data del mismo tiempo que las que se consideran como primitivas en otros países.

La primera que se conoce es la que instituyó el rey don Garcia de Navarra, estando en la ciudad de Nájera, y se denominó de la jarra, porque mandó que los caballeros que perteneciesen á esta orden, llevasen los días de ceremonia manto blanco, y al lado izquierdo una jarra con un ramo de azucenas.

El día de su instalacion, que fué el 23 de marzo, asistió el rey á la misa mayor, en el convento de Santa María la Real, acompañado de toda la nobleza; y despues de concluida la misa, tomó uno de los muchos collares de oro que habia mandado hacer, y de los que pendia una medalla, en que estaba esculpida una jarra, igual á la del manto, se lo puso al cuello, y distribuyó los restantes entre sus hijos y los principales caballeros del reino.

Algun tiempo despues, finalizó el uso de esta divisa, y permaneció olvidada hasta que en 1403 la renovó el infante don Fernando de Castilla, que despues fué rey de Aragon, hallándose en Medina del Campo. Se observaron para su renovacion las mismas ceremonias que habia dispuesto don Garcia, y recibieron el collar todos los infantes de Castilla, los maestres de las órdenes, y otros distinguidos personajes.

Estableció tambien este reformador que diariamente llevaran los caballeros condecorados una banda blanca, y que encima del jarro de azucenas llevasen un grifo igualmente blanco. A fin de asegurar la duracion de esta orden formó las oportunas ordenanzas, que contienen ocho artículos; en los que se señalan las obligaciones de los que pertenecen á la órden y fiestas y ayunos que han de guardar. En los dos últimos se determina que el que se encuentre en batalla con un cuerpo de mas de 200 moros, y llevando igual ó menor fuerza salga vencedor, puede dorar una de las alas del grifo; y si repitiese igual hazaña, dorará las dos alas, pero haciéndolo saber al mismo tiempo al rey por medio de un faraute para que se haga público en la corte su valor.

Los soberanos extranjeros no se desdeñaron de engalanarse con esta insignia: pues vemos que el emperador Segismundo la recibió en cambio de la del Dragon, que habia enviado al don Fernando, que la renovó: tambien Alonso V de Aragon condecoró con ella á Felipe, duque de Borgoña, que le hizo igual presente

con el collar del Toison. Despues que esta última condecoracion tuvo entrada en España se perdió enteramente la de la jarra, y hasta casi se olvidó su institucion.

LA REFORMA MORAL. Toda reforma moral debe empezar por nosotros mismos. Tenemos que haber hecho algo antes de poder quejarnos con justicia de que los otros no hacen nada. Por humilde ó exaltado que sea un hombre no hay nadie que no pueda hacer algo en beneficio de la reforma moral. Tal vez pueda hacer algun sacrificio que tenga una tendencia moral, renunciar alguna costumbre mala en su esencia, abandonar una manera de lenguaje, algun género de conducta poco política ó decorosa. Esto, al menos manifiesta una predisposicion para mejorar, una convicción de no creer que solamente los demas hombres necesitan la reforma, y que él no la necesita. Los ricos necesitan la reforma no menos que los pobres, por ser con frecuencia no menos desordenados y necios en sus pensamientos que los pobres en sus vestidos. Tampoco son menos egoistas que los pobres, gastando todo lo que pueden en sus goces ó en interés esclusivo; creyendo que la Providencia les ha dado los bienes únicamente con el objeto de mejorar ellos y satisfacer sus deseos. Pocos esfuerzos se han hecho todavía para mejorar la condicion general de los hombres; no se ha hecho aun ninguna importante abnegacion de sí mismo, ni de parte de los ricos ni de parte de los pobres. al paso que el uno mira al otro, esperando que haga alguna cosa; pero ninguno verifica nada. El sacrificio de sí mismo siempre agrada, y hecho con cierto juicio siempre produce buen resultado moral con la persona en cuyo favor se efectua. Los ricos pueden hacer mucho en favor de los pobres siendo aquellos comunmente los que rigen la sociedad y poseen los bienes.

La rígida observancia del juramento fué siempre el nervio de la disciplina militar de los romanos. A tanto llegó esta, que Manlio y Bruto inmolaron cada uno á su hijo que habia vencido sin su órden. Scipion Emiliano niega á sus soldados toda comodidad y descanso, porque se han dejado batir en Numancia. Mario, para batir á los cimbras y teutones, principia desviando los rios. Sila hace trabajar de tal modo á su ejército asustado de la guerra contra Mitridates, que le pide el combate como alivio de su tarea. Publio Nasica hizo á sus legiones construir, sin necesidad, una armada. Mas temida era la ociosidad que el enemigo.

AFORISMOS. Lo mismo que la abeja nunca puede producir veneno, aunque live el jugo mas ponzoñoso, así un alma noble y generosa, aunque se vea obligada á apurar el cáliz de la amargura, no puede producir mas que pensamientos nobles y generosos.

El beneficio del pobre no puede ser tan provechoso como el del rico; pero puede ser igualmente provechoso para el bienhechor.

EL GAS EN INGLATERRA. El primer tubo de gas se encendió hace 60 años, y en la actualidad hay en Inglaterra y Gales 360 fábricas propietarias de gas, y en Irlanda y Escocia 170. Ademas de estas hay 33 que pertenecen á individuos particulares, y 12 de municipalidades y parroquias: total 773 establecimientos distintos para la fabricacion y despacho del gas. En dichas fábricas está empleado, segun un cálculo aproximado un capital de diez millones y medio de libras esterlinas, ó sea 1,030 millones de reales vellon. La cantidad de gas que se produce anualmente asciende á 9,000 millones de pies cúbicos, y el carbon de piedra consumido en su fabricacion pesa 22,300,000 quintales españoles. El número de personas empleadas en la fabricacion asciende á 20,000 y probablemente igual número encuentra ocupacion en el trabajo preparatorio de las minas, fábricas de hierro y otras operaciones relativas á este fin. La cantidad que se espense al público al año asciende á 7,200,000,000 pies, produciendo una luz que corresponde á la de 33,133,640 galones (ó sea 265 millones de cuartillos de aceite de España); los que al precio de 8 chelines esterlinas el galon (ó sea 8 reales vellon el cuartillo) costarian 13,233,463 libras esterlinas (1,323,343,600 rs. vn.) al mismo tiempo que el gas cuesta á los consumidores 1,320,000 libras esterlinas (126,000,000 rs. vn.).

LA VIDA LITERARIA. Homero, pidiendo limosna; Camoens, pereciendo de hambre en mitad de una calle; Olivay, espirando en un pajar; el Tasso, careciendo de un par de reales para comprar una vela con que escribir de noche sus divinos versos; el Ariosto, quejándose de no tener mas que una capa rota con que cubrir su desnudez; Dryden, vendiendo por 30 duros los diez mil versos mejores de la lengua inglesa; Cervantes, en la mendicidad; Giboít, muriendo en un hospital; Milton, dando su sublime epopeya por diez guineas; Lesage, viviendo de limosna; Corneille, sin caldo en su casa el día de su muerte; Adanson, no pudiendo asistir á la academia, por no tener zapatos, etc., etc.

Escenas de la vida positiva.



LABORIOSIDAD.

Se empeña mi marido en que me compre un vestido porque ahora está colocado; pero no acepto; que junte para cuando no lo esté ó caiga enfermo, que yo no puedo hacer otra cosa que ayudarle con mi labor.



OCIOSIDAD.

Se empeña mi marido en que no me compre otro vestido porque ahora está cesante; pero no acepto; este figurin me indica que no estoy de moda; que gaste, que yo le colocaré cuando vea al ministro.

Gacetilla devota de la capital.

Lunes, 1.º de abril. Segundo día de pascua de Resurrección. San Venancio, mártir, y la impresión de las llagas de santa Catalina de Sena. Es fiesta de precepto.—Se celebrará en las iglesias de Palacio, san Isidro, Buen Suceso, Retiro, Carmen, conventos y parroquias; se cantará misa solemne en obsequio del día. En la de santa María, a María Santísima de la Almudena, con ejercicios por la tarde. En la de Servitas y oratorio de Cañizares, por la tarde, ejercicios de instituto. Cuarenta horas; siguen hasta el domingo inclusive, en santo Tomás, donde continuarán las magníficas funciones al Santísimo Sacramento.

Martes 2. San Francisco de Paula, fundador, y santa María Egipciaca. Es día de misa.—En la iglesia de Arrepentidas, se festejará a su santa patrona. En la de san Antonio de los Portugueses, el obsequio de costumbre a su glorioso titular, por la mañana. En la de señoras Calatravas, el anual a san Francisco de Paula. En Nuestra Señora del Carmen, habrá bendición papal, antes de la misa mayor.

Miércoles 3. Santos Ulpiano y Pancracio, mártires, y san Benito de Palermo.—En san Isidro el Real, por mañana y tarde, se cantan las horas canónicas todos los días. En la capilla del Monte de Piedad, por la tarde, y en la bóveda de san Ginés, por la noche, los ejercicios semanales acostumbrados. Hoy se puede sacar una ánima del purgatorio, visitando cinco altares de cualquiera iglesia.

Jueves 4. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, san Platon, monje, y san Zozimo, anacoreta.—En la capilla real de Palacio, el triduo mensual a Jesus Sacramentado, por mañana y tarde. En las parroquias de santa Cruz, san Ginés, san Lorenzo, san Pedro, san Justo, y santa María, la renovación de sagradas formas, por la mañana.

Viernes 5. San Vicente Ferrer, y santa Emilia, san Zenon, mártir, san Notero, monje benedictino, y san Gerardo, abad.—En la capilla de Jesus Nazareno, se le tributará el acostumbrado culto que todas las semanas, por mañana y tarde. En la parroquia de san José, comenzará el setenario al Santísimo Cristo del Desamparo (en siete viernes consecutivos), por la tarde. En la iglesia de religiosas Trinitarias, por la tarde, oratorio de Cañizares y bóveda de san Ginés, por la noche, proseguirán los ejercicios respectivos de instituto. En las Arrepentidas y Servitas, por la tarde, se visitará el santo Viacrucis.

Sáb 6. San Celestino, papa y mártir de Roma, santa Gala, viuda, san Sixto, papa y mártir, san Marcelino, mártir de Cartago.—En las iglesias de santo Tomás, Carmen, san José, Desamparados, Escuelas Pías, Recogidas, conventos de Mercenarias, Rosario, Nuestra Señora de Gracia, Atocha, a las cuatro de la tarde, con asistencia de SS. MM., y en santa María, se festejará a María Santísima, por la mañana en unas, por la tarde en algunas, y por la noche en otras. En la última, con procesión. En el hospital de la venerable orden tercera de san Francisco, se administrará la sagrada comunión por el precepto pascual a los enfermos del mismo, y mañana a las once se les servirá una modesta comida, estando franca la entrada en el establecimiento ambos días.

Domingo de Cuasimodo, 7. San Cirilo, papa, y san Epifanio, obispo y mártir.—Hoy saldrán solemnes procesiones de viáticos para los feligreses impedidos de las parroquias de san Andrés, san Martín, santa Cruz, Buen Suceso, Retiro, y el Salvador. Habrá misas cantadas, como todos los días festivos, en las iglesias ya dichas, el lunes. En las de Salesas nuevas y san Pedro, por la tarde, ejercicios con manifiesto y sermón. Idem de Dominica, en San Millán, Servitas, Arrepentidas, oratorios del Olivar y Caballero de Gracia; en este con procesión del Santísimo. En el Rosario y en la Pasión, se hará procesión con Nuestra Señora, por la tarde. Además, en el Espíritu Santo, seguirá el setenario de Dones, como el domingo anterior.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 2. En Nápoles, Barcelona y Alhama, a san Francisco de Paula, como a patrono. En Paula se venera como reliquia el hábito que dejó en dicha ciudad el santo cuando pasó a Francia.

Día 4. A san Isidoro, se le festeja en Sevilla y Cartagena, de donde era natural. En la catedral de Leon se venera su cuerpo, el que le regaló el rey Fernando I, cedido de Sevilla, donde murió, por donación hecha por el rey moro Abenamar.

Día 5. A san Vicente Ferrer, en Valencia, donde es día festivo.

Día 6. Fiestas a Nuestra Señora en Argite, Bullera, Onis, Argamasilla y Maqueda.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.